









Fondo Nacional de

Bibliotecas Públicas

Biblioteca 41253895

08076

Vendese en la Librería
de Antonio Sastres,
Baxada de la Carcel.

LA DIANA
ENAMORADA:

CINCO LIBROS

POR

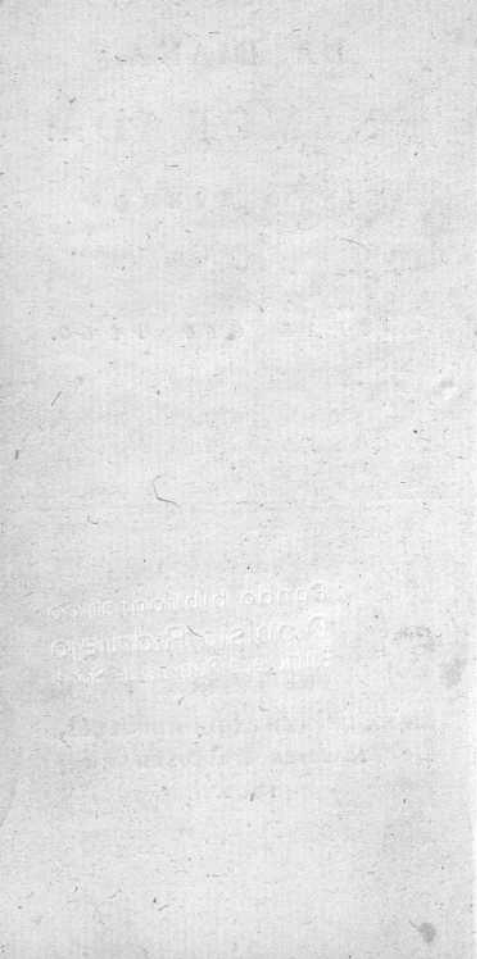
GASPAR GIL POLO.

CON LICENCIA

8507
EN LA IMPRENTA DE REPULLÉS,

PLAZUELA DE LUDONES.

1802.



Á LOS JOVENES.

*A*l cabo del dilatado tiempo de 226 años llega á vuestras manos en el presente tamaño la Diana enamorada del célebre Gaspar Gil Polo ; pues aunque (como dice el erudito Cervantes en la parte primera capítulo 6 de su inimitable *Historia de Don Quixot*;) debia guardarse como si fuera del mismo Apolo, y en este sentido la

edicion de mayor luxo seria poco, respecto lo que por sí merece la presente Diana; con todo, la grande aceptacion que han tenido en volúmenes pequeños las dos bellas ediciones recientemente hechas de la enunciada Historia, es el mas poderoso motivo para publicar esta Obra en un tamaño no solo cómodo y fácil de manejarse, y llevar de una á otra parte, sino útil y del agrado de los apasionados á semejantes lecturas; y lo que es mas nada extraño á la Diana, como impresa en él en Amberes el año de 1574. El Editor espera sea agradable á la juventud este pequeño trabajo que solo consiste en un buen deseo de ser útil á su nacion.

BREVE IDEA DE LA VIDA
DEL AUTOR.

Nació Gaspar Gil Polo en la ciudad de Valencia como á mediados del siglo XVI, y estudió en ella las buenas Letras, la Lengua Griega, y aprendió Filosofía y Jurisprudencia en la Universidad de la misma ciudad. Deseoso de mayor adelantamiento pasó á la de Salamanca, donde con la comunicacion de los Sábios de aquella escuela, y la lectura de insignes Intérpretes, salió un consumado Jurisconsulto.

Entre las diferentes obras de nuestro célebre Autor, juzgamos fué la primera esta de la Diana. En quanto al tiempo de su fallecimiento solo puede asegurarse que en el año de 1573 aun obtenia una segunda Cátedra de Griego.

Á LA MUY ILUSTRE SEÑORA
DOÑA HIERÓNIMA DE CASTRO
Y BOLEA, &c.

GASPAR GIL POLO.

Tanto le importa á este libro tener de su parte el nombre y favor de V. S., que de otra manera no me atreviera á publicarle, ni aun á escribirle. Porque segun es poco mi caudal, y mucha la malicia de los detractores, sin el amparo de V. S. no me tuviera por seguro. Suplico á V. S. reciba y tenga por suya esta obra, que aunque es servicio de poca importancia, habido respecto al buen ánimo con que se le ofresce, y á la vo-

luntad con que libros semejantes por Reyes y grandes señores fuéron recibidos, no se ha de tener por grande mi atrevimiento en hacer presente desta miseria, mayormente dándome esfuerzo para ello la esperanza que tengo en la nobleza, benignidad y perficiones de V. S.; que para ser contadas requieren mayor espíritu, y mas oportuno lugar. El qual si por algun tiempo me fuese concedido, en cosa ninguna tan justamente habria de emplearse, como en la alabanza y servicio de V. S. cuya muy ilustre persona y casa nuestro Señor guarde y prospere con mucho aumento. De Valencia á nueve de Hebrero M. D. LXIV.

D. ALONSO GIRON Y REBOLLEDO.
SONETO.

LECTOR.

DIANA.

Buen libro, Diana. En todo extremo es bueno.

¿Qué sientes dél? Placer de andar penada.

¿Y qué es la pena? Amar cosa olvidada.

¿Y el gozo? Ver por cuya industria peno.

¿Es Jorge, ó Perez? No, que es muy terreno

amarme á mí. ¿Qué cosa hay mas alzada?

Hacerme Gaspar Gil enamorada, que lo estoy yo mas dél que de Sireno.

¿En qué tuvo primor? En verso y prosa.

¿Quién juzga eso? Ingenios delicados.

¿Tanta luz dá? Alumbra todo el suelo.

¿Cuál quedará su patria? Muy dichosa.

¿Y los Poétas todos? Afrentados.

¿Y el cómo se dirá? Poio del cielo.

HIERONIMO SAMPER.

SONETO.

De fieras armas la inmortal historia
 cesa por celebrar simples pastores:
 canta Gaspar Gil Polo sus amores,
 y en ello no consigue ménos gloria.

A Marte da querella la victoria,
 por ver que calla Polo sus loores,
 fama y honor á Palas dan clamores,
 viendo que da á Diana tal memoria.

Dexad, númenes sacros, tal querella:
 que Apolo ha prometido á su
 Diana

Poéta el mas famoso é importante:
 Y dióle al gran Gil Polo, que por ella
 con grave estilo y gracia soberana
 dulce cancion en las veredas
 cante.

MIGUEL JUAN TARREGA.

SONETO.

Con la tuba Meonia y Mantuana
su canto Gaspar Gil habia acordado
con tal furor, que el son ya era
llegado
desde el Indico Gange hasta la
Tana.

Mandóle en esto Apolo que á Diana,
dexando el canto de Mavorte ai-
rado,
cantase al son que Píndaro ha
cantado:
tanto le es dulce el nombre de su
hermana.

Y así le dió la lira, en que él tañía
siendo pastor de Admeto, y ale-
grando
los prados y aguas del dichoso
Amphryso.

Y el sacro nombre Apolo á Polo
dando,
con usado favor dar honra quiso
al que mayor renombre merecia.

HERNANDO BONAVIDA.

AL LECTOR.

Ovidio á su Corynna celebraba
con los sabrosos versos que escribia,
dos mil hermosos cantos componia
Propercio que á su Cynthia sublimaba.

Con las dulces canciones que cantaba
á su Laura Petrarca engrandescia,
y destos cada qual con lo que hacia
al famoso laurel al fin llegaba.

Al lauro el Lusitano ha ya llegado
á Diana pintando muy ufana;
mas Polo de otra suerte os la ha
pintado.

Aquí vereis una obra sobrehumana,
y quán bien el laurel Polo ha ganado,
pues Proserpina es la otra , ésta
Diana.

DIANA ENAMORADA.

LIBRO PRIMERO.

Despues que el apasionado Syreno , con la virtud del poderoso licor , fué de las manos de Cupido por la sabia Felicia libertado , obrando Amor sus acostumbradas hazañas , hirió de nuevo el corazon de la descuidada Diana , despertando en ella los olvidados amores , para que de un libre estuviese captiva , y por un esento viviese atormentada. Y lo que mayor pena le dió fué pensar , que el descuido que tuvo de Syreno , habia sido oca-

sion de tal olvido, y era causa del aborrescimiento. Deste dolor y de otros muchos estaba tan combatida, que ni el yugo del matrimonio, ni el freno de la vergüenza fuéron bastantes á detener la furia de su amor, ni remediar la aspereza de su tormento, sino que sus lamentables voces esparciendo, y dolorosas lágrimas derramando, las duras peñas y fieras alimañas enternescia. Pues hallándose un dia acaso en la fuente de los alisos, en el tiempo del estío, á la hora que el sol se acercaba al medio dia, y acordándose del contento que allí en compañía del amado Syreno muchas veces habia recibido, cotejando los deleites del tiempo pasado con las fatigas del presente, y conociendo la culpa que ella en su tormento tenia, concibió su corazon tan angustiada tristeza, y vino su alma en tan peligroso desma-

yo , que pensó que entónces la deseada muerte diera fin á sus trabajos. Pero despues que el ánimo cobró algun tanto su vigor, fué tan grande la fuerza de su pasion, y el ímpetu con que amor reynaba en sus entrañas, que le forzó publicar su tormento á las simples avecillas, que de los floridos ramos la escuchaban, á los verdes árboles, que de su congoja parece que se dolian, y á la clara fuente, que el ruido de sus cristalinas aguas con el son de sus cantares acordaba. Y así con una suave zampoña cantó desta manera:

Mi sufrimiento cansado
del mal importuno y fiero
á tal extremo ha llegado,
que publicar mi cuidado
me es el remedio postrero.

Siéntase el bravo dolor
y trabajosa agonía
de la que muere de amor,

y olvidada de un pastor,
que de olvidado moria.

¡Ay que el mal que ha consumido
la alma que apenas sostengo,
nasce del pasado olvido,
y la culpa que he tenido,
causó la pena que tengo!

Y de gran dolor rebiento,
viendo que al que agora quiero
le dí entónces tal tormento,
que sintió lo que yo siento,
y murió como yo muero.

Y quando de mi crueza
se acuerda mi corazon,
le causa mayor tristeza
el pesar de mi tibieza,
que el dolor de mi pasion.

Porque si mi desamor
no tuviera culpa alguna
en el presente dolor,
diera quejas del Amor,
é inculpára la Fortuna.

Mas mi corazon esquivo

tiene culpa mas notable,
 pues no vió de muy altivo,
 que Amor era vengativo,
 y la Fortuna mudable.

Pero nunca hizo venganza
 Amor, que de tantas suertes
 deshiciese una esperanza,
 ni Fortuna hizo mudanza
 de una vida á tantas muertes.

¡ Ay, Syreno, quán vengado
 estás en mi desventura,
 pues despues que me has dexado
 no hay remedio á mi cuidado,
 ni consuelo á mi tristura!

Que segun solias verme
 desdeñosa en solo verte,
 tanto huelgas de ofenderme,
 que ni tú podrás quererme,
 ni yo dexar de quererte.

Véote andar tan esento,
 que no te ruego, pastor,
 remedies el mal que siento,
 mas que engañes mi tormento
 con un fingido favor.

Y aunque mis males pensando,
 no pretendas remediallos,
 vuelve tus ojos , mirando
 los míos , que están llorando
 pues tú no quieres mirallos.

Mira mi mucho quebranto,
 y mi poca confianza
 para tener entre tanto,
 no compasion de mi llanto,
 mas placer de tu venganza.

Que aunque no podré ablandarte,
 ni para escusar mi muerte
 serán mis lágrimas parte,
 quiero morir por amarte,
 y no vivir sin quererte.

No diera fin tan presto la
 enamorada Diana á su deleitosa
 música , si de una pastora , que
 tras unos jarales la habia escu-
 chado , no fuera de improviso
 estorvada. Porque viendo la pas-
 tora , detuvo la suave voz, rom-
 piendo el hilo de su canto, y ha-
 ciendo obra en ella la natural

vergüenza , le pesó muy de veras que su cancion fuese escuchada , ni su pena conocida, mayormente viendo aquella pastora ser estrangera , y por aquellas partes nunca vista. Mas ella, que de léjos la suavísima voz oyendo , á escuchar tan delicada melodía secretamente se habia llegado , entendiendo la causa del doloroso canto , hizo de su estremadísima hermosura tan improvisa y alegre muestra , como suele hacer la nocturna luna , que con sus lumbrosos rayos vence y traspasa la espesura de los oscuros ñublados. Y viendo que Diana habia quedado algo turbada con su vista , con gesto muy alegre le dixo estas palabras : hermosa pastora , grande perjuicio hice al contento que tenia con oírte , en venir tan sin propósito á estorvarte. Pero la culpa desto la tiene el deseo que tengo de conocerte , y voluntad

de dar algun alivio al mal, de que tan dolorosamente te lamentas: al qual, aunque dicen que es escusado buscallo consuelo, con voluntad libre y razon desapasionada se le puede dar suficientemente remedio. No disimules conmigo tu pena, ni te pese que sepa tu nombre y tu tormento, que no haré por eso menos cuenta de tu perficion, ni juzgaré por menor tu merecimiento.

Oyendo Diana estas palabras estuvo un rato sin responder, teniendo los ojos empleados en la hermosura de aquella pastora, y el entendimiento dudoso sobre qué responderia á sus grandes ofrescimientos y amorosas palabras; y al fin respondió de esta manera: pastora de nueva y aventajada gentileza, si el gran contento que de tu vista recibo, y el descanso que me ofrescen tus palabras, hallára en mi co-

razon algun aparejo de confian-
za, creo que fueras bastante á
dar algun remedio á mi fatiga,
y no dudára yo de publicarte mi
pena. Mas es mi mal de tal cali-
dad, que en comenzar á fati-
garme, tomo las llaves de mi
corazon, y cierro las puertas al
remedio. Sabe que yo me llamo
Diana, por estos campos harto
conocida: conténtate con saber
mi nombre, y no te cures de sa-
ber mi pena; pues no aprove-
chará para mas de lastimarte,
viendo mi tierna juventud en
tanta fatiga y trabajo. Este es
el engaño, dixo la pastora, de
los que se hacen esclavos del
Amor, que en comenzalle á ser-
vir, son tan suyos, que ni quie-
ren ser libres, ni les parece po-
sible tener libertad. Tu mal bien
se que es amor, segun de tu can-
cion entendí, en la qual enfer-
medad yo tengo grande expe-
riencia. He sido muchos años

captiva, y agora me veo libre; anduve ciega, y agora atino al camino de la verdad; pasé en el mar de Amor peligrosas agonías y tormentas, y agora estoy gozando del seguro y sosegado puerto; y aunque mas grande sea tu pena, era tan grande la mia. Y pues para ella tuve remedio, no despidas de tu casa la esperanza, no cierras los ojos á la verdad, ni los oidos á mis palabras. Palabras serán, dixo Diana, las que se gastarán en remediar el Amor, cuyas obras no tienen remedio con palabras. Mas con todo querria saber tu nombre, y la ocasion que hácia nuestros campos te ha encaminado, y holgaré tanto en sabello, que suspenderé por un rato mi comenzado llanto, cosa que importa tanto para el alivio de mi pena. Mi nombre es Alcida, dixo la pastora, pero lo demas que me preguntas no me sufre

contallo la compasion que tengo de tu voluntaria dolencia, sin que primero recibas mis provechosos, aunque para tí desabridos remedios. Qualquier consuelo, dixo Diana, me será agradable, por venir de tu mano, con que no sea quitar el amor de mi corazon: porque no saldrá de allí, sin llevar consigo á pedazos mis entrañas. Y aunque pudiese, no quedaria sin él, por no dexar de querer al que siendo olvidado, tomó de mi crueldad tan presta y sobrada venganza. Dixo entónçes Alcida: mayor confianza me das agora de tu salud, pues dices que lo que agora quieres, en otro tiempo lo has aborrescido, porque ya sabrás el camino del olvido, y ternás la voluntad vezada al aborrescimiento. Quanto mas que entre los dos extremos de amar y aborrescer está el medio, el qual tú debes elegir.

Diana á esto replicó: bien me contenta tu consejo, pastora, pero no me parece muy seguro. Porque si yo de aborrescer he venido á amar, mas fácilmente lo hiciera, si mi voluntad estuviera en medio del amor y aborrescimiento, pues teniéndome mas cerca, con mayor fuerza me venciera el poderoso Cupido. A esto respondió Alcida: no hagas tan gran honra á quien tan poco la meresce, nombrando poderoso al que tan fácilmente queda vencido, especialmente de los que eligen el medio que tengo dicho; porque en él consiste la virtud, y donde ella está, quedan los corazones contra el Amor fuertes y constantes. Dixo entónçes Diana: crueles, duros, ásperos y rebeldes dirás mejor, pues pretenden contradecir á su naturaleza, y resistir á la invencible fuerza de Cupido. Mas séanlo quanto quisieren, que á

la fin no se van alabando de la rebeldía, ni les aprovecha defenderse con la dureza. Porque el poder del Amor vence la mas segura defensa, y traspasa el mas fuerte impedimento. De cuyas hazañas y maravillas en este mesmo lugar cantó un dia mi querido Syreno, en el tiempo que fué para mí tan dulce, como es agora amarga su memoria. Y bien me acuerdo de su canción, y aun de quantas entonces cantaba, porque he procurado que no se me olvidasen, por lo que me importa tener en la memoria las cosas de Syreno. Mas esta, que trata de las proezas del Amor, dice:

SONETO.

Que el poderoso Amor sin vista
 acierte
 del corazon la mas interna
 parte;

que siendo niño venza al fiero Marte,
haciendo que enredado se despierte:

Que sus llamas me hielen de tal suerte,
que un vil temor del alma no se aparte;
que vuele hasta la aerea y suma parte,
y por la tierra y mar se muestre fuerte:

Que esté el que el bravo Amor hiere, ó captiva,
vivo en el mal, y en la prision contento,
proezas son que causan grande espanto.

Y el alma, que en mayores penas viva,
si piensa estas hazañas, entre tanto
no sentirá el rigor de su tormento.

Bien encarecidas están, di-

xo Alcida, las fuerzas del Amor: pero mas creyera yo á Syreno, si despues de haber publicado por tan grandes las furias de las flechas de Cupido, él no hubiese hallado reparo contra ellas; y despues de haber encarecido la estrechura de sus cadenas, él no hubiese tenido forma para tener libertad. Y así me maravillo que creas tan de ligero al que con las obras contradice á las palabras. Porque harto claro está, que semejantes canciones son maneras de hablar, y sobrados encarecimientos, con que los enamorados venden por muy peligrosos sus males, pues tan ligeramente se vuelven de captivos libres, y vienen de un amor ardiente á un olvido descuidado. Y si sienten pasiones los enamorados, provienen de su misma voluntad, y no del amor: el qual no es sino una cosa imaginada por los hombres, que ni está en

cielo, ni en tierra, sino en el corazón del que la quiere. Y si algun poder tiene, es porque los hombres mismos dexan vencerse voluntariamente, ofresciéndole sus corazones, y poniendo en sus manos la propia libertad. Mas porque el soneto de Syreno no quede sin respuesta, oye otro que parece que se hizo en competencia del, y oíle yo mucho tiempo ha en los campos de Sebetho á un pastor nombrado Aurelio: y si bien me acuerdo decia así:

S O N E T O.

No es ciego Amor; mas yo lo soy, que guio.

mi voluntad camino del tormento:

no es niño Amor; mas yo que en un momento

espero y tengo miedo, lloro y rio.

Nombrar llamas de Amor es des-
varío,

su fuego es el ardiente y vi-
vo intento,

sus alas son mi altivo pensa-
miento,

y la esperanza vana en que
me fio.

No tiene Amor cadenas, ni
saetas,

para prender y herir libres y
sanos,

que en él no hay mas poder
del que le damos.

Porque es Amor mentira de poe-
tas,

sueño de locos, ídolo de va-
nos:

mirad qué negro Dios el que
adoramos.

¿ Parécete, Diana, que de-
be fiarse un entendimiento como
el tuyo en cosas de ayre? y que
hay razon para adorar tan de
veras á cosa tan de burlas como

el Dios de Amor? El qual es fingido por vanos entendimientos, seguido de deshonestas voluntades, y conservado en las memorias de los hombres ociosos y desocupados. Estos son los que le diéron al Amor el nombre tan celebrado que por el mundo tiene. Porque viendo que los hombres por querer bien padescian tantos males, sobresaltos, temores, cuidados, rezelos, mudanzas, y otras infinitas pasiones, acordáron de buscar alguna causa principal y universal, de la qual como de una fuente nasciesen todos estos efectos. Y así inventáron el nombre de Amor, llamándole Dios, porque era de las gentes tan temido y reverenciado. Y pintáronle de manera, que quantos ven su figura, tienen razon de aborrescer sus obras. Pintáronle muchacho, porque los hombres en él no se fien; ciego, porque no le

sigan; armado, porque le teman; con llamas, porque no se le lleguen; y con alas, para que por vano le conozcan. No has de entender, pastora, que la fuerza que al Amor los hombres conceden, y el poderío que le atribuyen, sea, ni pueda ser suyo: ántes has de pensar que quanto mas su poder y valor encarescen, mas nuestras flaquezas y poquedades manifiestan. Porque decir que el Amor es fuerte, es decir que nuestra voluntad es floxa, pues permite ser por él tan fácilmente vencida: decir que el Amor tira con poderosa furia venenosas y mortales saetas, es decir que nuestro corazon es descuidado, pues se ofrece tan voluntariamente á recibirlas: decir que el Amor nuestras almas tan estrechamente captiva, es decir que en nosotras hay falta de juicio, pues al primer combate nos rendimos, y aun á

veces sin ser combatidos, damos á nuestro enemigo la libertad. Y en fin todas las hazañas que se cuentan del Amor, no son otra cosa, sino nuestras miserias y floxedades. Y puesto caso que las tales proezas fuesen tuyas, ellas son de tal qualidad, que no merecen alabanza. ¿Qué grandeza es captivar los que no se defienden? qué braveza acometer los flacos? qué valentía herir los descuidados? qué fortaleza matar los rendidos? qué honra desasosegar los alegres? qué hazaña perseguir los malaventurados? Por cierto, hermosa pastora, los que quieren tanto engrandescer este Cupido, y los que tan á su costa le sirven, debieran por su honra darte otras alabanzas: porque con todas estas el mejor nombre que gana, es de cobarde en los acometimientos, cruel en las obras, vano en las intenciones, liberal de

trabajos, y escaso de galardones. Y aunque todos estos nombres son infames, peores son los que le dan sus mismos aficionados, nombrándole fuego, furor y muerte; y al amar llamando arder, destruir, consumirse, y enloquecerse; y á sí mismos nombrándose ciegos, míseros, captivos, furiosos, consumidos y inflamados. De aquí viene que todos generalmente dan quejas del Amor, nombrándole tirano, traidor, duro, fiero, y despiadado. Todos los versos de los amadores están llenos de dolor, compuestos con suspiros, borrados con lágrimas, y cantados con agonía. Allí vereis las sospechas, allí los temores, allí las desconfianzas, allí los rezelos, allí los cuidados, y allí mil géneros de penas. No se habla allí sino de muertes, cadenas, flechas, venenos, llamas y otras cosas que no sirven sino para

dar tormento , quando se emplean , y temor , quando se nombran. Mal estaba con estos nombres Herbanio , pastor señalado en la Andalucía , quando en la corteza de un álamo , sirviéndole de pluma un agudo punzon , delante de mí escribió este

S O N E T O .

Quien libre está , no viva descuidado,
 que en un instante puede estar
 captivo,
 y el corazon helado y mas esquivo
 tema de estar en llamas abrasado.
 Con la alma del soberbio y elevado
 tan áspero es Amor y vengativo,
 que quien sin él presume de estar vivo,
 por él con muerte queda atormentado.

Amor, que á ser captivo me
condenas,

Amor, que enciendes fuegos
tan mortales,

tú que mi vida afliges y mal-
tratas:

Maldigo dende agora tus cade-
nas,

tus llamas y tus flechas, con
las quales

me prendes, me consumes, y
me matas.

Pues venga agora al soneto
de tu Syreno á darme á enten-
der, que la imaginacion de las
hazañas del Amor basta á ven-
cer la furia del tormento: por-
que si las hazañas son matar,
herir, cegar, abrasar, consumir,
captivar, y atormentar, no me
hará creer que imaginar cosas
de pena alivie la fatiga, ántes
ha de dar mayores fuerzas á la
pasion, para que siendo mas
imaginada, dure mas en el co-

razon , y con mayor aspereza le atormente. Y si es verdad lo que cantó Syreno , mucho me maravillo que él recibiendo , segun dice , en este pensamiento tan aventajado gusto , tan fácilmente le haya trocado con tan cruel olvido , como agora tiene no solo de las hazañas de Cupido , pero de tu hermosura , que no debiera por cosa del mundo ser olvidada.

Apénas habia dicho Alcida de su razon las últimas palabras , que Diana alzando los ojos , porque estaba con algun rezelo , vió de léjos á su esposo Delio , que baxaba por la halda de un montecillo , encaminándose para la fuente de los alisos , donde ellas estaban. Y así atajando las razones de Alcida le dixo : no mas , no mas , pastora , que tiempo habrá despues para escuchar lo restante , y para responder á tus floxos y aparentes argumentos.

Cata allá que mi esposo Delio
 desciende por aquel collado, y
 se viene para nosotras: menester
 será, que por disimular lo
 que aquí se trataba, al son de
 nuestros instrumentos comencemos
 á cantar, porque quando
 llegue, se contente de nuestro
 ejercicio. Y así, tomando Alcida
 su cítara, y Diana su zam-
 poña, cantáron desta manera:

RIMAS PROVENZALES.

ALCIDA.

Miéntras el sol sus rayos muy
 ardientes
 con tai furia y rigor al mun-
 do envia,
 que de Ninfas la casta com-
 pañia
 por los sombríos mora, y por
 las fuentes:
 Y la cigarra el canto replicando,
 se está quejando,
 pastora canta,

con gracia tanta,
 que enternescido
 de haberte oído,
 el poderoso cielo de su grado
 fresco licor envíe al seco prado.

DIANA.

Miéntas está el mayor de los
 planetas
 en medio del oriente y del o-
 caso,
 y al labrador en descubierta
 raso
 mas rigorosas tira sus saetas:
 Al dulce murmurar de la cor-
 riente
 de aquesta fuente
 mueve tal canto,
 que cause espanto,
 y de contentos
 los bravos vientos,
 el ímpetu furioso refrenando,
 vengan con manso espíritu
 soplando.

ALCIDA.

Corrientes aguas, puras, crista-
 linas,

que haciendo todo el año primavera,
hermoseais la próspera rivera
con lirios y trepadas clave-
llinas:

El bravo ardor de Febo no es-
caliente
tan fresca fuente,
ni de ganado
sea enturbiado
licor tan claro,
sabroso y raro,
ni del amante triste el lloro
infame
sobre tan lindas aguas se der-
rame.

DIANA.

Verde y florido prado, en do-
natura
mostró la variedad de sus co-
lores
con las matices de árboles y
flores,
que hacen en tí hermosísima
pintura:

En tí los verdes ramos sean esentos

- de bravos vientos:
 - medres y crecscas
 - en hierbas frescas,
 - nunca abrasadas
 con las heladas;
 - ni dañe á tan hermoso y fér-
 til suelo
 el gran furor del iracundo cie-
 lo.

ALCIDA.

Aquí de los bullicios y tempesta
 de las soberbias cortes apar-
 tados,
 los corazones viven reposa-
 dos
 en sosegada paz y alegre fiesta:
 A veces recostados al sombrío
 ál par del río,
 do dan las aves
 cantos suaves,
 las tiernas flores
 y finos olores,
 y siempre con un órden sobe-
 rano
 se rie el prado , el bosque , el
 solamente , el llano.

Y RESUSCITA DIANA.

Aquí el ruido, que hace el man-
so viento,
en los floridos ramos sacu-
diendo,
deleita mas que el popular es-
truendo
de un numeroso y grande a-
yuntamiento:

Adonde las superbas magestades
son vanidades:
las grandes fiestas
grandes tempestas:
los pundonores
ciegos errores;
y es el hablar contrario y di-
ferente
de lo que el corazon y el al-
ma siente.

ALCIDA.

No tiende aquí ambicion lazos
y redes,
ni la avaricia va tras los du-
cados,
no aspira aquí la gente á los
estados,

ni hambrea las privanzas y
mercedes:

Libres están de trampas y pa-
siones

los corazones:

todo es llaneza,

bondad, simpleza,

poca malicia,

cierta justicia;

y hace vivir la gente en ale-
gría

concorde paz y honesta me-
diania.

DIANA.

No va por nuevo mundo y nue-
vos mares

el simple pastorcillo nave-
gando,

ni en apartadas Indias va con-
tando

de leguas y monedas mil mi-
llares:

El pobre tan contento al cam-
po viene

con lo que tiene,

como el que cuenta

sobrada renta;
y en vida escasa
alegre pasa,
como el que en montes ha
gruesas manadas,
y ara de fértil campo mil yu-
gadas.

Sintió de léjos Delio la voz de su esposa Diana, y como oyó que otra voz le respondía, tuvo mucho cuidado de llegar presto, por ver quien estaba en compañía de Diana. Y así cerca de la fuente, puesto detras de un grande arrayan, escuchó lo que cantaban, buscando adrede ocasiones para sus acostumbrados zelos. Mas quando entendió que las canciones eran diferentes de lo que él con su sospecha presumia, estuvo muy contento. Pero todavía la ansia que tenia de conocer la que estaba con su esposa, le hizo que llegase á las pastoras, de las quales fué cor-

tesmente saludado, y de su esposa con un angélico semblante recibido. Y sentado cabe ellas, Alcida le dixo: Delio, en gran cargo soy á la Fortuna, pues no solo me hizo ver la belleza de Diana, mas conocer al que ella tuvo por mercedor de tanto bien, y al que entregó la libertad; que segun es ella sabia, se ha de tener por estremado lo que escoge. Mas espántome de ver que tengas tan poca cuenta con la mucha que contigo tuvo Diana en elegirte por marido, que sufras que vaya tan solo un punto sin tu compañía, y dexes que un solo momento se aparte de tus ojos. Bien sé que ella mora siempre en tu corazon: mas el amor que tú le debes á Diana no ha de ser tan poco que te contentes con tener en el alma su figura, pudiendo tambien tener ante los ojos su gentileza. Entonces Diana, porque Delio res-

pondiendo no se pusiese en peligro de publicar el poco aviso y cordura que tenia, tomó la mano por él, y dixo: no tiene Dello razon de estar tan contento de tenerme por esposa, como tú muestras estar por haberme conocido, ni de tenerme tan presente, que se olvide de sus granjas y ganados; pues importan mas que el deleite que de ver la belleza, que fálzamente me atribuyes, se pudiera tomar. Dixo entóncees Alcida: no perjudiques, Diana, tan adrede á tu gentileza, ni hagas tan grande agravio al parescer que el mundo tiene de tí, que no parece mal en una hermosa el estimarse, ni le da nombre de altiva moderadamente conocerse. Y tú, Dello, tente por el mas dichoso del mundo, y goza bien el favor que la Fortuna te hizo, pues ni dió, ni tiene que dar cosa que iguale con ser esposo de Diana.

Aténtamente escuchó Delio las palabras de Alcida , y en tanto que habló , la estuvo siempre mirando , tanto que á la fin de sus dulces y avisadas razones se halló tan preso de sus amores , que de atónito y pasmado no tuvo palabras con que respondelle , sino que con un ardiente suspiro dió señal de la nueva heridá que Cupido habia hecho en sus entrañas. A este tiempo sintiéron una voz , cuya suavidad los deleitó maravillosamente. Paráronse atentos á escuchalla , y volviendo los ojos hácia donde resonaba, viéron un pastor que muy fatigado venia hácia la fuente á guisa de congojado caminante, cantando desta manera :

SONETO.

No puede darme Amor mayor
tormento,

ni la Fortuna hacer mayor mudanza:

no hay alma con tan poca confianza,

ni corazon en penas tan contento.

Hácelo Amor, que esfuerza el flaco aliento,

porque baste á sufrir mi malandanza,

y no dexa morir con la esperanza

la vida, la aficion, ni el sufrimiento.

¡Ay vano corazon! ¡ay ojos tristes!

¿por qué en tan largo tiempo y tanta pena

nunca se acaba el llanto, ni la vida?

¡Ay lástimas! ¿no os basta lo que hecistes,

Amor? ¿por qué no afloxas mi cadena,

si en tanta libertad dexaste Alcida?

Apénas acabó Alcida de oír la cancion del pastor , que conociendo quien era , toda temblando , con grande priesa se levantó , ántes que él llegase , rogándoles á Delio y Diana que no dixesen que ella habia estado allí , porque le importaba la vida no ser hallada ni conocida por aquel pastor , que como la misma muerte aborrescía. Ellos le ofresciéron hacello así , pesándoles en extremo de su priesa y no pensada partida. Alcida , á mas andar , metiéndose por un bosque muy espeso que junto á la fuente estaba , caminó con tanta presteza y rezelo , como si de una cruel y hambrienta tigre fuera perseguida. Poco despues llegó el pastor tan cansado y afligido , que pareció la Fortuna doliéndose dél , habelle ofrescido aquella clara fuente , y la compañía de Diana para algun alivio de su pena. Porque

como en tan calorosa siesta, tras el cansancio del fatigoso camino, vido la amenidad del lugar, el sombrío de los árboles, la verdura de las hierbas, la lindeza de la fuente, y la hermesura de Diana, le pareció reposar un rato, aunque la importancia de lo que buscaba, y el deseo con que tras ello se perdía, no daban lugar á descanso ni entretenimiento. Diana entonces le hizo las gracias y cortesías que conforme á los zelos de Delio, que presente estaba, se podian hacer, y tuvo grande cuenta con el extranjero pastor, así porque en su manera le pareció tener merecimiento, como porque le vido lastimado del mal que ella tenia. El pastor hizo grande caso de los favores de Diana, teniéndose por muy dichoso de haber hallado tan buena aventura. Estando en esto, mirando Diana en torno de

si, no vió á su esposo Delio, porque enamorado, como diximos, de Alcida, en tanto que Diana estaba descuidada, empleándose en acariciar el nuevo pastor, se fué tras la fugitiva pastora, metiéndose por el mismo camino con intencion determinada de seguilla, aunque fuese á la otra parte del mundo. Atónita quedó Diana de ver que faltase tan improvisamente su esposo, y así dió muchas voces repitiendo el nombre de Delio. Mas no aprovechó para que él desde el bosque respondiese, ni dexase de proseguir su camino, sino que con grandísima priesa caminando, entendia en alcanzar la amada Alcida. De manera que Diana, viendo que Delio no parecia, mostró estar muy afligida por ello, haciendo tales sentimientos, que el pastor por consolarla le dixo: no te vea yo, hermosa pastora, tan sin

razon afligida , ni des credito á tu sospecha en tan gran perjuicio de tu descanso. Porque el pastor que tu buscas , no ha tanto que falta , que debas tenerte por desamparada. Sosiégate un poco , que podrá ser que estando tú divertida , convidado del sombrío de los amenos alisos , y de la frescura del viento , que los está blandamente meneando , haya querido mudar asiento , sin que nosotros lo viesemos , porque temia quizá no le contradixésemos : ó por ventura le ha tanto pesado de mi venida , y tuviera por tan enojosa mi compañía , que ha escogido otro lugar , donde sin ella pueda pasar alegremente la siesta.

A esto respondió Diana: gracioso pastor , para conocer el mal que maltrata tu vida , basta oír las palabras que publica tu lengua. Bien muestras estar del Amor atormentado , y vezado á

engañar las amorosas sospechas con vanas imaginaciones. Porque costumbre es de los amadores dar á entender á sus pensamientos cosas falsas é imposibles, para hacer que no den crédito á las ciertas y verdaderas. Semejantes consuelos, pastor, aprovechan mas para señalar en tí el pesar de mi congoja, que para remediar mi pena. Porque yo sé muy bien que mi esposo Delio va siguiendo una hermosísima pastora, que de aquí se partió: y segun la aficion con que estando aquí la miraba, y los suspiros que del alma le salian, yo que sé quan determinadamente suele emprender quanto le pasa por el pensamiento, tengo por cierto que no dexará de seguir la pastora, aunque piense en toda su vida no volver ante mis ojos. Y lo que mas me atormenta es conocer la dura y desamorada condicion de a-

quella pastora ; porque tiene un alma tan enemiga del amor, que desprecia la mas estremada belleza, y no hace caso del valor mas aventajado. Al triste pastor en este punto pareció que una mortal saeta le atravesó el corazon, y dixo: ¡ay de mí, desdichado amante! ¿con cuánta mas razon se han de doler de mí las almas que no fueren de piedra, pues por el mundo busco la mas cruel, la mas áspera y despiadada doncella que se puede hallar? Duelete de veras, pastora, de tu esposo: que si la que él busca tiene tal condicion como esta, corre gran peligro su vida de perderse. Oyendo Diana estas palabras, acabó de conocer su mal, y vió claramente que la pastora, que en ver este pastor tan prestamente huyó, era la que él por todas las partes del mundo habia buscado. Y era así, porque ella huyendo dél, por

no ser descubierta, ni conocida, habia tomado hábito de pastora. Mas disimuló por entónces con el pastor, y no quiso decirle nada desto, por cumplir con la palabra que á Alcida habia dado al tiempo del partirse. Y tambien porque vió que ella gran rato habia que era partida, corriendo con tanta presteza por aquel bosque espesísimo, que fuera imposible alcanzalla: y publicar al pastor esto, no serviria para mas de dalle mayor pena. Porque aquello fatiga mas, quando no se alcanza, que dió alguna esperanza de ser habido. Pero como Diana desease conocerlos, y saber la causa de los amores dél, y del aborrescimiento della, le dixo: consuela, pastor, tu llanto, y cuéntame la causa dél, que por alivio desta congoja holgaré de saber quien eres, y oir el proceso de tus males, porque la conmemoracion dellos

te ha de ser agradable, si eres verdadero amante, como creo. El entónces no se hizo mucho de rogar, ántes sentándose entrambos junto á la fuente, habló desta manera:

No es mi mal de tal calidad, que á toda suerte de gentes se pueda contar: mas la opinion que tengo de tu merescimiento, y el valor que tu hermosura me pública, me fuerza á contarte abiertamente mi vida; si vida se puede llamar la que de grado trocaria con la muerte. Sabe, pastora, que mi nombre es Marcelio, y mi estado muy diferente de lo que mi hábito señala. Porque fuí nascido en la ciudad Soldina, principal en la provincia Vandalia, de padres esclarecidos en linage, y abundantes de riquezas. En mi tierna edad fuí llevado á la corte del Rey de Lusitanos, y allí criado, y querido no solo de los señores

principales della , mas aun del mismo Rey , tanto que nunca consintió que me partiese de su corte , hasta que me encargó la gente de guerra , que tenia en la costa de Africa. Allí estuve mucho tiempo capitán de las villas y fortalezas que el Rey tiene en aquella costa , teniendo mi propio asiento en la villa de Ceuta , donde fué el principio de mi desventura. Allí por mi mal habia un noble y señalado caballero nombrado Eugenio , que tenia cargo por el Rey del gobierno de la villa , al qual Dios , allende de dalle nobleza y bienes de fortuna , le hizo merced de un hijo nombrado Polidoro , valeroso en todo extremo , y dos hijas llamadas Aldida y Clenarda , aventajadas en hermosura. Clenarda en tirar arco era diestrísima , pero Alcida , que era la mayor , en belleza la sobrepujaba. Esta de tal manera

enamorado mi corazón, que ha podido causarme la desesperada vida que paso, y la cruda muerte que cada día llamo, y espero. Su padre tenia tanta cuenta con ella, que pocas veces consentia que se partiese delante sus ojos. Y esto impedia que yo no le pudiese hacer saber lo mucho que la queria. Sino que las veces que tenia ventura de vella con un mirar apasionado, y suspiros que salian de mi pecho sin licencia de mi voluntad, le publicaba mi pena. Tuve manera para eserebille una carta, y no perdiendo la ocasión que me concedió la fortuna, le hice una letra, que decia así:

CARTA DE MARCELIO

PARA ALCIDA.

La honesta magestad y el grave
tiento,

modestia vergonzosa , y la
cordura,
el sosegado y gran recogimiento,

Y otras virtudes mil , que la
hermosura,
que en todo el mundo os da
nombre famoso,
encumbran á la mas suprema
altura,

En paso tan estrecho y peligroso

mi corazon han puesto, hermosa
Alcida,

que en nada puedo hallar cierto
reposo.

Lo mesmo que á quereros me
convida,

el alma ansí refrena, que quisiera

callar , aunque es á costa de
la vida.

¿ Quál hombre duro vido la ma-
nera,

con que mirando echais rayos
ardientes,

que no enmudezca allí , y callando muera ?

¿Quién las bellezas raras y excelentes

vido de mas quilate y mayor cuenta,

que todas las pasadas y presentes,

Que en la alma un nuevo amor luego no sienta,

tal que la causa dél le atierre tanto,

que solamente hablar no le consienta ?

Tanto callando sufro , que me espanto

que no esté de congoja el pecho abierto,

y el corazon deshecho en triste llanto.

Esme imposible el gozo , el dolor cierto,

la pena firme , vana la esperanza:

vivo sin bien , y el mal me tiene muerto.

En mí mismo de mí tomo ven-
ganza,
y lo que mas deseo, ménos
viene;
y aquello que mas huyo, mas
me alcanza.

Aguardo lo que ménos me con-
viene,
y no admito consuelo á mi
tristura,
gozando del dolor que el al-
ma tiene.

Mi vida y mi deleite tanto du-
ra,
quanto dura el pensar la gran
distancia
que hay de mí á tal gracia y
hermosura.

Porque concibo en la alma una
arrogancia
de ver que en tal lugar supe
emplealla,
que al corazon esfuerzo, y
doy constancia.

Pero contra mí mueve tal ba-
talla

vuestro gentil y angélico sem-
blante,

que no podrán mil vidas es-
peralla.

Mas no hay tan gran peligro
que me espante,

ni tan fragoso y áspero ca-
mino,

que me estorve de andar siem-
pre adelante.

Siguiendo voy mi propio des-
atino,

voy tras la pena , y busco lo
que daña,

y ofrezco al llanto el ánimo
mezquino.

Perpetuo gozo alegre y acom-
pañia

mi vida, que penando está en
sosiego,

y siente en los dolores gloria
estraña.

La pena me es deleite , el llanto
juego,

descanso el suspirar , gloria
la muerte,

las llagas sanidad , reposo el
fuego.

Cosa no veo jamás , que no des-
pierte

y avive en mí la furia del tor-
mento,

pero recibo en él dichosa suer-
te.

Estos males , señora , por vos
siento,

destas pasiones vivo atormen-
tado

con la fatiga igual al sufri-
miento.

Pues muévaos á piedad un des-
dichado,

que ofresce á vuestro amor
la propia vida,

pues no pide su mal ser re-
mediado,

mas solo ser su pena conos-
cida.

Esta fué la carta que le es-
crebi , y si ella fuera tan bien
hecha , como fué venturosa , no

trocára mi habilidad por la de Homero. Llegó á las manos de Alcida , y aunque de mis razones quedó alterada, y de mi atrevimiento ofendida ; pero al fin tener noticia de mi pena hizo , segun despues entendí , en su corazon mayor efecto de lo que yo de mi desdicha confiaba. Comencé á señalarme su amante , haciendo justas, torneos, libreas , galas , invenciones , versos y motes por su servicio , durando en esta pena por espacio de algunos años. Al fin de los quales Eugerio me tuvo por merecedor de ser su yerno , y por intercesion de algunos principales hombres de la tierra me ofresció su hija Alcida por muger. Tratamos que los desposorios se hiciesen en la ciudad de Lisboa , porque el Rey de Lusitanos en ellos estuviese presente : y así , despachando un correo con toda diligencia , dimos cuenta

al Rey deste casamiento, y le suplicamos que nos diese licencia, para que encomendando nuestros cargos á personas de confianza, fuésemos allá á solemnizarlo. Luego por toda la ciudad y lugares apartados y vecinos se estendió la fama de mi casamiento, y causó tan general placer, como á tan hermosa dama como Alcida, y á tan fiel amante como yo, se lebia. Hasta aquí llegó mi bienaventuranza, hasta aquí me encumbró la fortuna, para despues abatirme en la profundidad de miserias, en que me hallo. ¡Ó transitorio bien, mudable contento, ó deleite variable, ó inconstante firmeza de las cosas mundanas! ¿Qué mas pude recibir de lo que recibí? y qué mas puedo padecer de lo que padezco? No me mandes, pastora, que importune tus oídos con mas larga historia, ni que lastime tus entrañas con mis

desastres. Conténtate agora con saber mi pasado contentamiento, y no quieras saber mi presente dolor, porque está cierta que ha de enfadarte mi prolixidad, y de alterarte mi desgracia. Á lo qual respondió Diana : dexa Marcelio semejantes escusas, que no quise yo saber los sucesos de tu vida , para gozar solo de tus placeres , sin entristecerme de tus pesares , ántes quiero dellos toda la parte que cabrá en mi congojado corazon. ¡Ay hermosa pastora , dixo Marcelio , quán contento quedaria , si la voluntad que te tengo no me forzase á complacerte en cosa de tanto dolor ! Y lo que mas me pesa es , que mis desgracias son tales , que han de lastimar tu corazon , quando las sepas : que la pena que he de recibir en contallas , no la tengo en tanto que no la sufriese de grado á trueco de contentarte. Pero yo te veo

tan deseosa de sabellas , que me será forzado causarte tristeza, por no agraviar tu voluntad. Pues has de saber, pastora, que despues que fué concertado mi desventurado casamiento, venida ya la licencia del Rey, el padre Eugerio , que viudo era , el hijo Polidoro , las dos hijas Alcida y Clenarda , y el desdichado Marcelio, que su dolor te está contando, encomendados los cargos que por el Rey teniamos á personas de confianza , nos embarcamos en el puerto de Ceuta , para ir por mar á la noble Lisboa á celebrar , como dixé, en presencia del Rey el matrimonio.

El contento que todos llevabamos nos hizo tan ciegos , que en el mas peligroso tiempo del año no tuvimos miedo á las tempestuosas ondas , que entónces suelen hincharse, ni á los furiosos vientos , que en tales meses

acostumbran embraveserse; sino que encomendando la frágil nave á la inconstante fortuna, nos metimos en el peligroso mar descuidados de sus continuas mudanzas é innumerables infortunios. Mas poco tiempo pasó que la fortuna castigó nuestro atrevimiento : porque ántes que la noche llegase , el piloto descubrió manifiestas señales de la venidera tempestad. Comenzáron los espesos ñublados á cubrir el cielo , empezáron á murmurar las airadas ondas , los vientos á soplar por contrarias y diferentes partes. ¡ Ay tristes y peligrosas señales ! dixo el turbado y temeroso piloto : ¡ ay desdichada nave , qué desgracia se te apareja , si Dios por su bondad no te socorre ! Diciendo esto vino un ímpetu y furia tan grande de viento , que en las estendidas velas y en todo el cuerpo de la nave sacudiendo,

la puso en tan gran peligro, que no fué bastante el gobernallé para regirla, sino que siguiendo el poderoso furor, iba donde la fuerza de las ondas y vientos la impelia. Acabó poco á poco á deseararse la tempestad: las furiosas ondas cubiertas de blanca espuma comienzan á ensoberbecerse. Estaba el cielo abundante lluvia derramando, furibundos rayos arrojando, y con espantosos truenos el mundo estremeciendo. Sentíase un espantable ruido de las sacudidas marmomas, y movian gran terror las lamentables voces de los navegantes y marineros. Los vientos por todas partes la nave combatian, las ondas con terribles golpes en ella sacudiendo, las mas enteras y mejor clavadas tablas hendian, y desbarataban. Á veces el soberbio mar hasta el cielo nos levantaba, y luego hasta los abismos nos des-

peñaba, y á veces espantosamente abriéndose, las mas profundas arenas nos descubria. Los hombres y mugeres á una y otra parte corriendo, su desventurada muerte dilatando, unos entrañables suspiros esparcian, otros piadosos votos ofrescian, y otros dolorosas lágrimas deramaban. El piloto con tan brava fortuna atemorizado, vencido su saber de la perseverancia y braveza de la tempestad, no sabia, ni podia regir el gobernalle. Ignoraba la naturaleza y origen de los vientos, y en un mesmo punto mil cosas diferentes ordenaba. Los marineros con la agonía de la cercana muerte turbados, no sabian executar lo mandado, ni con tantas voces y ruido podian oir el mandamiento y órden del ronco y congojado piloto. Unos amaynan la vela, otros vuelven la antena, otros añudan las rompidas cuer-

das , otros remiendan las despedazadas tablas , otros el mar en el mar vacian , otros al timon socorren ; y en fin todos procuran defender la miserable nave del inevitable perdimiento. Mas no valió la diligencia , ni aprovecharon los votos y lágrimas para ablandar el bravo Neptuno. Antes quanto mas se iba acercando la noche , mas cargaron los vientos , y mas se ensañaron las tempestades.

Venida ya la tenebrosa noche , y no amansándose la fortuna , el padre Eugerio desconfiado de remedio , con el rostro temeroso y alterado , á sus hijos y yerno mirando , tenia tanta agonía de la muerte que habíamos de pasar , que tanto nos dolia su congoja , como nuestra desventura. Mas el lloroso viejo rodeado de trabajos , con lamentable voz y tristes lágrimas decia desta manera : ; Ay mudable

fortuna, enemiga del humano contento, tan gran desdicha le tenias guardada á mi triste vejez! ¡Ó bienaventurados los que en juveniles años mueren lidiando en las sangrientas batallas, pues no llegando á la cansada edad, no vienen á peligro de llorar los desastres y muertes de sus amados hijos! ¡Ó fuerte mal, ó triste suceso! ¡Quién jamás murió tan dolorosamente como yo, que esperando consolar mi muerte con dexar en el mundo quien conserve mi memoria y mi linage, he de morir en compañía de los que habian de solemnizar mis obsequias? Ó queridos hijos, ¿quién me dixera á mi, que mi vida y la vuestra se habian de acabar á un mesmo tiempo, y habian de tener fin con una mesma desventura? Querria, hijos míos, consolaros; ¿mas qué puede decir un triste padre, en cuyo corazon hay

tanta abundancia de dolor, y tan grande falta de consuelo? Mas consolaos, hijos, armad vuestras almas de sufrimiento, y dexad á mi cuenta toda la tristeza; pues allende de morir una vez por mí, he de sufrir tantas muertes, quantas vosotros habeis de pasar. Esto decia el congojado padre con tantas lágrimas y sollozos, que apenas podia hablar, abrazando los unos y los otros por despedida, ántes que llegase la hora del perdimiento. Pues contarte yo agora las lágrimas de Alcida, y el dolor que por ella yo tenia, seria una empresa grande y de mucha dificultad. Solo una cosa quiero decirte: que lo que mas me atormentaba, era pensar que la vida que yo tenia ofrescida á su servicio, hubiese de perderse juntamente con la suya. En tanto la perdida y maltratada nave, con el ímpetu y furia de

los bravos ponientes , que por el estrecho paso, que de Gibraltar se nombra, rabiosamente soplaban , corriendo con mas ligereza de la que á nuestra salud convenia , combatida por la poderosa fortuna por espacio de toda la noche y en el siguiente dia , sin poder ser regida con la destreza de los marineros , anduvo muchas leguas por el espacioso mar Mediterráneo , por donde la fuerza de los vientos la encaminaba.

El otro dia despues pareció la fortuna querer amansarse: pero volviendo luego á la acostumbrada braveza , nos puso en tanta necesidad , que no esperábamos una hora de vida. En fin nos combatió tan brava tempestad , que la nave compelida de un fuerte torbellino que le dió por el izquierdo lado , estuvo en tan gran peligro de trastornarse , que tuvo ya el bordo

metido en el agua. Yo que ví el peligro manifiesto, descendiéndome la espada, porque no me fuese embarazo, y abrazándome con Alcida, salté con ella en el batel de la nave. Clenarda, que era doncella muy suelta, siguiéndonos, hizo lo mismo, no dexando en la nave su arco y aljaba, que mas que qualesquier tesoros estimaba. Polidoro abrazándose con su padre, quiso con él saltar en el batel como nosotros; mas el piloto de la nave y un otro marinero fuéron los primeros á saltar; y al tiempo que Polidoro con el viejo Eugerio quiso salir de la nave, viniendo por la parte diestra una borrasca, apartó tanto el batel de la nave, que los tristes hubieron de quedar en ella, y de allí á poco rato no la vimos, ni sabemos della, sino que tengo por cierto que por las crueles ondas fué tragada, ó dando al traves.

en la costa de España, miserablemente fué perdida. Quedando pues Alcida, Clenarda y yo en el pequeño esquife, guiados con la industria del piloto y del otro marinero, anduvimos errando por espacio de un día y de una noche, aguardando de punto en punto la muerte, sin esperanza de remedio, y sin saber la parte donde estábamos. Pero en la mañana siguiente nos hallamos muy cerca de la tierra, y dimos al traves en ella. Los dos marineros que muy diestros eran en nadar, no solo salieron á nado á la deseada tierra, pero nos sacaron á todos, llevándonos á seguro salvamiento. Despues que estuvimos fuera de las aguas, amarraron los marineros el batel á la rivera, y reconociendo la tierra, donde habíamos llegado, hallaron que era la isla Formentera, y quedaron muy espantados de las

muchas millas , que en tan poco tiempo habiamos corrido. Mas ellos tenian tan larga y cierta experiencia de las maravillas que suelen hacer las bravas tempestades , que no se espantaron mucho del discurso de nuestra navegacion. Hallámonos seguros de la fortuna, pero tan tristes de la pérdida de Eugerio y Polidoro , tan mal tratados del trabajo , y tan fatigados de hambre, que no teniamos forma de alegrarnos de la cobrada vida.

Dexo agora de contarte los llantos y extremos de Alcida y Cleuarda , por haber perdido el padre y hermano, por pasar adelante la historia del desdichado suceso que me acontesció en esta solitaria isla: porque despues que en ella fuí librado de la crueldad de la fortuna , me fué el amor tan enemigo , que pareció pesarle de ver mi vida libre de la tempestad , y quiso

que al tiempo que por mas seguro me tuviese , entónces con nueva y mas grave pena fuese atormentado. Hirió el maligno amor el corazon del piloto , que Bartofano se decia , y le hizo tan enamorado de la hermosura de Clenarda su hermana de Alcida , que por salir con su intento olvidó la ley de amicitia y fidelidad , imaginando y efectuando una estraña traicion. Y fué así , que despues de las lágrimas y lamentos que las dos hermanas hicieron , aconteció que Alcida cansada de la pasada fatigase recostó sobre la arenas , y vencida del importuno sueño se durmió. Estando en esto le dixé yo al piloto : Bartofano amigo , si no buscamos que comer , ó por nuestra desdicha no lo hallamos , podemos hacer cuenta que no habemos salvado la vida , sino que habemos mudado manera de muerte. Por eso

querria , si te place , que tú y tu compañero fuédes al primer lugar que en la isla se os ofresciere , para buscar que comer. Respondió Bartofano : harto hizo la fortuna , señor Marcelio , en llevarnos á tierra , aunque sea despoblada. Desengáñate de hallar que comer aquí , porque la tierra es desierta , y de gentes no habitada. Mas yo diré un remedio , para que no perezcamos de hambre. ¿ Ves aquella isleta que está de frente , cerca de dónde estamos ? allí hay gran abundancia de venados , conejos , liebres y otra caza , tanto que van por ella grandes rebaños de silvestres animales. Allí tambien hay una ermita , cuyo ermitaño tiene ordinariamente harina y pñn. Mi parecer es , que Clearda , cuya destreza en tirar arco te es manifiesta , pase con el batel á la isla para matar alguna caza , pues el arco y fle-

chas no le faltan, que mi compañero y yo la llevaremos allá; y tú, Marcelio, queda en compañía de Alcida, que será posible, que ántes que se despierte volvamos con abundancia de fresca y sabrosa provision.

Muy bien nos pareció á Clenarda y á mí el consejo de Bartofano, no cayendo en la alevosía que tenia fabricada. Mas nunca quiso Clenarda pasar á la isleta sin mi compañía, porque no osaba fiarse en los marineros. Y aunque yo me escusé de ir con ella, diciendo que no era bien dexar á Alcida sola y durmiendo en tan solitaria tierra, me respondió, que pues el espacio de mar era muy poco, la caza de la isla mucha, y el mar algun tanto tranquilo, porque en estar nosotros en tierra habia mostrado amansarse, podiamos ir, cazar, y volver, ántes que Alcida, que muchas noches ha-

bia que no habia dormido, se despertase. En fin tantas razones me hizo, que olvidado de lo que mas me convenia, sin mas pensar en ello, determiné acompañarla, de lo qual le pesó harto á Bartofano, porque no queria sino á Clenarda sola, para mejor efectuar su engaño. Mas no le faltó al traidor forma para poner por obra la alevosía: porque dexada Alcida durmiendo, metidos todos en el esquife, nos echamos á la mar, y ántes de llegar á la isleta, estando yo descuidado y sin armas, porque todas las habia dexado en la nave, quando salté della por salvar la vida, fuí de los dos marineros asaltado, y sin poderme valer, preso y maniatado.

Clenarda viendo la traicion, quiso de dolor echarse en el mar, mas por el piloto fué detenida, ántes apartándola á una parte del esquife, en secreto le dixo:

no tomes pena de lo hecho, hermosa dama, y sosiega tu corazón, que todo se hace por tu servicio. Has de saber, señora, que este Marcelio, quando llegamos á la isla desierta, me habló secretamente, y me rogó que te aconsejase que pasases, para cazar, la isla, y quando estuviésemos en mar, encaminase la proa hácia levante, señalándome que estaba enamorado de tí, y queria dexar en la isla á tu hermana, por gozar de tí á su placer y sin impedimento. Y aquel no querer acompañarte, era por disimulacion, y por encubrir su maldad. Mas yo que veo el valor de tu hermosura, por no perjudicar á tu merescimiento, en el punto que habia de hacerte la traicion, he determinado serte leal, y he atado á Marcelio, como has visto, con determinacion de dexarlo así á la rivera de una isla, que cerca de aquí está, y vol-

ver despues contigo adónde dexamos a Alcida. Esta razon te doy de lo hecho, mira tú agora lo que determinas.

Oyendo esto Clenarda, creyó muy de veras la mentira del traidor, y túvome una ira mortal, y fué contenta que yo fuese llevado donde Bartofano dixo. Mirábame con un gesto airado, y de rabia no podia hablarme palabra, sino que en lo íntimo de su corazon se gozaba de la venganza que de mí se habia de tomar, sin nunca advertir el engaño que se le hacia. Conosci yo en Clenarda que no le pesaba de mi prision, y así le dixé: ¿qué es esto, hermana? ¿tan poca pena te parece la mia y la tuya, que tan presto hiciéron fin tus llantos? ¿Quizá tienes confianza de verme presto libre, para tomar venganza destes traidores? Ella entónces brava como leona me dixo, que mi prision era,

porque habia pretendido dexar á Alcida , y llevarme á ella , y lo demas que el otro le habia falsamente recitado. Oyendo esto sentí mas dolor que nunca , y ya que no pude poner las manos en aquellos malvados , los traté con injuriosas palabras ; á ella le dí tal razon , que conoció ser aquella una grande traicion, nascida del amor de Bartofano. Hizo Clenarda tan gran lamento quando cayó en la cuenta del engaño , que las duras piedras ablandára : mas no enternesció aquellos duros corazones.

Considera tú agora que el pequeño batel por las espaciosas ondas caminando , largo trecho con gran velocidad habia corrido , quando la desdichada Alcida despertándose , sola se vido , y desamparada , volvió los ojos al mar , y no vido el esquife ; buscó gran parte de la rivera , y no halló persona. Puedes pensar,

pastora , lo que debió sentir en este punto. Imagina las lágrimas que derramó , piensa agora los extremos que hizo, considera las veces que quiso echarse en el mar , y contempla las veces que repitió mi nombre. Mas ya estábamos tan léjos, que no oíamos sus voces ; sino que vimos que con una toca blanca, dando vueltas en el ayre con ella , nos incitaba para la vuelta. Mas no lo consintió la traicion de Bartofano. Antes con gran presteza caminando, llegamos á la isla de Iviza , donde desembarcamos , y á mí me dexáron en la rivera amarrado á una áncora , que en tierra estaba. Acudiéron allí algunos marineros conocidos de Bartofano, y tales como él ; y por mas que Clenarda les encomendó su honestidad , no aprovechó para que mirasen por ella, sino que diéron al traidor suficiente pro-

vision, y con ella se volvió á embarcar en compañía de Cle-
narda, que á su pesar hubo de
seguille, y despues acá nunca
mas los he visto, ni sabido de-
llos.

Quedé yo allí hambriento, y
atado de pies y manos. Pero lo
que mas me atormentaba era la
necesidad y pena de Alcida, que
en la Formentera sola quedaba,
que la mia luego fué remediada.
Porque á mis voces viniéron
muchos marineros, que siendo
mas piadosos y hombres de bien
que los otros, me diéron que co-
miese: é importunados por mí,
armáron un bergantin, donde
puestas algunas viandas y ar-
mas se embarcáron en mi com-
pañía, y no pasó mucho tiempo
que el velocísimo navío llegó á
la Formentera, donde Alcida
habia quedado. Mas por mucho
que en ella busqué, y dí voces,
no la pude hallar ni descubrir.

Pensé que se habia echado en el mar desesperada, ó de las silvestres fieras habia sido comida. Mas buscando y escudriñando los llanos, riveras, peñas, cuevas, y los mas secretos rincones de la isla, en un pedazo de peña, hecho á manera de padron, hallé unas letras escritas con punta de acerado cuchillo, que decian :

SONETO.

Arenoso, desierto y seco prado,
 tú, que escuchaste el son de
 mi lamento:
 hinchado mar, mudable y
 fiero viento,
 con mis suspiros tristes alte-
 rado:
 Duro peñasco, en do escrito
 y pintado
 perpétuamente queda mi tor-
 mento,
 dad cierta relacion de lo que
 siento,

pues que Marcelio sola me ha
dexado.

Llevó mi hermana , á mí puso
en olvido:

y pues su fe, su vela y mi es-
peranza

al viento encomendó , sedme
testigos,

Que mas no quiero amar hombre
nascido,

por no entrar en un mar , do
no hay bonanza,

ni pelear con tantos enemigos.

No quiero encarescerte, pas-
tora , la herida que yo sentí en
el alma , quando leí las letras,
conosciendo por ellas , que por
agena alevosía , y por los malos
sucesos de fortuna quedaba des-
amado , porque quiero dexarla
á tu discrecion. Pero no que-
riendo vida rodeada de tantos
trabajos , quise con una espada
traspasar el miserable pecho ; y
así lo hiciera , si de aquellos

marineros con obras y palabras no fuera estorbado. Volviéronme casi muerto en el bergantin, y condescendiendo con mis importunaciones, me lleváron por sus jornadas camino de Italia, hasta que me desembarcáron en el puerto de Gayeta del reyno de Nápoles, donde preguntando á quantos hallaba por Alcida, y dando las señas della, vine á ser informado por unos pastores que habia llegado allí con una nave Española, que pasando por la Formentera, hallándola sola, la recogió, y que por esconderse de mí, se habia puesto en hábito de pastora. Entónces yo por mejor buscarla, me vestí tambien como pastor, rodeando y escudriñando todo aquel reyno, y nunca hallé rastro della, hasta que me dixéron que huyendo de mí, y sabiendo que tenia della informacion, con una nave Genove-

sa habia pasado en España. Embarquéme luego en su seguimiento, y llegué acá á España, y he buscado la mayor parte della, sin hallar persona que me diese nuevas desta cruel, que con tanta congoja busco. Esta es, hermosa pastora, la tragedia de mi vida, esta es la causa de mi muerte, este es el proceso de mis males. Y si en tan pesado cuento hay alguna prolixidad, la culpa es tuya, pues para contarle por tí fuí importunado. Lo que te ruego agora es que no quieras dar remedio á mi mal, ni consuelo á mi fatiga, ni estorvar las lágrimas que con tan justa razon á mi pena son debidas.

Acabando estas razones comenzó Marcelio á hacer tan doloroso llanto, y suspirar tan amargamente, que era gran lástima de vello. Quiso Diana darle nuevas de su Alcida, porque

poco habia que en su compañía estaba ; pero por cumplir con la palabra que habia dado de no decillo , y tambien porque vió que lo habia de atormentar mas dándole noticia de la que en tal extremo le aborrescía , por eso no curó de decille mas de que se consolase, y tuviese mucha confianza , porque ella esperaba velle ántes de mucho muy contento con la vista de su dama. Porque si era verdad, como creía, que iba Alcida entre los pastores y pastoras de España , no se le podia esconder , y que ella la haria buscar por las mas estrañas y escondidas partes della. Mucho le agradesció Marcelio á Diana tales ofrescimientos , y encargándole mucho mirase por por su vida, haciendo lo que ofrescido le habia , quiso despedirse della , diciendo que pasados algunos dias pensaba volver allí , para informarse de lo

que habria sabido de Alcida, pero Diana le detuvo, y le dijo : no seré yo tan enemiga de mi contento , que consienta que te apartes de mi compañía. Antes, pues de mi esposo Delio me veo desamparada , como tú de tu Alcida , querria , si te place, que comieses algunos bocados , porque muestras haberlo menester; y despues desto, pues las sombras de los árboles se van haciendo mayores , nos fuésemos á mi aldea, donde con el descanso que el continuo dolor nos permitirá, pasaremos la noche, y luego en la mañana iremos al templo de la casta Diana, do tiene su asiento la sábia Felicia , cuya sabiduría dará algun remedio á nuestra pasion. Y porque mejor puedas gozar de los rústicos tratos y simples llanezas de los pastores y pastoras de nuestros campos , será bien que no mudes el hábito de

pastor que traes, ni des á nadie á entender quien eres, sino que te nombres, vistas y trates como pastor.

Marcelio, contento de hacer lo que Diana dixo, comió alguna vianda que ella sacó de su zurrón, y mató la sed con el agua de la fuente, lo que le era muy necesario, por no haber en todo el dia comido, ni reposado, y luego tomaron el camino de la aldea. Mas poco trecho habian andado, quando en un espeso bosquecillo, que algun tanto apartado estaba del camino, oyéron resonar voces de pastores, que al son de sus zampoñas suavemente cantaban; y como Diana era muy amiga de música, rogó á Marcelio que se llegasen allá. Estando ya junto al bosquecillo, conoció Diana que los pastores eran Tauriso y Bernardo, que por ella penados andaban, y tenían costumbre de

andar siempre de compañía, y cantar en competencia. Y así Diana y Marcelio, no entrando donde los pastores estaban, sino puestos tras unos robledales, en parte donde podían oír la suavidad de la música, sin ser vistos de los pastores, escucharon sus cantares. Y ellos, aunque no sabían que estaba tan cerca la que era causa de su canto, adivinando quasi con los ánimos que su enemiga les estaba oyendo, requebrando las pastoriles voces, y haciendo con ellas delicados pasos y diferencias, cantaban desta manera:

TAURISO.

Pues ya se esconde el sol tras
 las montañas,
 dexad el pasto, ovejas, escuchando
 las voces roncadas, ásperas y
 estrañas,
 que estoy sin tiento ni orden
 derramando.

Oid como las miserables entra-
ñas
se están en vivas llamas abra-
sando
con el ardor que enciende en
la alma insana
la angélica hermosura de Dia-
na.

BERARDO.

Antes que el sol dexando el he-
misfero
caer permita en hierbas el ro-
cío,
tú, simple oveja, y tú, manso
cordero,
prestad grata atención al
canto mio.
No cantaré el ardor terrible
y fiero,
mas el mortal temor helado y
frio,
con que enfrena y corrige el
alma insana
la angélica hermosura de Dia-
na.

TAURISO.

Quando imagina el triste pensamiento
 la perfeccion tan rara y escogida,
 la alma se enciende así, que
 claro siento
 ir siempre deshaciéndose la
 vida.

Amor esfuerza el débil sufrimiento,
 y aviva la esperanza consumida,
 para que dure en mí el ardiente fuego,
 que no me otorga un hora de sosiego.

BERARDO.

Quando me paro á ver mi baxo estado,
 y el alta perficion de mi pastora,
 se arriedra el corazon amedrentado,
 y un frio hielo en la alma triste mora.

Amor quiere que viva con-
fiado,
y estóylo alguna vez, pero á
deshora
al vil temor me vuelvo tan
sujeto,
que un hora de salud no me
prometo.

TAURISO.

Tan mala vez la luz ardiente
veo
de aquellas dos clarísimas es-
trellas,
la gracia, el continente y el
aseo,
conque Diana es reyna entre
las bellas,
que en un solo momento mi
deseo
se enciende en estos rayos y
centellas,
sin esperar remedio al fuego
estraño,
que me consume, y causa es-
tremo daño.

BERARDO.

Tan mala vez las delicadas ma-
 nos
 de aquel marfil para mil
 muertes hechas,
 y aquellos ojos claros sobera-
 nos
 tiran al corazón mortales fle-
 chas,
 que quedan de los golpes in-
 humanos
 mis fuerzas pocas, flacas y
 deshechas,
 y tan pasmado, floxo y débil
 quedo,
 que vence á mi deseo el tris-
 te miedo.

TAURISO.

¿Viste jamás un rayo podero-
 so,
 cuyo furor el roble antiguo
 hiende?
 tan fuerte, tan terrible y ri-
 goroso
 es el ardor que la alma triste
 enciende.

¿ Viste el poder de un rio pre-
suroso,

que de un peñasco altísimo
desciende?

tan brava, tan soberbia y al-
terada

Diana me parece estando ay-
rada.

Mas no aprovecha nada,
para que el vil temor me dé
tristeza,

pues quanto mas peligros,
mas firmeza.

BERARDO.

¿ Viste la nieve en haldas de
una sierra

con los solares rayos derreti-
da?

ansí deshecha y puesta por
la tierra

al rayo de mi estrella está mi
vida.

¿ Viste en alguna fiera y cru-
da guerra

algun simple pastor puesto
en huida?

con no ménos temor vivo cui-
tado,
de mis ovejas propias olvida-
do.

Y en este miedo helado
merezco mas , y vivo mas
contento,
que en el ardiente y loco a-
trevimiento.

TAURISO.

Berardo, el mal que siento es
de tal arte,

que en todo tiempo y parte
me consume:

el alma no presume , ni se a-
treve,

mas como puede y debe come-
dida

le da la propia vida al niño
ciego,

y en encendido fuego alegre
vive;

y como allí recibe gran con-
suelo,

no hay cosa de que pueda ha-
ber rezelo.

BERARDO.

Tauriso, el alto cielo hizo tan
 bella esta Diana estrella, que en
 la tierra
 con luz clara destierra mis
 tinieblas,
 las mas oscuras nieblas apar-
 tando:
 que si la estoy mirando em-
 belesado,
 vencido y espantado, triste y
 ciego
 los ojos baxo luego, de ma-
 nera
 que no puedo, aunque quie-
 ra, aventurarme
 á ver, pedir, dolerme, ni
 quejarme.

TAURISO.

Jamás quiso escucharme
 esta pastora mia,
 mas persevera siempre en la
 dureza,
 y en siempre maltratarme
 continua su porfia:

ay cruda pena, ay fiera gentileza!

Mas es tal la firmeza,
 que esfuerza mi cuidado,
 que vivo mas seguro,
 que está un peñasco duro
 contra el rabioso viento y
 mar airado,
 y quanto mas vencido,
 doy mas ardor al ánimo encendido.

BERARDO.

No tiene el ancho suelo
 lobos tan poderosos,
 cuya braveza miedo pueda
 hacerme,
 y de un simple rezelo,
 en casos amorosos,
 como cobarde vil vengo á
 perderme.

No puedo defenderme
 de un miedo que en mi pecho
 gobierna, manda y rige:
 que el alma mucho aflige,

y el cuerpo tiene ya medio
deshecho.

¡ay crudo amor, ay fiero!
¿con pena tan mortal, cómo
no muero?

TAURISO.

Junto á la clara fuente
sentado con su esposo
la pérfida Diana estaba un
día,
y yo á mi mal presente
tras un jaral umbroso,
muriendo de dolor de lo que
via:

él nada le decia,
mas con mano grosera
travó la delicada
á torno fabricada,
y estuvo un rato así, que no
debiera:

y yo tal cosa viendo,
de ira mortal y fiera envidia
ardiendo.

BERARDO.

Un dia al campo vino
aserenando al cielo

la luz de perfectísimas mugeres,
las hebras de oro fino
cubiertas con un velo,
prendido con dorados alfileres:

mil juegos y placeres
pasaba con su esposo,
yo tras un mirto estaba,
y ví que él alargaba
la mano al blanco velo, y el
hermoso
cabello quedó suelto,
y yo de vello en triste miedo
envuelto.

En acabando los pastores de cantar, comenzáron á recoger su ganado, que por el bosque derramado andaba. Y viniendo hácia donde Marcelio y Diana estaban, fué forzado habellos de ver, porque no tuviéron forma de esconderse, aunque mucho lo trabajáron. Gran contento recibieron de tan alegre y no

pensada vista. Y aunque Berardo quedó con ella atemorizado, el ardiente Tauriso con ver la causa de su pena, encendió mas su deseo. Saludáron cortestamente las pastoras, rogándoles, que pues la fortuna allí los habia encaminado, se fuesen todos en compañía hácia la aldea. Diana no quiso ser descortes, porque no lo acostumbra, mas fué contenta de hacello así. De modo que Tauriso y Berardo encargáron á otros pastores, que con ellos estaban, que los recogidos ganados hácia la aldea poco á poco llevasen, y ellos en compañía de Marcelio y Diana adelantándose, tomaron el camino. Rogóle Tauriso á Diana que á la cancion, que él diria, respondiese: ella dixo que era contenta, y así cantáron esta cancion:

TAUR. Zagala, ; por qué razon
no me miras, dí, enemiga?

DIAN. Porque los ojos fatigan
lo que ofende al corazon.

TAUR. ¿Qué pastora hay en la
vida
que se ofenda de mirar?

DIAN. La que pretende pasar
sin querer, ni ser querida.

TAUR. No hay tan duro cora-
zon
que un alma tanto persiga.

DIAN. Ni hay pastor que con-
traiga
tan adrede á la razon.

TAUR. ¿Cómo es esto que no
tuerza
el amor tu crueldad?

DIAN. Porque amor es voluntad,
y en la voluntad no hay
fuerza.

TAUR. Mira que tienes razon
de remediar mi fatiga.

DIAN. Esa mmesa á mí me o-
bliga
á guardar mi corazon.

TAUR. ¿Por qué me das tal tormento,

y qué guardas tu hermosura?

DIAN. Porque tú el seso y cordura

llamas aborrescimiento.

TAUR. Será porque sin razon tu braveza me castiga.

DIAN. Antes porque de fatiga defendo mi corazon.

TAUR. Cata , que no soy tan feo como te cuidas , pastora.

DIAN. Conténtate por agora, con que digo que te creo.

TAUR. ¿Despues de darme passion

me encarnesces , dí , enemiga?

DIAN. Si otro quieres que te diga, pides mas de la razon.

En estremo contentó la cancion de Tauriso y Diana, y aunque Tauriso por ella sintió las

crudas respuestas de su pastora, y con ellas grande pena, quedó tan alegre con que ella le habia respondido, que olvidó el dolor que de la crueldad de sus palabras pudiera rescebir. Á este tiempo el temeroso Berardo esforzando el corazon, hincando sus ojos en los de Diana á guisa de congojado cisne, que cercano á su postrimería, junto á las claras fuentes va suavemente cantando, levantó la débil y medrosa voz, que con gran pena del sobresaltado pecho le salia, y al son de su zampona cantó así:

Tenga fin mi triste vida,
 pues por mucho que lloré,
 no es mi pena agradescida,
 ni dan crédito á mi fe.

Estoy en tan triste estado,
 que tomára por partido
 de ser mal gualardonado.

solo que fuera creído. Mas aunque pene mi vida,
 y en mi mal constante esté, no es mi pena agradescida,
 ni dan crédito á mi fe.

Después de haber dicho Bernardo su cancion, pasieron los dos pastores los ojos en Marcelio, y como era hombre no conocido, no osaban decille que cantase. Pero en fin el atrevido Tauriso le rogó les dixese su nombre, y si era posible, dixese alguna cancion, porque lo uno y lo otro les seria muy agradable. Y él sin dalles otra respuesta, volviéndose á Diana, y señalándole que su zampona tocase, quiso con una cancion contentallos de entrambas las cosas. Y despues de dado un suspiro dixo así:

Tal estoy despues que ví
 la crueldad de mi pastora,

que ni sé quien soy agora,
ni lo que será de mí.

Sé muy , bien que si hombre
fuera,
el dolor me hubiera muerto,
y si piedra , está muy cierto
que el llorar me deshiciera.

Llámanme Marcelio á mí,
pero soy de una pastora,
que ni sé quien soy agora,
ni lo que será de mí.

Ya la luz del sol comenzaba
á dar lugar á las tinieblas , y
estaban las aldeas con los do-
mésticos fuegos humeando, quan-
do los pastores y pastoras estan-
do muy cerca de su lugar dié-
ron fin á sus cantares. Llegaron
todos á sus casas contentos de la
pasada conversacion ; pero Dia-
na no hallaba sosiego , mayor-
mente quando supo que no esta-
ba en la aldea su querido Syre-
no. Dexó á Marcelio aposentado

en casa de Melibeo primo de Delio , donde fué hospedado con mucha cortesía , y ella viniendo á su casa , convocados sus parientes y los de su esposo , les dió razon de como Delio la habia dexado en la fuente de los alisos , yendo tras una estrangera pastora. Sobre ello mostró hacer grandes llantos y sentimientos, y al cabo de todos ellos les dixo : que su determinacion era ir luego por la mañana al templo de Diana , por saber de la sábia Felicia nuevas de su esposo. Todos fuéron muy contentos de su voluntad , y para el cumplimiento della le ofresciéron su favor ; y ella , pues supo que en el templo de Diana hallaria su Syreno , quedó muy alegre del concierto , y con la esperanza del venidero placer dió aquella noche á su cuerpo algun reposo , y tuvo en el corazon un no acostumbrado sosiego.

DIANA ENAMORADA.

LIBRO SEGUNDO.

Es el injusto Amor tan bravo y poderoso , que de quanto hay en el mundo se aprovecha para su crueldad, y las cosas de mas valor le favorecen en sus empresas. Especialmente la Fortuna le da tanto favor con sus mudanzas , quanto él ha menester para dar graves tormentos. Claro está lo que digo en el desastre de Marcelio , pues la fortuna ordenó tal acontecimiento , que su esposa Alcida, forzado hubo de dar crédito á

una sospecha tal, que aunque falsa, tenia muy cierto, ó á lo ménos aparente fundamento: y dello se siguió aborrescer á su esposo, que mas que á su vida la queria, y en nada la habia ofendido. De aquí se puede colegir quan cierta ha de ser una presuncion, para que un hombre sábio le deba dar entera fe; pues ésta, que tenia muestra de certidumbre, era tan agena de verdad. Pero ya que el Amor y Fortuna tratáron tan mal á Marcelio, una cosa tuvo que agradescelles, y fué, que el Amor hirió el corazon de Diana, y Fortuna hizo que Marcelio en la fuente la hallase, para que entrambos fuesen á la casa de Felicia, y el triste pasase sus penas en agradable compañía. Pues llegado el tiempo que la rubicunda aurora con su dorado gesto ahuyentaba las nocturnas estrellas, y las aves con sua-

ve canto anunciaban el cercano día, la enamorada Diana fatigada ya de la prolixa noche se levantó , para emprender el camino deseado. Y encargadas ya sus ovejas á la pastora Polyntia, salió de su aldea acompañada de su rústica zampoña , engañadora de trabajos , y proveido el zurrón de algunos mantenimientos. Baxó por una cuesta , que de la aldea á un espeso bosque descendia, y á la fin della se paró sentada debaxo unos alisos, esperando que Marcelio su compañero viniese , segun que con él la noche ántes lo habia concertado. Mas en tanto que no venia , se puso á tañer su zampoña , y cantar esta

CANCION.

Madrugá un poco luz del claro
 día
 con apacible y blanda mansedumbre,

para engañar un alma entristecida.

Estiende hermoso Apolo aquella lumbre,
que á los desiertos campos da alegría,
y á las muy secas plantas fuerza y vida.

En esta amena silva, que convida

á muy dulce reposo,
verás de un congojoso dolor mi corazón atormentado,
por verse así olvidado de quien mil quejas daba de mi olvido:

la culpa es de Cupido,
que aposta quita y da aborrecimiento,
do ve que ha de causar mayor tormento.

¿Qué fiera no enternesce un triste canto?

¿y qué piedra no ablandan los gemidos,

que suele dar un fatigado
pecho?

¿Qué tigres, ó leones condu-
cidos

no fueran á piedad, oyendo
el llanto

que quasi tiene mi ánimo des-
hecho?

Solo á Syreno cuento sin pro-
vecho

mi triste desventura,

que della tanto cura,

como el furioso viento en mar
insano.

las lágrimas que en vano

derrama el congojado mari-
nero,

pues quanto mas le ruega,

mas es fiero.

No ha sido fino amor, Syreno
mio,

el que por estos campos me
mostrabas,

pues un descuido mio así lo
ofende.

¿Acuérdate, traidor, lo que jurabas

sentado en este bosque y junto al río?

¿pues tu dureza ahora qué pretende?

¿No bastará que el simple olvido emiende

con un amor sobrado,

y tal, que si al pasado

olvido no aventaja de gran parte,

(pues mas no puedo amarte, ni con mayor ardor satisfacer)

por remedio tomar quiero la muerte?

Mas viva yo en tal pena, pues la siento

por tí que haces menor toda tristura,

aunque mas dañe el ánima mezquina.

Porque tener presente tu figura

da gusto aventajado al pensamiento
de quien por tí penando en tí
imagina.

Mas tú á mi ruego ardiente un
poco inclina el corazon altivo,
pues ves que en penas vivo
con un solo deseo sostenida,
de oír de tí en mi vida
siquiera un no en aquello que
mas quiero.

¿Mas qué se ha de esperar de
hombre tan fiero?

¿Cómo agradescas, dime, los
favores
de aquel tiempo pasado que
tenias
mas blando el corazon, duro
Syreno?

Quando, traidor, por causa
mia hacias
morir de pura envidia mil
pastores.

¡Ay tiempo de alegría! ¡ay
tiempo bueno!

Será testigo el valle y prado
ameno,

á do de blancas rosas
y flores olorosas

guirnalda á tu cabeza com-
ponia,

do á veces añadia
por solo contentarte algun ca-

bello:

que muero de dolor pensando
en ello.

Agora andas esento aborres-
ciendo

la que por tí en tal pena se
consume:

pues guarte de las mañas de
Cupido.

Que el corazon soberbio, que
presume

del bravo amor estarse de-
fendiendo,

quanto mas armas hace, es
mas vencido.

Yo ruego que tan preso y tan
herido

estés como me veo.

Mas siempre á mi deseo
no desear el bien le es buen

aviso,

pues quantas cosas quiso,

por mas que tierra y cielos
importuna,

se las negó el Amor y la For-
tuna.

Cancion , en algun pino , ó du-
ra encina

no quise señalarte,

mas ántes entregarte

al sordo campo y al mudable
viento:

porque de mi tormento

se pierda la noticia y la me-
moria,

pues ya perdida está mi vida
y gloria.

La delicada voz y gentil
gracia de la hermosa Diana ha-
cia muy clara ventaja á las ha-

bilidades de su tiempo : pero mas espanto daba ver las agudezas con que matizaba sus cantares , porque eran tales , que parecian salidas de la avisada corte. Mas esto no ha de maravillar tanto los hombres , que lo tengan por imposible ; pues está claro que es bastante el Amor para hacer hablar á los mas simples pastores avisos mas encumbrados , mayormente si halla aparejo de entendimiento vivo é ingenio despierto , que en las pastoriles cabañas nunca faltan. Pues estando ya la enamorada pastora al fin de su cancion , al tiempo que el claro sol ya comenzaba á dorar las cumbres de los mas altos collados , el desamado Marcelio de la pastoril posada despedido , para venir al lugar que con Diana tenia concertado , descendia la cuesta , á cuyo pie ella sentada estaba. Vióle ella de léjos , y calló su

voz , porque no entendiese la causa de su mal. Quando Marcelio llegó donde Diana le esperaba , le dixo : hermosa pastora , el claro dia de hoy , que con la luz de tu gesto amaneció mas resplandeciente , sea tan alegre para tí , como fuera triste para mí , si no le hubiese de pasar en tu compañía. Corrido estoy en verdad de ver que mi tardanza haya sido causa que recibieses pesadumbre con esperarme : pero no será este el primer yerro que le has de perdonar á mi descuido en tanto que tratarás conmigo. Sobrado seria el perdón , dixo Diana , donde el yerro falta : la culpa no la tiene tu descuido , sino mi cuidado , pues me hizo levantar ántes de hora , y venir acá , donde hasta agora he pasado el tiempo , á veces cantando , y á veces imaginando , y en fin entendiendo en los tratos que á un angustiado espíritu

pertenescen. Mas no hace tiempo de detenernos aquí, que aunque el camino hasta el templo de Diana es poco, el deseo que tenemos de llegar allá es mucho. Y allende de esto me parece que conviene, en tanto que el sol envia mas mitigados los rayos, y no son tan fuertes sus ardores, adelantar el camino, para despues á la hora de la siesta en algun lugar fresco y sombrío tener buen rato de sosiego. Dicho esto, tomáron entrambos el camino, travesando aquel espeso bosque, y por alivio del camino cantaban deste modo:

MARCELIO.

Mudable y fiero Amor, que mi
ventura

pusiste en la alta cumbre,
do no llega mortal meresci-
miento:

Mostraste bien tu natural cos-
tumbre,

quitando mi tristura,
para doblarla, y dar mayor
tormento.

Dexáras descontento
el corazon, que ménos daño
fuera
vivir en pena fiera,
que recibir un gozo no pen-
sado,
con tan penosas lástimas bor-
rado.

DIANA.

No te debe espantar que de tal
suerte
el niño poderoso
tras un deleite envíe dos mil
penas:

Que á nadie prometió firme re-
poso,
sino terrible muerte,
llantos, congojas, lágrimas,
cadenas.

En Libia las arenas,
ni en el hermoso Abril las
tiernas flores
no igualan los dolores,

con que rompe el Amor un
blando pecho,
y aun no queda con ello sa-
tisfecho.

MARCELIO.

Antes del amoroso pensamiento
ya tuve conocidas
las mañas , con que Amor
captiva y mata.

Mas él no solo aflige nuestras
vidas,

mas el conocimiento
de los vivos juicios arrebatá.

Y el alma así maltrata,
que tarde y mal y por incier-
ta via

allega una alegría,
y por dos mil caminos los pe-
sares

sobre el perdido cargan á mi-
llares.

DIANA.

Si son tan manifiestos los en-
gaños,
con que el Amor nos prende,

¿por qué á ser presa el alma
se presenta?

Si el blando corazon no se de-
fiende

de los terribles daños,

¿por qué despues se queja y
se lamenta?

Razon es que consienta

y sufra los dolores de Cupido

aquel que ha consentido

al corazon la flecha y la ca-
dena:

que el mal no puede darnos
sino pena.

Esta cancion y otras cantá-
ron , al cabo de las quales estu-
viéron ya fuera del bosque , y
comenzáron á caminar por un
florido y deleitoso prado. En-
tónces dixo Diana estas pala-
bras : cosas son maravillosas las
que la industria de los hombres
en las pobladas ciudades ha in-
ventado ; pero mas espanto dan
las que la naturaleza en los so-

litarios campos ha producido. ¿Á quién no admira la frescura deste sombrero bosque? ¿quién no se espanta de la lindeza de este espacioso prado? Pues ver los matices de las libreadas flores, y oír el concierto de las cantadoras aves, es cosa de tanto contento, que no iguala con ello de gran parte la pompa y abundancia de la mas celebrada corte. Ciertamente, dixo Marcelio, en esta alegre soledad hay gran aparejo de contentamiento, mayormente para los libres, pues les es lícito gozar á su voluntad de tan admirables dulzuras y entretenimientos. Y tengo por muy cierto, que si el Amor que agora morando en estos desiertos me es tan enemigo, me diera en la villa donde yo estaba la mitad del dolor que agora siento, mi vida no osára esperarle, pues no pudiera con semejantes de-

leites amansar la braveza del tormento. Á esto no respondió Diana palabra, sino que puesta la blanca mano delante sus ojos, sosteniendo con ella la dorada cabeza estuvo gran rato pensosa, dando de quando en quando muy angustiados suspiros, y á cabo de gran pieza dixo así: ¡ay de mí, pastora desdichada! ¿qué remedio será bastante á consolar mi mal, si los que quitan á los otros gran parte del tormento, acarrean mas ardiente dolor? No tengo ya sufrimiento para encubrir mi pena, Marcelio: mas ya que la fuerza del dolor me constriñe á publicarla, una cosa le agradezco, que me fuerza á decirla en tiempo, y en parte, en que tú solo estás presente, pues por tus generosas costumbres, y por la experiencia que tienes de semejante mal, no tendrás por sobrada mi locura, principalmente sa-

biendo la causa della. Yo estoy maltratada del mal que te atormenta, y olvidada como tú de un pastor llamado Syreno, del qual en otro tiempo fuí querida. Mas la fortuna que pervierte los humanos intentos, quiso que obedesciendo mas á mi padre que á mi voluntad, dexase de casarme con él, y á mi pesar me hiciese esclava de un marido, que quando otro mal no tuviera con él, sino el que causan sus continuos é importunos zelos, bastaba para matarme. Mas yo me tuviera por contenta de sufrir las sospechas de Delio, con que viera la preferencia de Syreno: el qual creo que por no verme, tomando de mi forzado casamiento ocasion para olvidarme, se apartó de nuestra aldea, y está, segun he sabido, en el templo de Diana, donde nosotros imos. De aquí puedes imaginar qual puedo es-

tar, fatigada de los zelos del marido, y atormentada con la ausencia del amado. Dixo entonces Marcelio: graciosa pastora, lastimado quedo de saber de tu dolor, y corrido de no haberle hasta agora sabido. Nunca yo me vea con el deseado contento, si no querria verle tanto en tu alma como en la mia. Mas pues sabes quan generales son las flechas del Amor, y quan poca cuenta tienen con los mas fuertes, libres y mas honestos corazones, no tengas afrenta de publicar sus llagas, pues no quedará por ellas tu nombre denostado, sino en mucho mas tenido. Lo que á mí me consuela es saber que el tormento que de los zelos del marido recibias, el qual suele dar á veces mayor pena que la ausencia de la cosa amada, te dexará algun rato descansar, en tanto que Delio siguiendo la fugitiva pastora, estará

apartado de tu compañía. Goza, pues, del tiempo y ocasión que te concede la fortuna; y alégrate, que no será poco alivio para tí pasar la ausencia de Syreno, libre de la importunidad del zeloso marido. No tengo yo, dixo Diana, por tan dañosos los zelos, que, si como son de Delio, fueran de Syreno, no los sufriera, con solo imaginar que tenían fundamento en amor. Porque cierto está que quien ama huelga de ser amado, y ha de tener los zelos de la cosa amada por muy buenos, pues son claras señales de amor, nascen dél, y siempre van con él acompañados. De mí á lo ménos te puedo decir, que nunca me tuve por tan enamorada, como quando me ví zelosa, y nunca me ví zelosa, sino estando enamorada. Á lo qual replicó Marcelio: nunca pensé que la pastoril llaneza fuese bastante á formar tan avi-

sadas razones como las tuyas, en cuestión tan dificultosa como es esta. Y de aquí vengo á condenar por yerro muy reprobado decir, como muchos afirman, que en solas las ciudades y cortes está la viveza de los ingenios, pues la hallé tambien entre las espesuras de los bosques, y en las rústicas é inartificiosas cabañas. Pero con todo quiero contradecir á tu parescer, con el qual heciste los zelos tan ciertos mensageros y compañeros del Amor, como si no pudiese estar en parte donde ellos no estén. Porque puesto que hay pocos enamorados que no sean zelosos, no por eso se ha de decir que el enamorado que no lo fuere, no sea mas perfecto y verdadero amador. Antes muestra en ello el valor, fuerza y quilate de su deseo, pues está limpio y sin la escoria de frenéticas sospechas. Tal estaba yo en

el tiempo venturoso , y me preciaba tanto dello , que con mis versos lo iba publicando. Y una vez entre las otras , que mostró Alcida maravillarse de verme enamorado y libre de zelos , le escribí sobre ello este

SONETO.

Dicen que Amor juró que no
estaria

sin los mortales zelos un momento,

y la belleza nunca hacer asiento

do no tenga soberbia en compañía.

Dos furias son , que el bravo infierno envia,

bastantes á enturbiar todo contento,

la una el bien de amor vuelve en tormento,

la otra de piedad la alma desvia.

Perjuro fué el Amor y la Her-
mosura

en mí y en vos , haciendo
venturosa

y singular la suerte de mi
estado.

Porque despues que ví vuestra
figura,

ni vos fuistes altiva , siendo
hermosa,

ni yo zeloso , siendo enamo-
rado.

Fué tal el contento que tu-
vo mi Alcida quando le dixé es-
te Soneto , entendiendo por él
la fineza de mi voluntad , que
mil veces se le cantaba , sabien-
do que con ello le era muy
agradable. Y verdaderamente,
pastora , tengo por muy grande
engaño que un monstruo tan
horrendo como los zelos se ten-
ga por cosa buena , con decir
que son señales de amor , y que
no están sino en el corazon en-

amorado. Porque á esa cuenta podrémos decir, que la calentura es buena, pues es señal de vida, y nunca está sino en el cuerpo vivo. Pero lo uno y lo otro son manifiestos errores, pues no dan menor pesadumbre los zelos que la fiebre. Porque son pestilencia de las almas, frenesía de los pensamientos, rabia que los cuerpos debilita, ira que el espíritu consume, temor que los ánimos acobarda, y furia que las voluntades enloquesce. Mas para que juzgues ser los zelos cosa abominable, imagina la causa dellos, y hallarás que no es otra, sino un apocado temor de lo que no es, ni será, un vil menosprecio del propio merecimiento, y una sospecha mortal, que pone en duda la fe y la bondad de la cosa querida. No pueden, pastora, con palabras encarecerse las penas de los zelos, porque

son tales , que sobrepujan de gran parte los tormentos que acompañan el amor. Porque en fin todos , sino él , pueden y suelen parar en admirables dulzuras y contentos , que así como la fatigosa sed en el tiempo caloroso hace parecer mas sabrosas las frescas aguas , y el trabajo y sobresalto de la guerra hace que tengamos en mucho el sosiego de la paz ; así los dolores de Cupido sirven para mayor placer en la hora que se rescibe un pequeño favor , y quando quiera que se goza de un simple contentamiento. Mas estos rabiosos zelos esparcen tal veneno en los corazones , que corrompe y gasta quantos deleites se le llegan. Á este propósito me acuerdo que yo oí cantar un dia á un excelente músico en Lisboa delante del Rey de Portugal un Soneto que decía así :

Quando la brava ausencia un
alma hiere,
se ceba, imaginando el pen-
samiento
que el bien, que está mas lé-
jos, mas contento
el corazon hará, quando vi-
niere.

Remedio hay al dolor de quien
tuviere
en esperanza puesto el fun-
damento,
que al fin tiene algun premio
del tormento,
ó al ménos en su amor con-
tento muere.

Mil penas con un gozo se des-
cuentan,
y mil reproches ásperos se
vengan
con solo ver la angélica her-
mosura.

Mas quando zelos la ánima ator-
mentan,
aunque despues mil bienes
sobrevengan,

se tornan rabia, pena y amargura.

¡Ó cuán verdadero parecer! ¡ó cuán cierta opinion es esta! Porque á la verdad esta pestilencia de los zelos no dexa en el alma parte sana, donde pueda recogerse una alegría. No hay en amor contento, quando no hay esperanza, y no la habrá en tanto que los zelos están de por medio. No hay placer que dellos esté seguro, no hay deleite que con ellos no se gaste, y no hay dolor que con ellos no nos fatigue. Y llega á tanto la rabia y furor de los venenosos zelos, que el corazon, donde ellos están, recibe pesadumbre en escuchar alabanzas de la cosa amada, y no querria que las perfecciones que él estima fuesen de nadie vistas, ni conocidas, haciendo en ello gran perjuicio al valor de

la gentileza que le tiene captivo. Y no solo el zeloso vive en este dolor, mas á la que bien quiere le da tan continúa y trabajosa pena, que no le diera tanta, si fuera su capital enemigo. Porque claro está que un marido zeloso como el tuyo ántes querria que su muger fuese la mas fea y abominable del mundo, que no que fuese vista, ni alabada por los hombres, aunque sean honestos y moderados. ¿Qué fatiga es para la muger ver su honestidad agraviada con una vana sospecha? ¿qué pena le es estar sin razon en los mas secretos rincones encerrada? ¿qué dolor ser ordinariamente con palabras pesadas, y aun á veces con obras combatida? Si ella está alegre, el marido la tiene por deshonesta: si está triste, imagina que se enoja de verle: si está pensando, la tiene por sospechosa: si le

mira , parece que le engaña : si no le mira , piensa que le aborresce : si le hace caricias , piensa que las finge : si está grave y honesta , cree que le desecha : si rie , la tiene por desenvuelta : si suspira , la tiene por mala ; y en fin en quantas cosas se meten estos zelos , las convierten en dolor , aunque de suyo sean agradables. Por donde está muy claro que no tiene el mundo pena que iguale con esta , ni salieron del infierno harpias que mas ensucien y corrompan los sabrosos manjares del alma enamorada. Pues no tengas en poco , Diana , tener ausente el zeloso Delio , que no importa poco para pasar mas ligeramente las penas del amor. Á esto Diana respondió : yo vengo á conocer que esta pasion , que has tan al vivo dibuxado , es disforme y espantosa , y que no merece estar en los amorosos

ánimos , y creo que esta pena era la que Delio tenia. Mas quiero que sepas que semejante dolencia no pretendí yo defenderla , ni jamás estuvo en mí: pues nunca tuve pesar del valor de Syreno , ni fuí atormentada de semejantes pasiones y locuras como las que tú me has contado : mas solo tuve un miedo de ser por otra desechada. Y no me engaño de mucho este reze-
lo , pues he probado tan á costa mia el olvido de Syreno. Ese miedo , dixo Marcelio , no tiene nombre de zelos , ántes es ordinario en los buenos amadores. Porque averiguado está que lo que yo amo , lo estimo , y tengo por bueno y merecedor de tal amor ; y siendo ello tal , he de tener miedo que otro no conozca su bondad y merecimiento , y no la ame como yo. Y así el amador está metido en medio del temor y la esperanza. Lo que el

uno le niega , la otra se lo promete : quando el uno le acobarda , la otra le esfuerza : y en fin las llagas que hace el temor , se curan con la esperanza , durando esta reñida pelea hasta que la una parte de las dos queda vencida ; y si acontece vencer el temor á la esperanza , queda el amador zeloso ; y si la esperanza vence al temor , queda alegre y bien afortunado. Mas yo en el tiempo de mi ventura tuve siempre una esperanza tan fuerte , que no solo el temor no la venció , pero nunca osó acometella , y así recibia con ella tan grandes gustos , que á trueque dellós no me pesaba recibir los continuos dolores ; y fuí tan agradescido á la que mi esperanza en tanta firmeza sostenia , que no habia pena que viniese de su mano , que no la tuviese por alegría. Sus reproches tenia por favores , sus desdenes por

caricias , y sus airadas respuestas por corteses prometimientos. Estas y otras razones pasaron Diana y Marcelio prosiguiendo su camino. Acabado de travesar aquel prado en muy dulce conversacion , y subiendo una pequeña cuesta , entraron por un ameno bosquecillo , donde los espesos alisos hacian muy apacible sombrío. Allí sintieron una suave voz que de una dulce lira acompañada resonaba con extraña melodía , y parándose á escuchar , conocieron que era voz de una pastora que cantaba así:

SONETO.

Quantas estrellas tiene el alto
 cielo
 fuéron en ordenar mi desventura,
 y en la tierra no hay prado
 ni verdura,
 que pueda en mi dolor darme
 consuelo.

Amor sujeto al miedo en puro
hielo

convierte el alma triste. ¡Ay
pena dura!

que á quien fué tan contraria
la ventura,

vivir no puede un hora sin
rezelo.

La culpa de mi pena es justo
darte

á tí , Montano , á tí mis que-
jas digo,

alma cruel , do no hay piedad
alguna:

Porque si tú estuvieras de mi
parte,

no me espantára á mí serme
enemigo

el cielo , tierra , amor y la
fortuna.

Despues de haber la pastora
suavemente cantado , soltando
la rienda al amargo y doloroso
llanto , derramó tanta abundan-
cia de lágrimas , y dió tan tris-

tes gemidos, que por ellos, y por las palabras que dixo, conocieron ser la causa de su dolor un engaño cruel de su sospechoso marido. Pero por certificarse mejor de quién era, y de la causa de su pasion, entraron donde ella estaba, y la hallaron metida en un sombrío que la espesura de los ramos habia compuesto, asentada sobre la menuda yerba junto á una alegre fuentecilla, que de entre unas matas graciosamente saliendo por gran parte del bosquecillo, por diversos caminos iba corriendo. Saludáronla con mucha cortesía, y ella aunque tuvo pesar que impidiesen su llanto, pero juzgando por la vista ser pastores de merecimiento, no recibió mucha pena, esperando con ellos tener agradable compañía, y así les dixo: despues que de mi cruel esposo fui sin razon desamparada, no

me acuerdo , pastores , haber recibido contento , que de gran parte iguale con el que tuve de veros. Tanto que aunque el continuo dolor me obliga á hacer perpetuo llanto , lo dexaré por agora un rato , para gozar de vuestra apacible y discreta conversacion. Á esto respondió Marcelio : nunca yo vea consolado mi tormento , si no me pesa tanto del tuyo como se puede encarecer , y lo mesmo puedes creer de la hermosa Diana, que ves en mi compañía. Oyendo entónçes la pastora el nombre de la Diana , corriendo con grande alegría la abrazó , haciéndole mil caricias y fiestas, porque mucho tiempo habia que deseaba conoscella , por la relacion que tenia de su hermosura y discrecion. Diana estuvo espantada de verse acarisciada de una pastora no conocida , mas todavia le respondia con igua-

les cortesías , y deseando saber quien era , le dixo : los aventajados favores que me hiciste, juntamente con la lástima que tengo de tu mal, hacen que desee conocerte , por eso decláranos , pastora , tu nombre , y cuéntanos tu pena , que despues de contada verás nuestros corazones ayudarte á pasalla , y nuestros ojos á lamentar por ella. La pastora entónces se escusó con sus graciosas palabras de emprender el cuento de su desdicha ; pero en fin importunada se volvió á sentar sobre la yerba , y comenzó así :

Por relacion de la pastora Selvagia , que era natural de mi aldea , y en la tuya , hermosa Diana , está casada con el pastor Silvano , creo que serás informada del nombre de la desdichada Ismenia , que su desventura te está contando. Yo tengo por cierto que ella en tu

aldea contó largamente , como yo en el templo de Minerva en el reyno de Lusitanos arrebozada la engañé , y como con mi propio engaño quedé burlada. Habrá contado tambien , como por vengarme del traidor Alanio , que enamorado della á mí me habia puesto en olvido , fingí querer bien á Montano su mortal enemigo , y como este fingido amor , con el conocimiento que tuve de su perfeccion , salió tan verdadero , que á causa dél estoy en las fatigas de que me quejo. Pues pasando adelante en la historia de mi vida , sabreis , que como el padre de Montano , nombrado Fileno , viniese algunas veces á casa de mi padre , á causa de ciertos negocios que tenia con él sobre una compañía de ganados , y me viese allí , aunque era algo viejo , se enamoró de mí de tal suerte , que andaba hecho

loco. Mil veces me importunaba, cada dia sus dolores me decia; mas nada le aprovechó para que le quisiese escuchar, ni tener cuenta con sus palabras. Porque aunque tuviera mas perficion y ménos años de los que tenia, no olvidara yo por él á su hijo Montano, cuyo amor me tenia captiva. No sabia el viejo el amor que Montano me tenia, porque le era hijo tan obediente y temeroso, que escusó todo lo posible que no tuviese noticia dello, temiendo ser por él con ásperas palabras castigado. Ni tampoco sabia Montano la locura de su padre, porque él por mejor castigar y reprehender los errores del hijo, se guardaba mucho de mostrar que tenia semejantes, y aun mayores faltas. Pero nunca dexaba el enamorado viejo de fatigarme con sus importunaciones que le quisiese tomar por marido. Decía-

me dos mil requiebros , haciame grandes ofrescimientos , prometiame muchos vestidos y joyas, y enviábame muchas cartas, pretendiendo con ello vencer mi propósito , y ablandar mi condicion. Era pastor que en su tiempo habia sido señalado en todas las habilidades pastoriles, muy bien hablado , avisado y entendido. Y porque mejor lo creais, quiero deciros una carta que una vez me escribió , la qual , aunque no mudó mi intencion , me contentó en extremo , y decia así :

CARTA DE FILENO

Á ISMENIA.

Pastora , el amor fué parte
 que por su pena decirte,
 tenga culpa en escrebirte
 quien no la tiene en amarte.
 Mas si á tí fuere molesta
 mi carta , ten por muy cierto

que á mí me tiene ya muerto
el temor de la respuesta.

Mil veces cuenta te dí
del tormento que me das,
y no me pagas con mas
de con burlarte de mí.

Te ries á boca llena
de verme amando morir,
yo alegre en verte reir,
aunque ries de mi pena.

Y así el mal, en que me hallo,
pienso, quando miro en ello,
que porque huelgas de vello,
no has querido remediallo.

Pero mal remedio veo,
y esperarle será en vano,
pues mi vida está en tu mano,
y mi muerte en tu deseo.

Víte estar, pastora, un dia
cabe el Duero caudaloso,
dando con el gesto hermoso
á todo el campo alegría.

Sobre el cayado inclinada
en la campaña desierta,
con la cerviz descubierta,
y hasta el codo remangada.

Pues decir que un corazon,
puesto que de mármol fuera,
no te amara , si te viera,
es simpleza y sinrazon.

Por eso en ver tu valor,
sin tener descanso un poco,
vine á ser de amores loco,
y á ser muerto de dolor.

Si dices que ando perdido,
siendo enamorado y viejo,
dexa de darme consejo,
que yo remedio te pido.

Porque tanto en bien quererte
no pretiendo haber errado,
como en haberme tardado
tanto tiempo á conocerte.

Muy bien sé que viejo estó,
pero á mas mal me condena
ver que no tenga mi pena
tantos años como yo.

Porque quisiera quererte
dende el dia que nascí,
como despues que te ví
he de amarte hasta la muerte.

No te espante verme cano,
que á nadie es justo quitar

el merecido lugar,
por ser venido temprano.

Y aunque mi valor excedes,
no parece buen consejo,
que por ser soldado viejo
pierda un hombre las mercedes.

Los edificios humanos,
quanto mas modernos son,
no tienen comparacion
con los antiguos Romanos.

Y en las cosas de primor,
gala, aseo y valentía,
suelen decir cada dia
lo pasado es lo mejor.

No me dió amor su tristeza
hasta agora, porque vió
que en un viejo, como yo,
suele haber mayor firmeza.

Firme estoy, desconocida,
para siempre te querer,
y viejo para no ser
querido en toda mi vida.

Los mancebos que mas quieren,
falsos y doblados van,
porque mas vivos están,

quando mas dicen que mueren.

Y su mudable aficion
es segura libertad,
es gala , y no voluntad:
es costumbre , y no pasion.

No hayas miedo que yo sea
como el mancebo amador,
que en recibir un favor,
lo sabe toda la aldea.

Que aunque reciba trecientos,
he de ser en los amores
tan piedra en callar favores,
como en padecer tormentos.

Mas segun te veo estar
puesta en hacerme morir,
mucho habrá para sufrir,
y poco para callar.

Que el mayor favor que aquí,
pastora , pretiendo haber,
es morir por no tener
mayores quejas de tí.

Tiempo , amigo de dolores,
solo á tí quiero inculparte,
pues quien tiene en tí mas
parte,
ménos vale en los amores.

Tarde amé cosa tan bella,
 y es muy justo que pues yo
 no nascí , quando nasció,
 en dolor muera por ella.

Si yo en tu tiempo viniera,
 pastora , no me faltara
 con que á tí te contentara,
 y aun favores recibiera.

Que en apacible tañer,
 y en el gracioso baylar
 los mejores del lugar
 tomaban mi parescer.

Pues en cantar no me espanto
 de Amphion el escogido,
 pues mejores que él han sido
 confundidos con mi canto.

Aro muy grande comarca,
 y en montes propios y es-
 traños
 pascen muy grandes rebaños
 almagrados de mi marca.

¿Mas qué vale , ¡ay cruda
 suerte!

lo que es , ni lo que ha sido,
 al sepultado en olvido,
 y entregado á dura muerte?

Pero valga para hacer
mas blanda tu condieion,
viendo que tu perficion
al fin dexará de ser.
Dura estás como las peñas,
mas quizá en la vieja edad
no tendrás la libertad
con que agora me desdeñas.
Porque toma tal venganza
de vosotras el Amor,
que entónces os da dolor,
quando os falta la esperanza.

Estas y otras muchas cartas y canciones me envió , las quales si tanto me movieran como me contentaban , él se tuviera por dichoso, y yo quedara mal casada. Mas ninguna cosa era bastante á borrar de mi corazon la imágen del amado Montano, el qual segun mostraba, respondió á mi voluntad con iguales obras y palabras. En esta alegre vida pasamos algunos años, hasta que nós pareció dar cumpli-

miento á nuestro descanso con honesto y casto matrimonio. Y aunque quiso Montano ántes de casar conmigo dar razon dello á su padre, por lo que como buen hijo tenia obligacion de hacer: pero como yo le dixé que su padre no venia bien en ello, á causa de la locura que tenia de casarse conmigo, por eso teniendo mas cuenta con el contento de su vida, que con la obediencia de su padre, sin darme razon cerró mi desdichado matrimonio. Esto se hizo con voluntad de mi padre, en cuya casa se hicieron por ello grandes fiestas, bayles, juegos, y tan grandes regocijos, que fuéron nombrados por todas las aldeas vecinas y apartadas. Quando el enamorado viejo supo que su proprio hijo le habia salteado sus amores, se volvió tan frenético contra él y contra mí, que á entrambos aborresció como la

misma muerte, y nunca mas nos quiso ver. Por otra parte una pastora de aquella aldea nombrada Felisarda, que moria de amores de Montano, la qual él, por quererme bien á mí, y por ser ella no muy jóven, ni bien acondicionada, la habia desechado, quando vido á Montano casado conmigo, vino á perderse de dolor. De manera que con nuestro casamiento nos ganamos dos mortales enemigos. El maldito viejo, por tener ocasion de desheredar el hijo, determinó casarse con muger hermosa y jóven á fin de haber hijos en ella. Mas aunque era muy rico, de todas las pastoras de mi lugar fué desdeñado, sino fué de Felisarda, que por tener oportunidad y manera de gozar deshonestamente de mi Montano, cuyos amores tenia frescos en la memoria, se casó con el viejo Fileno. Casada ya con él, enten-

dio luego por muchas formas en requerir mi esposo Montano por medio de una criada nombrada Sylveria , enviándole á decir que si condescendia á su voluntad , le alcanzaria perdon de su padre , y haciéndole otros muchos y muy grandes ofrescimientos. Mas nada pudo bastar á corromper su ánimo , ni á pervertir su intencion. Pues como Felisarda se viese tan menospreciada , vino á tenerle á Montano una ira mortal , y trabajó luego en indignar mas á su padre contra él ; y no contenta con esto , imaginó una traicion muy grande. Con promesas, fiestas , dádivas y grandes caricias pervirtió de tal manera el ánimo de Sylveria , que fué contenta de hacer quanto ella le mandase, aunque fuese contra Montano , con quien ella tenia mucha cuenta , por el tiempo que habia servido en casa de su pa-

dre. Las dos secretamente concertaron lo que se habia de hacer, y el punto que habia de executarse: y luego salió un dia Sylveria de la aldea, y viniendo á una floresta orilla de Due-ro, donde Montano apascentaba sus ovejas, le habló muy secretamente, y muy túrbada, como quien trata un caso muy importante, le dixo: ¡Ay, Montano amigo, quán sábio fuiste en despreciar los amores de tu maligna madrasira, que aunque yo á ellos te movia era por pura importunacion. Mas agora que sé lo que pasa, no será ella bastante para hacerme mensajera de sus deshonestidades. Yo he sabido della algunas cosas que tocan en lo vivo: y tales que si tú las supieses, aunque tu padre es contigo tan cruel, no dexarias de poner la vida por su honra. No te digo mas en esto, porque sé que eres tan dis-

creto y avisado , que no son menester contigo muchas palabras ni razones.

Montano á esto quedó atónito , y tuvo sospecha de alguna deshonestidad de su madrastra. Pero por ser claramente informado , rogó á Sylveria le contase abiertamente lo que sabía. Ella se hizo de rogar , mostrando no querer descubrir cosa tan secreta ; pero al fin declarando lo que Montano le preguntaba , y lo que ella misma decirle queria , le explicó una fabricada y bien compuesta mentira , diciendo deste modo: por ser cosa que tanto importa á tu honra y á la de Fileno mi amo saber lo que yo sé , te lo diré muy claramente , confiando que á nadie dirás que yo he descubierto este secreto. Has de saber que Felisarda tu madrastra hace traicion á tu padre con un pastor , cuyo nombre no te diré,

pues está en tu mano conocerle. Porque si quisieres venir esta noche, y entrar por donde yo te guiare, hallarás la traidora con el adúltero en casa del mismo Fileno. Así lo tienen concertado, porque Fileno ha de ir esta tarde á dormir en su majada por negocios que allí se le ofrescen, y no ha de volver hasta mañana á medio dia. Por eso apercíbete muy bien, y ven á las once de la noche conmigo, que yo te entraré en parte donde podrás fácilmente hacer lo que conviene á la honra de tu padre, y aun quizá por medio desto alcanzar que te perdone. Esto dixo Sylveria tan encarecidamente y con tanta disimulacion, que Montano determinó de ponerse en qualquier peligro, por tomar venganza de quien tal deshonra hacia á Fileno su padre. Y así la traidora Sylveria contenta del engaño que de

consejo de Felisarda habia urdido , se volvió á su casa , donde dió razon á Felisarda su señora de lo que dexaba concertado.

Ya la escura noche habia estendido su tenebroso velo, quando venido Montano á la aldea tomó un puñal , que heredó del pastor Palemon su tio , y al punto de las once se fué á casa de Fileno su padre , donde Sylveria ya le estaba esperando, como estaba ordenado. ¡Ó traicion nunca vista! ¡ó maldad nunca pensada! Tomóle ella por la mano , y subiendo muy queda una escalera , le llevó á una puerta de una cámara , donde Fileno su padre , y su madrastra Felisarda estaban acostados, y quando le tuvo allí , le dixo: agora estás , Montano , en el lugar donde has de señalar el ánimo y esfuerzo que semejante caso requiere : entra en esa cá-

mará, que en ella hallarás tu madrastra acostada con el adúltero. Dicho esto, se fué de allí huyendo á mas andar. Montano engañado de la alevosía de Sylveria, dando crédito á sus palabras, esforzando el ánimo y sacando el puñal de la vayna, con un empujon abriendo la puerta de la cámara, mostrando una furia estraña, entró en ella diciendo á grandes voces: aquí has de morir, traidor, á mis manos, aquí te han de hacer mal provecho los amores de Felisarda. Y diciendo esto furioso y turbado, sin conocer quien era el hombre que estaba en la cama, pensando herir al adúltero, alzó el brazo para dar de puñaladas á su padre. Mas quiso la ventura que el viejo con la lumbre que allí tenia, conociendo su hijo, y pensando que por habelle con palabra y obras tan mal tratado, le queria

matar, alzándose presto de la cama, con las manos plegadas le dixo: ó hijo mio, ¿qué crueldad te mueve á ser verdugo de tu padre? vuelve en tu seso por Dios, y no derrames agora mi sangre, ni des fin á mi vida: que si yo contigo usé de algunas asperezas, aquí de rodillas te pido perdon por todas ellas, con propósito de ser para contigo de hoy adelante el mas blando y benigno padre de todo el mundo. Montano entónces quando conoció el engaño que se le habia hecho, y el peligro en que habia venido de dar muerte á su mismo padre, se quedó allí tan pasmado, que el ánimo y los brazos se le cayéron, y el puñal se le salió de las manos sin sentirlo. De atónito no pudo, ni supo hablar palabra, sino que corrido y confuso se salió de la cámara: íbase tambien de la casa aterrado de la traicion

que Sylveria le había hecho, y de la que él hiciera, si no fuera tan venturoso. Felisarda como estaba advertida de lo que había de suceder, en ver entrar á Montano saltó de la cama, y se metió en otra cámara que estaba mas adentro: y cerrando tras sí la puerta, se aseguró de la furia de su alnado. Mas quando se vió fuera del peligro, por estar Montano fuera de la casa, volviendo donde Fileno temblando aun del pasado peligro estaba, incitando el padre contra el hijo, y levantándome á mí falso testimonio, á grandes voces decía así: bien conocerás agora, Fileno, el hijo que tienes, y sabrás si es verdad lo que yo de sus malas inclinaciones muchas veces te dixi. ¡Ó cruel, ó traidor Montano! ¿cómo el cielo no te confunde? ¿cómo la tierra no te traga? ¿cómo las fieras no te despedazan? ¿cómo los hombres

no te persiguen? Maldito sea tu casamiento, maldita tu desobediencia, malditos tus amores, maldita tu Ismenia, pues te ha traído á usar de tan bestial crueldad, y á cometer tan horrendo pecado. ¿No castigaste, traidor, al pastor Alanio, que con tu muger Ismenia á pesar y deshonor tuya deshonestamente trata, y á quien ella quiere mas que á tí, y has querido dar muerte á tu padre, que con tu vida y honra ha tenido tanta cuenta? ¿Por haberte aconsejado le has querido matar? ¡Ay triste padre! ¡ay desdichadas canas! ¡ay angustiada senectud! ¿qué yerro tan grande cometiste, para que quisiese matarte tu propio hijo? ¿aquel que tú engendraste, aquel que tú regalaste, aquel por quien mil trabajos padeciste? Esfuerza agora tu corazon, cese agora el amor paternal, dése lugar á la justicia, hágase el

debido castigo : que si quien hizo tan nefanda crueldad no recibe la merescida pena , los desobedientes hijos no quedarán atemorizados , y el tuyo con efecto vendrá despues de pocos dias á darte de su mano cumplida muerte.

El congojado Fileno con el pecho sobresaltado y temeroso oyendo las voces de su muger, y considerando la traicion del hijo , rescibió tan grande enojo , que tomando el puñal que á Montano , como dixé , se le habia caído , luego en la mañana saliendo á la plaza , convocó la justicia y los principales hombres de la aldea : y quando fuéron todos juntos con muchas lágrimas y sollozos les dixo desta manera : á Dios pongo por testigo , señalados pastores, que me lastíma y affige tanto lo que quiero deciros , que tengo miedo que el alma no se me sal-

ga tras habello dicho. No me tenga nadie por cruel, porque saco á la plaza las maldades de mi hijo : que por ser ellas tan estrañas , y no tener remedio para castigarlas , os quiero dar razon dellas , porque veais lo que conviene hacer , para darle á él justa pena , y á los otros hijos provechoso exemplo. Muy bien sabeis con qué regalos le crié , con qué amor le traté , qué habilidades le enseñé , qué trabajos por él padescí , qué consejos le dí , con cuánta blandura le castigué. Casóse á mi pesar con la pastora Ismenia , y porque dello le reprehendí , en lugar de vengarse del pastor Alanio , que con la dicha Ismenia su muger , como toda la aldea sabe , trata deshonestamente , volvió su furia contra mí , y me ha querido dar la muerte. La noche pasada tuvo maneras para entrar en la cámara , donde yo

con mi Felisarda dormia, y con este puñal desnudo quiso matarme, y lo hiciera, sino que Dios le cortó las fuerzas, y le atajó el poder de tal manera, que medio tonto y pasmado se fué de allí sin efectuar su dañando intento, dexando el puñal en mi cámara. Esto es lo que verdaderamente pasa, como mejor de mi querida muger podreis ser informados. Mas porque tengo por muy cierto que Montano mi hijo no hubiera cometido tal traicion contra su padre, si de su muger Ismenia no fuera aconsejado, os ruego que mireis lo que en esto se debe hacer, para que mi hijo de su atrevimiento quede castigado, y la falsa Ismenia, así por el consejo que dió á su marido, como por la deshonestidad y amores que tiene con Alanio, resciba digna pena. Aun no habia Fileno acabado su razon, quando

se movió entre la gente tan gran alboroto, que pareció undirse toda la aldea. Alteráronse los ánimos de todos los pastores y pastoras, y concibiéron ira mortal contra Montano. Unos decían que fuese apedreado, otros que en la mayor profundidad del Duero fuese echado, otros que á las hambrientas fieras fuese entregado; y en fin no hubo allí persona que contra él no se embraveciese. Moviólos tambien mucho á todos lo que Fileno de mi vida falsamente les habia dicho: pero tanta ira tenían por el negocio de Montano, que no pensáron mucho en el mio. Quando Montano supo la relacion que su padre públicamente habia hecho, y el alboroto y conjuracion que contra él se habia movido, cayó en grande desesperacion. Y allende desto sabiendo lo que su padre delante de todos contra mí habia dicho,

rescibió tanto dolor , que mas grave no se puede imaginar. De aquí nació todo mi mal , esta fué la causa de mi perdicion , y aquí tuviéron principio mis dolores. Porque mi querido Montano , como sabia que yo en otro tiempo habia amado , y sido querida de Alanio , sabiendo que muchas veces reviven , y se renuevan los muertos y olvidados amores , y viendo que Alanio , á quien yo por él habia aborrescido , andaba siempre enamorado de mí , haciéndome importunas fiestas , sospechó por todo esto que lo que su padre Fileno habia dicho era verdad , y quanto mas imaginó en ello , mas lo tuvo por cierto. Tanto que bravo y desesperado , así por el engaño que de Sylveria habia recibido , como por el que sospechaba que yo le habia hecho , se fué de la aldea , y nunca mas ha parecido. Yo que supe de su

partida , y la causa della por relacion de algunos pastores amigos suyos , á quien él habia dado larga cuenta de todo , me salí del aldea por buscarle , y miéntras viva no pararé hasta hallar mi dulce esposo , para darle mi disculpa , aunque sepa despues morir á sus manos. Mucho ha que ando peregrinando en esta demanda , y por mas que en todas las principales aldeas y cabañas de pastores he buscado , jamás la fortuna me ha dado noticia de mi Montano. La mayor ventura que en este viage he tenido fué , que dos dias despues que partí de mi aldea , hallé en un valle la traidora Sylveria , que sabiendo el voluntario destierro de Montano , iba siguiéndole , por descubrirle la traicion que le habia hecho , y pedirle perdón por ella , arrepentida de haber cometido tan horrenda alevosía. Pero hasta

entónces no le habia hallado , y como á mí me vido , me contó abiertamente como habia pasado el negocio , y fué para mí gran descanso saber la manera con que se nos habia hecho la traicion. Quise dalle la muerte con mis manos , aunque flaca muger , pero dexé de hacerlo, porque sola ella podia remediar mi mal , declarando su misma maldad. Roguêlo que con gran priesa fuese á buscar á mi amado Montano para dalle noticia de todo el hecho , y despedíme della , para buscarle yo por otro camino. Llegué hoy á este bosque , donde convidada de la amenidad y frescura del lugar, hice asiento para tener la siesta; y pues la fortuna acá por mi consuelo os ha guiado , yo le agradezco mucho este favor , y á vosotros os ruego , que pues es ya casi medio dia , si posible es, me hagais parte de vuestra

graciosa compañía mientras durare el ardor del sol, que en semejante tiempo se muestra riguroso.

Diana y Marcelio se holgaron en extremo de escuchar la historia de Ismenia, y saber la causa de su pena. Agradescieronle mucho la cuenta que les habia dado de su vida, y dixéronle algunas razones para consuelo de su mal, prometiéndole el posible favor para su remedio. Rogáronle tambien que fuese con ellos á la casa de la sábia Felicia, porque allí seria posible hallar alguna suerte de consolacion. Fuéron asimesmo de parecer de reposar allí, en tanto que durarian los calores de la siesta, como Ismenia habia dicho. Pero como Diana era muy plática en aquella tierra, y sabia los bosques, fuentes, florestas, lugares amenos y sombríos della, les dixo que otro lugar

habia mas ameno y deleitoso que aquel , que no estaba muy léjos , y que fuesen allá , pues aun no era llegado el medio dia. De manera que levantándose todos , camináron un poco espacio , y luego llegóron á una floresta donde Diana los guió ; y era la mas deleitosa , la mas sombría y agradable que en los mas celebrados montes y campañas de la pastoral Arcadia puede haber. Habia en ella muy hermosos alisos , sauces y otros árboles , que por las orillas de las cristalinas fuentes , y por todas partes con el fresco y suave airecillo blandamente movidas , deleitosamente murmuraban. Allí de la concertada armonía de las aves , que por los verdes ramos bulliciosamente saltaban , el aire tan dulcemente resonaba , que los ánimos con un suave regalo enternescia. Estaba sembrada toda de una verde y menuda yerba , en-

tre la qual se levantaban hermosas y variadas flores, que con diversos matices el campo dibujando, con suave olor el mas congojado espíritu recreaban. Allí solian los cazadores hallar manadas enteras de temerosos ciervos, de cabras montesinas y de otros animales, con cuya prision y muerte se toma alegre pasatiempo.

Entráron en esta floresta siguiendo todos á Diana, que iba primera, y se adelantó un poco para buscar una espesura de árboles que ella para su reposo en aquel lugar tenia señalada, donde muchas veces solia recrearse. No habian andado mucho quando Diana llegando cerca del lugar, que ella tenia por el mas ameno de todos, y donde queria que tuviesen la siesta, puesta el dedo sobre los labios, señaló á Marcelio y á Ismenia, que viniesen á espacio

y sin hacer ruido. La causa era porque habia oido dentro aquella espesura cantos de pastores. En la voz le parecieron Tauriso y Berardo, que por ella entrambos penados andaban, como está dicho. Pero por sabello mas cierto, llegándose mas cerca un poco por entre unos acebos y lantiscos, estuvo acechando por conoscellos, y vido que eran ellos, y que tenian allí en su compañía una muy hermosa dama, y un preciado caballero, los quales aunque parecian estar algo congojados y mal tratados del camino, pero todavia en el gesto y disposicion descubrian su valor. Despues de haber visto los que allí estaban, se apartó por no ser vista. En esto llegaron Marcelio é Ismenia, y todos juntos se sentáron tras unos xarales, donde no podian ser vistos, y podian oir distinta y claramente el cantar de los

pastores. Cuyas voces por toda la floresta resonando, movian concertada melodía, como oireis en el siguiente libro.

DIANA ENAMORADA.

LIBRO TERCERO.

La traicion y maldad de una ofendida y maliciosa muger suele emprender cosas tan crueles y abominables, que no hay ánimo del mas bravo y arriscado varon, que no dudase de hacerlas, y no temblase de solo pensarlas. Y lo peor es que la Fortuna es tan amiga de mudar los buenos estados, que les da á ellas cumplido favor en sus empresas; pues sabe que todas se encaminan á mover estrañas novedades y revueltas, y vienen

á ser causa de mil tristezas y tormentos. Gran crueldad fué la de Felisarda en ser causa que un padre con tan justa, aunque engañosa causa, aborresciese su proprio hijo, y que un marido con tan vana y aparente sospecha desechase su querida muger; pero mayor fué la ventura que tuvo en salir con su fiero y malicioso intento. No sirva esto para que nadie tenga de las mugeres mal parecer, sino para que viva cada qual recatado, guardándose de las semejantes á Felisarda, que serán muy pocas: pues muchas dellas son dechado del mundo y luz de vida, cuya fe, discrecion y honestidad merece ser con los mas celebrados versos alabada. De lo qual dan clarísima prueba Diana y Ismenia, pastoras de señalada hermosura y discrecion, cuya historia publica manifestamente sus alabanzas. Pues prosir-

guiendo en el discurso della,
 sabreis que quando Marcelio y
 ellas estuviéron tras los xarales
 asentadas, oyéron que Tauri-
 so y Berardo cantaban desta
 manera:

TERCOS ESDRUCCIOLES.

BERARDO.

Tauriso, el fresco viento, que
 alegrándonos
 murmura entre los árboles al-
 tísimos,
 la vista y los oídos deleitán-
 donos;
 Las chozas y sombríos amenísi-
 mos,
 las cristalinas fuentes, que
 abundancia
 derraman de licores sabrosísi-
 mos;
 La colorada flor, cuya fragancia
 á despedir bastára la tristicia,
 que hace al corazón mas fiera
 instancia:

H

No vencen la braveza y la malicia
 del crudo rey, tan áspero y
 mortífero,
 cuyo castigo es pura sinjusticia.

Ningun remedio ha sido salutífero
 á mi dolor, pues siempre em-
 braveciéndose
 está el veneno y tósico pestífero.

TAURISO.

Al que en amores anda consu-
 miéndose,
 nada le alegrará: porque fa-
 tígale
 tal mal, que en el dolor vive
 muriéndose.

Amor le da mas penas, y castí-
 gale,
 quando en deleites anda re-
 creándose,
 porque él á suspirar contino
 oblígale.

Las veces que está un ánima
alegrándose,

le ofresce allí un dolor, cuya
memoria

hace que luego vuelva á estar
quejándose.

Amor quiere gozar de su victo-
ria,

y al hombre que venció, má-
tate, ó préndele,

pensando en ello haber famo-
sa gloria.

El preso á la fortuna entrega,
y véndele

al gran dolor, que siempre
está matándole,

y al que arde en mas ardiente
llama enciéndele.

BERARDO.

El sano vuelve enfermo, mal-
tratándolo,

y el corazon alegre hace tris-
tísimo,

matando el vivo, el libre cap-
tivándolo.

Pues, alma, ya que sabes cuán
bravísimo

es este niño Amor, sufre, y
conténtate

con verte puesta en un lugar
altísimo.

Rescibe los dolores, y presén-
tate

al daño que estuviere amena-
zándote,

goza del mal, y en el dolor
susténtate.

Porque quanto mas fueres pro-
curándote

medio para salir de tu mise-
ria,

irás mas en los lazos enredán-
dote.

TAURISO.

En mí hallá Cupido mas materia
para su honor, que en quan-
tos lamentándose

guardan ganado en una y otra
Hesperia.

Siempre mis males andan au-
mentándose,

de lágrimas derramo mayor
copia

que Biblis, quando en fuente
iba tornándose.

Estraño me es el bien, la pena
propia,

Diana quiero ver, y en vella
muérome,

junto al tesoro estó, y muero
de inopia.

Si estoy delante della, peno, y
quiérome

morir de sobresalto y de cui-
dado,

y quando estoy ausente deses-
pérome.

BERARDO.

Murmura el bosque, y rie el
verde prado,

y cantan los parleros ruise-
ñores,

mas yo en dos mil tristezas
sepultado.

TAURISO.

Espiran suave olor las tiernas
flores,

la hierba reverdesce el campo
ameno,
mas yo viviendo en ásperos
dolores.

BERARDO.
El grave mal de mí me tiene
ageno,
tanto que no soy bueno
para tener diez versos de ca-
beza.

TAURISO.
Mi lengua en el cantar siempre
tropieza,
por eso, amigo, empieza
algun cantar de aquellos es-
cogidos,
los quales estorvados con ge-
midos,
con lloro entrerompidos,
te hiciéron de pastoras ala-
bado.

BERARDO.
En el cantar contigo acompañado
iré muy descansado:
respóndeme. Mas no sé qué
me cante.

TAURISO.

Di la que dice : *Estrella ra-
diante,*
ó la de : *O triste amante,*
ó aquella : *No sé como se decia,*
que la cantaste un día
baylando con Diana en el al-
dea.

BERARDO.

No hay tigre ni leona que no sea
á compasion movida
de mi fatiga estraña y peli-
grosa;
mas no la fiera hermosa,
fiera devoradora de mi vida.

TAURISO.

Fiera devoradora de mi vida,
¿quién sino tú estuviera
con la dureza igual á la her-
mosura?
y en tanta desventura
¿cómo es posible , ay triste,
que no muera?

BERARDO.

¿Cómo es posible , ay triste,
que no muera?

dos mil veces muriendo:
¿mas cómo he de morir vien-
do á Diana?

El alma tengo insana:
quanto mas trato Amor, mé-
nos le entiendo.

TAURISO.

Quanto mas trato Amor, ménos
le entiendo,
que al que le sirve mata,
y al que huyendo va de su
cadena,
con redoblada pena
las míseras entrañas le mal-
trata.

BERARDO.

Pastora, á quien el alto cielo ha
dado
beldad mas que á las rosas
coloradas,
mas linda que en Abril el ver-
de prado
do están las florecillas mati-
zadas,
ansí prospere el cielo tu ga-
nado,

y tus ovejas crezcan á manadas,
 que á mí, que á causa tuya
 gimo y muero,
 no me muestres el gesto airado y fiero.

TAURISO.

Pastora soberana, que mirando
 los campos y florestas aserenas,
 la nieve en la blancura aventajando,
 y en la beldad las frescas azucenas,
 así tus campos vayan mejorando,
 y dellos cojas fruto á manos llenas,
 que mires á un pastor, que en solo verte
 piensa alcanzar muy venturosa suerte.

A este tiempo el caballero y la dama, que los cantares de los pastores escuchaban, con

gran cortesía atajaron su canto, y les hicieron muchas gracias por el deleite y recreacion que con tan suave y deleitosa música les habian dado. Y despues desto el caballero vuelto á la dama le dixo : ¿ oíste jamás, hermana , en las soberbias ciudades música que tanto contente al oido , y tanto deleite el ánimo , como la destes pastores? Verdaderamente, dixo ella, mas me satisfacen estos rústicos y pastoriles cantos de una simple llaneza acompañados , que en los palacios de reyes y señores las delicadas voces con arte curiosa compuestas , y con nuevas invenciones y variedades requerebradas. Y quando yo tengo por mejor esta melodía que aquella, se puede creer que lo es , porque tengo el oido hecho á las mejores músicas que en ciudad del mundo , ni corte de rey pudiesen hacerse. Que en aquel

buen tiempo, que Marcelio servia á nuestra hermana Alcida, cantaba algunas noches en la calle al son de una vihuela tan dulcemente, que si Orpheo hacia tan apacible música, no me espanto que las fieras conmoviese, y que la cara Eurydice de averno escurísimo sacase. Ay Marcelio, ¿dónde estás agora? ay, ¿dónde estás, Alcida? ¡ay desdichada de mí, que siempre la fortuna me trae á la memoria cosas de dolor, en el tiempo que me ve gozar de un simple pasatiempo! Oyó Marcelio, que con las dos pastoras tras de las matas estaba, las razones del caballero y de la dama, y como entendió que le nombráron á él y á Alcida, se alteró. No se fió de sus mismos oídos, y estuvo imaginando, si era quizá otro Marcelio y Alcida los que nombraban. Levantóse presto de donde asentado estaba, y por

salir de duda, llegándose mas, y acechando por entre las matas, conosció que el caballero y la dama eran Polydoro y Clenarda, hermanos de Alcida. Corrió súbitamente á ellos, y con los brazos abiertos y lágrimas en los ojos, agora á Polydoro, agora á Clenarda abrazando, estuvo gran rato, que el interno dolor no le dexaba hablar palabra. Los dos hermanos espantados desta novedad, no sabian qué les habia acontecido. Y como Marcelio iba en hábito de pastor, nunca le conosciéron, hasta que dándole lugar los sollozos, y habida licencia de las lágrimas, les dixo: ¡ó hermanos de mi corazon, no tengo en nada mi desventura, pues he sido dichoso de veros! ¿Cómo Alcida no está en vuestra compañía? Está por ventura escondida en alguna espesura deste bosque? Sepa yo nuevas

della , si vosotros las sabéis; remediad por Dios esta mi pena, y satisfaced á mi deseo. En esto los dos hermanos conosciéron á Marcelio , y abrazados con él llorando de placer y dolor, le decian : ¡ó venturoso dia! ¡ó bien nunca pensado! ¡ó hermano de nuestra alma! ¿qué desastre tan bravo ha sido causa que tú no gozes de la compañía de Alcida , ni nosotros de su vista? ¿por qué con tan nuevo trage te disimulas? ¡Ay áspera fortuna! en fin no hay en ningun bien cumplido contentamiento. Por otra parte Diana y Ismenia, visto que tan arrebatadamente Marcelio habia entrado donde cantaban los pastores , fuéron allá tras él, y halláronle pasando con Polydoro y Clenarda la plática que habeis oido. Quando Tauriso y Berardo víeron á Diana , no se puede encarecer el gozo que recibieron de tan im-

provisa vista. Y así Tauriso señalando en el gesto y palabras la alegría del corazón, le dixo: grande favor es este de la Fortuna, hermosa Diana, que la que huye siempre de nuestra compañía, por casos y sucesos nunca imaginados venga tantas veces donde nosotros estamos. No es causa dello la Fortuna, señalados pastores, dixo Diana, sino ser vosotros en el cantar y tañer tan exercitados, que no hay lugar de recreacion donde no os halleis, y donde no hagais sentir vuestras canciones. Pero pues aquí llegué sin saber de vosotros, y el sol toca ya la raya del medio dia, me holgaré de tener en este deleitoso lugar la siesta en vuestra compañía, que aunque me importa llegar con tiempo á la casa de Felicia, tendré por bien de detenerme aquí con vosotros, por gozar de la fresca vereda, y escuchar

vuestra deleitosa música. Por eso aparejaos á cantar y tañer, y á toda suerte de regocijo, que no será bien que falte semejante placer en tan principal ajuntamento. Y vosotros, generosos caballeros y dama, poned fin por agora á vuestras lágrimas, que tiempo terneis para contaros las vidas los unos á los otros, y para doleros, ó alegraros de los malos, ó buenos sucesos de fortuna. Á todos pareció muy bien lo dicho por Diana, y así en torno de una clara fuente sobre la menuda hierba se asentáron. Era el lugar el mas apacible de aquel bosque, y aún de quantos en el famoso Parthenio celebrado con la clara zampofia del Neapolitano Syncero pueden hallarse. Habia en el un espacio casi que quadrado, que tuviera como hasta quarenta pasos por cada parte, rodeado de muchedum-

bre de espesísimos árboles, tanto que á la manera de un cercado castillo, á los que allá iban á recrearse, no se les concedía la entrada sino por sola una parte. Estaba sembrado este lugar de verdes hierbas y olorosas flores, de los pies de ganados no pisadas, ni con sus dientes descomedidamente tocadas. En medio estaba una limpia y clarísima fuente, que del pie de un antiquísimo roble saliendo, en un lugar hondo y quadrado, no con maestra mano fabricado, mas por la próspera naturaleza allí para tal efecto puesto, se recogia; haciendo allí la abundancia de las aguas un gracioso ajuntamiento, que los pastores le nombraban la fuente bella. Eran las orillas desta fuente de una piedra blanca tan igual, que no creyera nadie, que con artificiosa mano no estuviese fabricada, si no desengañáran la

vista las naturales piedras allí nascidas, y tan fixas en el suelo, como en los ásperos montes las fragosas peñas y durísimos pedernales. El agua que de aquella abundantísima fuente sobresalia, por dos estrechas canales derramándose, las hierbas vecinas y árboles cercanos regaba, dándoles continua fertilidad y vida, y sosteniéndolas en muy apacible y graciosísima verdura. Por estas lindezas que tenia esta hermosa fuente era de los pastores y pastoras tan visitada, que nunca en ella faltaban pastoriles regocijos. Pero teníanla los pastores en tanta veneracion y cuenta, que viniendo á ella, dexaban fuera sus ganados, por no consentir que las claras y sabrosas aguas fuesen enturbiadas, ni el ameno pradecillo de las mal miradas ovejas hollado ni apascentado. En torno desta fuente, como

dixen, todos se asentaron, y sacando de los zurrónes la necesaria provision, comieron con mas sabor, que los grandes señores la muchedumbre y variedad de curiosos manjares. Al fin de la qual comida, como Marcelio por una parte, y Polydoro y Clenarda por otra descaban en extremo darse y tomarse cuenta de sus vidas, Marcelio fué primero á hablar, y dixo: razon será, hermanos, que yo sepa algo de lo que os ha sucedido, despues que no me vistes, que como os veo del padre Eugerio, y de la hermana Alcida desacompañados, tengo el corazon alterado, por no saber la causa dello. Á lo qual respondió Polydoro:

Porque me parece que este lugar queda muy perjudicado con que se traten en él cosas de dolor, y no es razon que estos pastores con oir nuestras

desdichas, queden ofendidos, te contare con las ménos palabras que será posible, las muchas y muy malas obras que de la fortuna habemos recebido. Despues que por sacar al fatigado Eugenio de la peligrosa nave, esperando buena ocasion para saltar en el batel, de los marineros fuí estorbado, y juntamente con el temeroso padre á mi pesar hube de quedar en ella, estaba el triste viejo con tanta angustia, como se puede esperar de un amoroso padre, que al fin de su vejez ve en tal peligro su vida y la de sus amados hijos. No tenia cuenta con los golpes que las bravas ondas daban en la nave, ni con la furia con que los iracundos vientos por todas partes la combatian, sino que mirando el pequeño batel, donde tú, Marcelio, con Alcida y Clenarda estabas, que á cada movimiento de las inconstantes

aguas en la mayor profundidad dellas parescia trastornarse, quanto mas lo via de la nave alejándose, le desapegaba el corazon de las entrañas. Y quando os perdió de vista, estuvo en peligro de perder la vida. La nave siguiendo la braveza de la fortuna, fué errando por el mar por espacio de cinco dias, despues que nos departimos: al cabo de los quales, al tiempo que el sol estaba cerca del ocaso, nos vimos cerca de tierra. Con cuya vista se regocijaron mucho los marineros, tanto por haber cobrado la perdida confianza, como por conocer la parte donde iba la nave encaminada. Porque era la mas deleitosa tierra, y mas abundante de todas maneras de placer, de quantas el sol con sus rayos escalienta, tanto que uno de los marineros sacando de una arca un rabel, con que

solia en la pesadumbre de los
 prolixos y peligrosos viages de-
 leitarse, se puso á tañer y cantar
 así:

SONETO.

Recoge á los que aflige el mar
 airado,
 ó Valentino , ó venturoso
 suelo,
 donde jamás se quaja el duro
 hielo,
 ni da Febo el trabajo acos-
 tumbrado.

Dichoso el que seguro y sin
 recelo
 de ser en fieras ondas ane-
 gado,
 goza de la belleza de tu pra-
 do,
 y del favor de tu benigno
 cielo.

Con mas fatiga el mar sulca la
 nave,
 que el labrador cansado tus
 barvechos:

ó tierra , antes que el mar se
ensoberbezca,
Recoge á los perdidos y deshe-
chos,
para que quando en Turia yo
me labe,
estas malditas aguas aborrez-
ca.

Por este cantar del marinero entendimos que la ribera , que íbamos á tomar era del Reyno de Valencia , tierra por todas las partes del mundo celebrada. Pero en tanto que este canto se dixo , la nave impelida de un poderoso viento se llegó tanto á la tierra , que si el esquife no nos faltára , pudiéramos saltar en ella. Mas de léjos por unos pescadores fuimos devisados, los quales viendo nuestras velas perdidas , el árbol caido á la una parte , las cuerdas destrozadas , y los castillos hechos pedazos , conosciéron nuestra ne-

cesidad. Por lo qual algunos dellos metiéndose en un barco de los que para su ordinario exercicio en la ribera tenian amarrados , se viniéron para nosotros , y con grande amor y no poco trabajo nos sacáron de la nave á todos los que en ella veniamos. Fué tanto el gozo que recebimos , quanto se puede y debe imaginar. Á los marineros , que en su barco tan amorosamente , y sin ser rogados nos habian recogido , Eugerio y yo les dimos las gracias , y hicimos los ofrescimientos que á tan singular beneficio se debian. Mas ellos como hombres de su natural piadosos , y de entrañas simples y benignas , no curaban de nuestros agradescimientos , ántes no queriendo recibirlos , nos dixo el uno dellos : no nos agradezcáis , señores , esta obra á nosotros , sino á la obligacion que tenemos á socorrer necesi-

dades, y al buen ánimo y voluntad que nos fuerza á tales hechos. Y tened por cierto, que toda hora que se nos ofresciere semejante ocasion como esta, haremos lo mesmo, aunque peligren nuestras vidas. Porque esta mañana nos sucedió un caso, que á no haber hecho otro tal como agora hecimos, nos pesára despues hasta la muerte. El caso fué, que al despuntar del dia salimos de nuestras chozas con nuestras redes y ordinarios aparejos para entrar á pescar, y ántes que llegásemos á la ribera, vimos el cielo escurecido: sentimos el mar alterado, y el viento embravescido, y dos veces nos quisimos volver del camino desconfiados de poder-nos encomendar á las peligrosas ondas en tan malicioso tiempo. Pero pareció á algunos de nosotros que era conveniente llegar á la ribera, para ver en qué

pararía la braveza del mar, y para esperar, si tras la rigurosa fortuna sucedería, como suele, alguna súbita bonanza. Al tiempo que llegamos allá, vimos un batel lidiando con las bravas ondas, sin vela, árbol, ni remos, y puesto en el peligro en que vosotros os habeis visto. Movidos á compasion, metimos en el mar uno de aquellos barcos muy bien apercebido, y saltando de presto en él, sin temor de la fortuna, fuimos hácia el batel que en tal peligro estaba, y á cabo de poco rato llegamos á él. Quando estuvimos tan cerca dél, que pudimos conocer los que en él estaban, vimos una doncella, cuyo nombre no sabré decirte, que con lágrimas en los ojos se dolia, con los brazos abiertos nos esperaba, y con palabras dolorosas nos decia : ay hermanos, ruegoos que me libreis del peli-

gro de la fortuna ; pero mas os suplico que me saqueis de poder deste traidor , que conmigo viene , que contra toda razon me tiene captiva , y á pura fuerza quiere maltratar mi honestidad. Oyendo esto , con toda la posible diligencia , y no sin mucho peligro , los sacamos de su batel , y metidos en nuestro barco los llevamos á tierra. Contónos ella la traicion que á ella y una hermana y cuñado suyo se les habia hecho , que seria larga de contar. Tenémosla en compañía de nuestras mugeres , libre de la malicia y deshonestidad de los dos marineros , que con ella venian , y á ellos los metimos en una cárcel de un lugar que está vecino , donde ántes de muchos dias serán debidamente castigados. Pues habiéndonos acontecido esto , ¿quién de nosotros dexará de aventurarse á semejantes peligros por recobrar los

perdidos , y hacer bien á los maltratados ? Quando Eugerio oyó decir esto al marinero , le dió un salto el corazon , y pensó si era esta doncella alguna de sus hijas. Lo mesmo me pasó á mí por el pensamiento ; pero á entrambos nos consolaba pensar que presto habiamos de saber si era verdadera nuestra presuncion. En tanto que el pescador nos contó este suceso, el barco movido con la fuerza de los remos caminó de manera que llegamos á poder desembarcar. Saltaron aquellos pescadores con los pies descalzos en el agua , y sobre sus hombros nos sacáron á la deseada tierra. Quando estuvimos en tierra , conociendo que teniamos necesidad de reposo , uno dellos , que mas anciano parecia , travado á mi padre por la mano , y haciendo señal á mí y á los otros que le siguiésemos , tomó el ca-

mino de su choza, que no muy léjos estaba, para darnos en ella el fresco y sosiego necesario. Siendo llegados allá, sentimos dentro cantos de mugeres, y no entráramos allá ántes de oír y entender dende á...era sus canciones, si el trabajo que llevábamos, nos consintiera detenernos para escucharlas. Pero Eugerio y yo no vimos la hora de entrar allá, por ver quien era la doncella que libre de la tempestad y de las manos del traidor allí tenían. Entramos en la casa de improvisó, y en vernos, luego dexáron sus cantares las turbadas mugeres; y eran ellas la muger del pescador, y dos hermosas hijas que cantando suavemente hacian las ñudosas redes, con que los descuidados peces se captivan: y en medio dellas estaba la doncella, que luego fué conocida, porque era mi hermana Clenarda, que está

presente. Lo que en esta ventura sentimos, y lo que ella sintió, querría que ella mesma lo dixese, porque yo no me atrevo á tan gran empresa. Allí fuéron las lágrimas, allí los gemidos, allí los placeres revueltos con las penas, allí los dulzores mezclados con las amarguras, y allí las obras y palabras, que puede juzgar una persona de discrecion. Al fin de lo qual mi padre vuelto á las hijas del pescador les dixo: hermosas doncellas, siendo verdad que yo vine aquí para descansar de mis trabajos, no es razon que mi venida estorbe vuestros regocijos y canciones, pues ellas solas serian bastantes para darme consolacion. Esa no te faltará, dixo el pescador, en tanto que estuvieres en mi casa: á lo ménos yo procuraré de dártela por las maneras posibles. Piensa agora en tomar refresco, que la música

no faltará á su tiempo. Su mu-
ger en esto nos sacó para comer
algunas viandas, y miéntras en
ello estábamos ocupados, la una
de aquellas doncellas, que se
nombraba Nerea, cantó esta

CANCION.

En el campo venturoso,
donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
dexando el suelo abundoso,
da tributo al mar potente,
Galatea desdeñosa
del dolor que á Lycio daña,
iba alegre y bulliciosa
por la ribera arenosa,
que el mar con sus ondas baña.

Entre la arena cogiendo
conchas y piedras pintadas,
muchos cantares diciendo
con el son del ronco estruendo
de las ondas alteradas,
Junto al agua se ponía,

y las ondas aguardaba,
y en verlas llegar huia;
pero á veces no podia,
y el blanco pie se mojaba.

Lycio, al qual en sufrimiento
amador ninguno iguala,
suspendió allí su tormento,
miéntras miraba el contento
de su polida zagala.

Mas cotejando su mal
con el gozo que ella habia,
el fatigado zagal
con voz amarga y mortal
desta manera decia:

Ninfa hermosa, no te vea
jugar con el mar horrendo,
y aunque mas placer te sea,
huye del mar, Galatea,
como estás de Lycio huyendo.

Dexa agora de jugar,
que me es dolor importuno;
no me hagas mas penar,
que en verte cerca del mar
tengo zelos de Neptuno.

Causa mi triste cuidado,
 que á mi pensamiento crea,
 porque ya está averiguado,
 que si no es tu enamorado,
 lo será quando te vea.

Y está cierto , porque Amor
 sabe desde que me hirió,
 que para pena mayor
 me falta un competidor
 mas poderoso que yo.

Dexa la seca ribera,
 do está el agua infructuosa,
 guarda que no salga á fuera
 alguna marina fiera
 enroscada y escamosa.

Huye ya , y mira que siento
 por tí dolores sobrados,
 porque con dulce tormento
 zelos me da tu contento,
 y tu peligro cuidados.

En verte regocijada,
 zelos me hacen acordar
 de Europa Ninfa preciada,
 del toro blanco engañada

en la ribera del mar.

Y el ordinario cuidado
hace que piense continuo
de aquel desdeñoso alnado
orilla el mar arrastrado
visto aquel monstruo marino.

Mas no veo en tí temor
de congoja y pena tanta,
que bien sé por mi dolor,
que á quien no teme el Amor,
ningun peligro lo espanta.

Guarte, pues, de un gran cui-
dado,
que el vengativo Cupido
viéndose menospreciado,
lo que no hace de grado,
suele hacerlo de ofendido.

Ven conmigo al bosque ameno,
y al apacible sombrío
de olorosas flores lleno,
do en el dia mas sereno
no es enojoso el Estío.
Si el agua te es placentera,
hay allí fuente tan bella,

que para ser la primera
entre todas solo espera
que tú te laves en ella.

En aqueste raso suelo
á guardar tu hermosa cara
no basta sombrero, ó velo,
que estando al abierto cielo
el sol morena te pára.

No escuchas dulces concientos,
sino el espantoso estruendo,
con que los bravosos -vientos
con soberbios movimientos
van las aguas revolviendo.

Y tras la fortuna fiera
son las vistas mas suaves
ver llegar á la ribera
la destrozada madera
de las anegadas naves.

Ven á la dulce floresta,
do natura no fué escasa,
donde haciendo alegre fiesta,
la mas calurosa siesta
con mas deleite se pasa.

Huye los soberbios mares,
ven, verás como cantamos
tan deleitosos cantares,
que los mas duros pesares
suspendemos, y engañamos.

Y aunque quien pasa dolores,
Amor le fuerza á cantarlos,
yo haré que los pastores
no digan cantos de amores,
porque huelgues de escuchar-
los.

Allí por bosques y prados
podrás leer todas horas
en mil robles señalados
los nombres mas celebrados
de las Ninfas y pastoras.

Mas seráte cosa triste
ver tu nombre allí pintado,
en saber que escrita fuiste
por el que siempre tuviste
de tu memoria borrado.

Y aunque mucho estás airada,
no creo yo que te asombre
tanto el verte allí pintada,

como el ver que eres amada
del que allí escribió tu nom-
bre.

No ser querida , y amar
fuera triste desplacer,
¿mas qué tormento ó pesar
te puede, Ninfa , causar
ser querida , y no querer?

Mas desprecia quanto quieras
á tu pastor , Galatea,
solo que en esas riberas
cerca de las ondas fieras
con mis ojos no te vea.

¿Qué pasatiempo mejor
orilla el mar puede hallarse,
que escuchar el ruiseñor,
coger la olorosa flor,
y en clara fuente lavarse?

Pluguiera á Dios que gozaras
de nuestro campo y ribera:
y porque mas lo preciáras,
ojalá tú lo probáras
á antes que yo lo dixera.

Porque quanto alabo aquí

de su crédito le quito,
 pues el contertarme á mí,
 bastará para que á tí
 no te venga en apetito.

Lycio mucho mas le hablára,
 y tenia mas que hablalle,
 si ella no se lo estorvára,
 que con desdeñosa cara
 al triste dice que calle.

Volvió á sus juegos la fiera,
 y á sus llantos el pastor,
 y de la misma manera
 ella queda en la ribera,
 y él en su mismo dolor.

El canto de la hermosa don-
 cella y nuestra cena se acabó á
 un mesmo tiempo : la qual fe-
 nescida , preguntamos á Cle-
 narda de lo que le habia suce-
 dido , despues que nos departi-
 mos , y ella nos contó la maldad
 de Bartofano , la necesidad de
 Alcida , su prision y su captivi-
 dad , y en fin todo lo que tú

muy largamente sabes. Lloramos amargamente nuestras desventuras: oidas las quales, nos dixo el pescador muchas palabras de consuelo; y especialmente nos dixo, cómo en esta parte estaba la sabia Felicia, cuya sabiduría bastaba á remediar nuestra desgracia, dándonos noticia de Alcida y de tí, que en esto venia á parar nuestro deseo. Y ansí pasando allí aquella noche lo mejor que pudimos, luego por la mañana, dexados allí los marineros, que en la nave con nosotros habian venido, nos partimos solos los tres, y por nuestras jornadas llegamos al templo de Diana, donde la sapientísima Felicia tiene su morada. Vimos el maravilloso templo, los amenísimos jardines, el suntuoso palacio, conocimos la sabiduría de la prudentísima dueña, y otras cosas que nos han dado tal admira-

cion, que aun agora no tenemos aliento para contallas. Allí vimos las hermosísimas Ninfas, que son exemplo de castidad, allí muchos caballeros y damas, pastores y pastoras, y particularmente un pastor nombrado Syreno, al qual todos tenían en mucha cuenta. Á este y á los demás la sabia habia dado diversos remedios en sus amores y necesidades. Mas á nosotros en la nuestra hasta agora el que nos ha dado, es hacer quedar á nuestro padre Eugerio en su compañía, y á nosotros mandarnos venir hácia estas partes, y que no volviésemos hasta hallarnos mas contentos. Y segun el gozo que de tu vista recibimos, me parece que ya habrá ocasion para la vuelta, mayormente dexando allí nuestro padre solo y desconsolado. Bien sé que buscarle su Aleida, importa mucho para su descanso: pero

ya que la fortuna en tantos dias no nos ha dado noticia della, será bien que no le hagamos á nuestro padre carecer tanto tiempo de nuestra compañía. Despues que Polydoro dió fin á sus razones, quedáron todos admirados de tan tristes desventuras, y Marcelio despues de haber llorado por Alcida, brevísimamente contó á Polydoro y Clenarda lo que despues que no los habia visto le habia acontecido. Diana é Ismenia quando acabáron de oir á Polydoro, deseáron llegar mas presto á la casa de Felicia: la una porque supo cierto que Syreno estaba allí; y la otra, porque oyendo tales alabanzas de la sabia, concibió esperanza de haber de su mano algun remedio. Con este deseo que tenian, aunque fué la intencion de Diana recrearse en aquel deleitoso lugar algunas horas, mudó el parecer, esti-

mando mas la vista de Syreno, que la lindeza y frescura del bosque. Y por eso levantada en pie dixo á Tauriso y Berardo: gozad, pastores, de la suavidad y deleite desta amenísima vereda, porque el cuidado que tenemos de ir al templo de Diana no nos consiente detenernos aquí mas. Harto nos pesa dexar un aposento tan agradable, y una tan buena compañía, pero somos forzados á seguir nuestra ventura. ¿Tan cruda serás, pastora, dixo Tauriso, que tan presto te ausentes de nuestros ojos, y tan poco nos dexes gozar de tus palabras? Marcelio entónces dixo á Diana: razon los acompaña á estos pastores, hermosa zagala, razon es que tan justa demanda se les conceda: que su fe constante y amor verdadero merece que les otorgues un rato de tu conversacion en este apacible lugar, ma-

yormente habiendo bastantísimo tiempo para llegar al templo ántes que el sol esconda su lumbré. Todos fuéron deste parecer, y por eso Diana no quiso mas contradecirles, sino que sentándose donde ántes estaba, mostró querer complacer en todo á tan principal ajuntamiento. Ismenia entónces dixo á Berardo y Tauriso: pastores, pues la hermosa Diana no os niega su vista, no es justo que vosotros nos negueis vuestras canciones. Cantad, enamorados zagales, pues en ello mostrais tan señalada destreza y tan verdadero amor, que por lo uno sois en todas partes alabados, y con lo otro moveis á piedad los corazones. Todos sino el de Diana, dixo Berardo; y comenzó á llorar, y Diana á sonreirse. Lo qual visto por el pastor, al son de su zampoña, con lágrimas en sus ojos, can-

tó glosando una Cancion, que dice:

*Las tristes lágrimas mias
en piedras hacen señal,
y en vos nunca por mi mal.*

GLOSA.

Vuestra rara gentileza
no se ofende con serviros,
pues mi mal no os da tristeza,
ni jamás vuestra dureza
dió lugar á mis suspiros.

No fuéron con mis porfias
vuestras entrañas mudadas,
aunque veis noches y dias
con gran dolor derramadas
las tristes lágrimas mias.

Fuerte es vuestra condicion,
que en acabarme porfia,
y mas fuerte el corazon,
que viviendo en tal pasion
no le mata la agonía.

Que si un rato ahoja un mal,
aunque sea de los mayores,

no da pena tan mortal,
 mas los continos dolores
en piedras hacen señal.

Amor es un sentimiento
 blando, dulce y regalado;
 vos causais el mal que siento,
 que Amor solo da tormento
 al que vive desamado.

Y esta es mi pena mortal,
 que el Amor, despues que os ví,
 como cosa natural,
 por mi bien siempre está en mí,
y en vos nunca por mi mal.

Contentó mucho á Diana la
 cancion de Berardo: pero vien-
 do que en ella hacia mas duro
 su corazon que las piedras, qui-
 so volver por su honra, y dixó:
 donosa cosa es por mi vida nom-
 brar dura la recogida, y tratar
 de cruel la que guarda su ho-
 nestidad. Ojalá, pastor, no tu-
 viera mas tristeza mi alma que
 dureza mi corazon. ¡Mas ay do-

lor, que la fortuna me captivó con tan zeloso marido, que fuí forzada muchas veces en los montes y campos ser descortés con los pastores, por no tener en mi casa amarga vida! Y con todo esto el fiudo del matrimonio y la razon me obligan á buscar el rústico y mal acondicionado marido, aunque espere innumerables trabajos de su enojosa compañía. A este tiempo Tauriso con la ocasion de las quejas, que Diana daba de su casamiento, comenzó á tocar su zampoña, y á cantar hablando con el Amor, y glosando la Cancion que dice:

*La bella mal maridada,
de las mas lindas que ví,
si has de tomar amores,
vida no dexes á mí.*

GLOSA.

Amor cata que es locura

padescer, que en las mugeres
de aventajada hermosura
pueda hacer la desventura
mas que tú, siendo quien eres.

Porque estando á tu poder
la belleza encomendada,
te deshonoras á mi ver
en sufrir que venga á ser
la bella mal maridada.

Haces mal, pues se mostró
beldad ser tu amiga entera,
porque siempre al que la vió,
á causa tuya le dió
el dolor que no le diera.

Y así mi constancia y fe,
y la pena que está en mí,
por haber visto no fué,
mas por ser la que miré
de las mas lindas que ví.

Amor, das á tantos muerte,
que pues matar es tu bien,
algun dia espero verte,
que á tí mismo has de ofen-
derte,

porque no tendrás á quien.
 ¡Ó qué bien parecerás
 herido de tus dolores!
 captivo tuyo serás,
 que á tí mismo tomarás,
si has de tomar amores.

Entónces dolor doblado
 podrás dar á las personas,
 y quedarás escusado
 de haberme á mí maltrado,
 pues á tí no te perdonas.

Y si quiero reprehenderte,
 dirás, volviendo por tí,
 razon forzarte y moverte,
 que á tí mismo dando muerte,
vida no dexes á mí.

El cantar de Tauriso pareció muy bien á todos, y en particular á Ismenia. Que aunque la Cancion, por hablar de mal casadas, era de Diana, la glosa della, por tener quejas del Amor, era comun á quantos dél estaban atormentados. Y por eso

Ismenia, como aquella que daba alguna culpa á Cupido de su pena, no solo le contentáron las quejas que dél hizo Tauriso, mas ella al mesmo propósito al son de la lyra dixo este soneto, que le solia cantar Montano en el tiempo que por ella penaba.

SONETO.

Sin que ninguna cosa te levante,
 Amor, que de perderme has
 sido parte,
 haré que tu crueldad en toda
 parte
 se suene de Poniente hasta
 Levante.

Aunque mas sople el Abrego, ó
 Levante,
 mi nave de aquel golfo no se
 parte,
 de tu poder furioso le abre y
 parte,
 sin que en ella un suspiro se
 levante.

Si vuelvo el rostro estando en
 el tormento,
 tu furia allí enflaquesce mi
 deseo,
 y tu fuerza mis fuerzas causa
 y corta;
 Jamás al puerto iré, ni lo deseo,
 y ha tanto que esta pena me
 tormenta,
 que un mal tan largo hará mi
 vida corta.

No tardó mucho Marcelio á
 respondelle con otro soneto he-
 cho al mismo propósito y de la
 misma suerte, salvo que las
 quejas que daba, eran no solo
 del Amor, pero de la Fortuna,
 y de sí mismo.

SONETO.

Voy tras la muerte sorda paso á
 paso,
 sigutiéndola por campo, valle
 y sierra,

y al bien así el camino se me
cierra,
que no hay por donde guie
un solo paso.

Pensando el mal que de continuo
paso,
una navaja aguda y cruda
sierra
de modo el corazón me parte
y sierra,
que de la vida dudo en este
paso.

La Diosa, cuyo ser continuo ruede,
y Amor que ora consuela, ora
fatiga,
son contra mí, y aun yo mismo
me daño:

Fortuna en no mudar su varia
rueda,
y Amor y yo, creciendo mi
fatiga,
sin darme tiempo á lamentar
mi daño.

El deseo que tenía Diana de

ir á la casa de Felicia no le sufría detenerse allí mas, ni esperar otros cantares, sino que acabando Marcelio su cancion se levantó. Lo mismo hicieron Ismenia, Clenarda y Marcelio, conociendo ser aquella la voluntad de Diana, aunque sabian que la casa de Felicia estaba muy cerca, y habia sobrado tiempo para llegar á ella ántes de la noche. Despedidos de Tauriso y Berardo, salieron de la fuente bella por la misma parte por donde habian entrado, y caminando por el bosque su paso á paso, gozando de las gentilezas y deleites que en él habia, á cabo de rato salieron dél, y comenzaron á andar por un ancho y espacioso Hano, alegre para la vista. Pensaron entónces con qué darian regocijo á sus ánimos, en tanto que duraba aquel camino, y cada uno dixo sobre ello su parecer. Pero

Marcelio, como estaba siempre con la imágen de su Alcida en el pensamiento, de ninguna cosa mas holgaba que de mirar los gestos, y escuchar las palabras de Polydoro y Clenarda. Y así por gozar á su placer deste contento, dixo: no creo yo, pastoras, que todos vuestros regocijos igualen con el que podeis haber, si Clenarda os cuenta alguna cosa de las que en los campos y riberas de Guadalaviar ha visto. Yo pasé por allí andando en mi peregrinacion, pero no pude á mi voluntad gozar de aquellos deleites, por no tenerle yo en mi corazon. Pero pues para llegar á donde imos, tenemos de tiempo largas dos horas, y el camino es de media, podremos ir á espacio, y ella nos dirá algo de lo mucho que de aquella amenísima tierra se puede contar. Diana y Ismenia á esto mostráron alegres gestos,

señalando tener contento de oírlo; y aunque Diana moria por llegar temprano al templo, por no mostrar en ello sobrada pasión hubo de acomodarse á la voluntad de todos. Clenarda entónces rogada por Marcelio, prosiguiendo su camino, desta manera comenzó á hablar:

Aunque decir yo con mal órden y rústicas palabras las estrañezas y beldades de la Valentina tierra, será agraviar su merescimiento, y ofender vuestros oídos, quiero deciros algo della, por no perjudicar á vuestras voluntades. No contaré particularmente la fertilidad del abundoso suelo, la amenidad de la siempre florida campaña, la belleza de los mas encumbrados montes, los sombríos de las verdes silvas, la suavidad de las claras fuentes, la melodía de las cantadoras aves, la frescura de los suaves vientos, la rique-

za de los provechosos ganados, la hermosura de los poblados lugares, la blandura de las amigables gentes, la estrañeza de los suntuosos templos, ni otras muchas cosas, con que es aquella tierra celebrada, pues para ello es menester mas largo tiempo y mas esforzado aliento. Pero porque de la cosa mas importante de aquella tierra seais informados, os contaré lo que al famoso Turia, rio principal en aquellos campos, le oí cantar. Venimos un dia Polydoro y yo á su ribera para preguntar á los pastores della el camino del templo de Diana y casa de Felicia, porque ellos son los que en aquella tierra le saben, y llegando á una cabaña de vaqueros, los hallamos que deleitosamente cantaban. Preguntámosles lo que deseabamos saber, y ellos con mucho amor nos informáron largamente de todo, y

despues nos dixéron, que pues á tan buena sazón habiamos llegado, no dexásemos de gozar de un suavísimo Canto, que el famoso Turia habia de hacer no muy léjos de allí, ántes de media hora. Contentos fuimos de ser presentes á tan deleitoso regocijo, y nos aguardamos para ir con ellos. Pasado un rato en su compañía, partimos caminando riberas del rio arriba, hasta que llegamos á una espaciosa campaña, donde vimos un grande ajuntamiento de Ninfas, pastores y pastoras, que todos aguardaban que el famoso Turia comenzase su canto. No mucho despues vimos al viejo Turia salir de una profundísima cueva, en su mano una urna, ó vaso muy grande y bien labrado, su cabeza coronada con hojas de roble y de laurel, los brazos vellosos, la barba limosa y encanescida. Y sentándose en el

suelo, reclinando sobre la urna,
y derramando della abundancia
de clarísimas aguas, levantando
la ronca y congojada voz, cantó
desta manera:

CANTO DE TURIA.

Regad el venturoso y fértil sue-
lo,
corrientes aguas, puras y a-
bundosas,
dad á las hierbas y árboles
consuelo,
y frescas sostened flores y ro-
sas;
y así con el favor del alto
cielo
tendré yo mis riberas tan her-
mosas,
que grande envidia habrán de
mi corona
el Pado, el Mincio, el Rhó-
dano y Garona.

Miéntas andais el curso apre-
surando,

torciendo acá y allá vuestro
 camino,
 el Valentino suelo hermo-
 seando
 con el licor sabroso y crista-
 lino,
 mi flaco aliento y débil esfor-
 zando,
 quiero con el espíritu adevino
 cantar la alegre y próspera
 ventura,
 que el cielo á vuestros cam-
 pos asegura.

Oidme, claras Ninfas y pasto-
 res,
 que sois hasta la Arcadia ce-
 lebrados,
 no cantaré las coloradas flo-
 res,
 la deleitosa fuente y verdes
 prados,
 bosques sombríos, dulces rui-
 señores,
 valles amenos, montes encum-
 brados:

mas los varones célebres y
estraños
que aquí serán despues de
largos años.

De aquí los dos pastores estoy
viendo

Calixto y Alexandre , cuya
fama

la de los grandes Césares ven-
ciendo,

desde el Atlante al Mauro se
derrama:

á cuya vida el cielo respon-
diendo,

con una suerte altísima los
llama,

para guardar del báratro pro-
fundo

quanto ganado pasce en todo
el mundo.

De cuya ilustre cepa veo nas-
cido

aquel varon de pecho ada-
mantino,

por valerosas armas conocido,
César Romano, y Duque Val-
entino,
valiente corazón, nunca ven-
cido,
al qual le aguarda un hado
tan malino,
que aquel raro valor y ánimo
fuerte
tendrá fin con sangrienta y
cruda muerte.

La mesma ha de acabar en un
momento
al Ugo resplandor de los Mon-
cadas,
dexando ya con fuerte atrevi-
miento
las Mauritanas gentes subjec-
tadas:
ha de morir por Cárlos muy
contento,
despues de haber vencido mil
jornadas;
y pelear con poderosa mano

contra el Frances y bárbaro
Africano.

Mas no mireis la gente embra-
vescida

con el furor del iracundo
Marte,

mirad la luz que aquí vereis
nascida,

luz de saber, prudencia, in-
genio y arte:

tanto en el mundo todo escla-
rescida,

que ilustrará la mas escura
parte:

Vives, que vivirá, miéntras
al suelo

lumbre ha de dar al gran se-
ñor de Delo.

Cuyo saber altísimo heredan-
do

el Honorato Juan, subirá
tanto,

que á un alto Rey las letras
enseñando,

dará á las sacras Musas grande espanto:

parésceme que ya le está adornando

el Obispal cayado y sacro manto:

ojalá un mayoral tan excelente

sus greyes en mis campos apasciente.

Quasi en el mesmo tiempo ha de mostrarse

Nuñez, que en la doctrina en tiernos años

al grande Stagyrita ha de igualarse,

y ha de ser luz de patrios y de estraños:

no sentireis Demóstenes loarse orando él: ¡Mas ay ciegos engaños!

¡ay patria ingrata, á causa tuya sienta

que orillas de Ebro ha de mudar su asiento!

¿Quién os dirá la excelsa melo-
 día,
 con que las dulces voces le-
 vantando,
 resonarán por la ribera mía
 Poétas mil? Ya estoy de aquí
 mirando
 que Apolo sus favores les en-
 via,
 porque con alto espíritu can-
 tando,
 hagan que el nombre de este
 fértil suelo
 del uno al otro polo estienda
 el vuelo.

Ya veo al gran varon que cele-
 brado
 será con clara fama en toda
 parte,
 que en verso al rojo Apolo
 está igualado,
 y en armas está al par del
 fiero Marte:
 Ausias March, que á tí, flo-
 rido Prado,

Amor, Virtud y Muerte ha de
cantarte:

llevando por honrosa y justa
empresa
dar fama á la honestísima *Te-
resa*.

Bien mostrará ser hijo del fa-
moso

y grande Pedro March, que
en paz y en guerra,

docto en el verso, en armas
poderoso

dilatará la fama de su tier-
ra:

cuyo linage ilustre y vale-
roso,

donde valor clarísimo se en-
cierra,

dará un Jayme y Arnau gran-
des Poetas,

á quien son favorables los
planetas.

Jorge del Rey con verso aven-
tajado

ha de dar honra á toda mi
 ribera,
 y siendo por mis Ninfas co-
 ronado
 resonará su nombre por do-
 quiera:
 el revolver del cielo apresu-
 rado
 propicio le mira de tal manera,
 que Italia de su verso terná
 espanto,
 y ha de morir de envidia de
 su canto.

Ya veo, Franci Oliver, que el
 cielo hieres
 con voz que hasta las nubes
 te levanta,
 y á tí tambien, clarísimo Fi-
 gueres,
 en cuyo verso habrá lindeza
 tanta:
 y á tí, Martin García, que
 no mueres,
 por mas que tu hilo Lachesis
 quebranta:

Innocent de Cubells, tambien
 te veo
 que en versos satisfacés mi
 deseo.

Aquí tendréis un gran varon,
 pastores,
 que con virtud de hierbas es-
 condidas
 presto remediará vuestros do-
 lores,
 y emendará con versos vues-
 tras vidas:
 pues, Ninfas, esparcid hier-
 bas y flores
 al grande Jayme Royg agra-
 descidas,
 coronad con laurel, serpillio
 y apio
 el gran siervo de Apolo y de
 Esculapio.

Y al gran Narcis Viñoles, que
 pregona
 su gran valor con levantada
 rima,

texed de verde lauro una co-
 rona,
 haciendo al mundo pública
 su estima:
 texed otra á la altísima perso-
 na,
 que el verso subirá á la ex-
 celsa cima,
 y ha de igualar al amator de
 Laura,
 Crespi celebradísimo Valldau-
 ra.

Parésceme que veo un excelente
 Conde, que el claro nombre
 de su Oliva
 hará que entre la estraña y
 patria gente,
 mientras que mundo habrá,
 florezca y viva:
 su hermoso verso irá resplan-
 desciente
 con la perfecta lumbre, que
 deriba
 del encendido ardor de sus
Centellas,

que en luz competirán con
las estrellas.

Ninfas, haced del resto, quan-
do el cielo

con Juan Fernandez os hará
dichosas,

lugar no quede en todo aques-
te suelo,

do no sembréis los lirios y las
rosas:

y tú, ligera Fama, alarga el
vuelo,

emplea aquí tus fuerzas po-
derosas,

y dale aquel renombre sobe-
rano,

que diste al celebrado Man-
tuano.

Mirando estoy aquel Poéta ra-
ro

Jayme Gazull, que en rima
Valentina

muestra el valor del vivo in-
genio y claro,

que á las mas altas nubes se
avecina:
y el Fenollar que á Tityro
acomparo,
mi consagrado espíritu ad-
vina,
que resonando aquí su dulce
verso,
se escuchará por todo el uni-
verso.

Con abundosos cantos del Pi-
neda
resonarán tambien estas ribe-
ras,
con cuyos versos Pan vencido
queda,
y amansan su rígor las tigres
fieras:
hará que su famoso nombre
pueda
subir á las altísimas esferas:
por este mayor honra haber
espero,
que la soberbia Smyrna por
Homero.

La suavidad, la gracia y el
asiento

mirad, con que el gravísimo
Vicente

Ferrandis mostrará el supre-
mo aliento,

siendo en sus claros tiempos
excelente:

pondrá freno á su furia el
bravo viento,

y detendrán mis aguas su cor-
riente

oyendo el son harmónico y
suave

de su gracioso verso, excelso
y grave.

El cielo y la razon no han con-
sentido

que hable con mi estilo humil-
de y llano

delesquadron intacto y elegido
para tener oficio sobre huma-

no,

Fernan, Sans, Valdellos y el
escogido

Cordero , y Blasco ingenio
soberano,
Gacet, lumbres mas claras que
la Aurora,
de quien mi canto calla por
agora.

Quando en el grande Borja , de
Montesa
Maestre tan magnánimo ima-
gino,
que en versos y en qualquier
excelsa empresa
ha de mostrar valor alto y
divino,
parésceme que mas importa y
pesa
mi buena suerte y próspero
destino,
que quanta fama el Tiber ha
tenido,
por ser allí el gran Rómulo
nascido.

A tí del mismo padre y mismo
nombre

y misma sangre altísima en-
gendrado,
clarísimo Don Juan, cuyo re-
nombre
será en Parnaso y Pindo cele-
brado:
pues ánimo no habrá que no
se asombre
de ver tu verso al cielo levan-
tado,
las Musas de su mano en He-
licona
te están aparejando la corona.

Con sus héroes el gran pueblo
Romano
no estuvo tan soberbio y po-
deroso,
quanto ha de estar mi fértil
suelo ufano,
quando el magno Aguilon me
hará dichoso,
que en guerra y paz consejo
soberano,
verso sutil, y esfuerzo vale-
roso,

le han de encumbrar en el
supremo estado,
donde Maron, ni Fabio no
han llegado.

Al Serafin Centellas voy mi-
rando,
que el canto altivo y militar
destreza
á la region etérea subliman-
do,
al verso añadirá la fortaleza:
y en un extremo tal se irá
mostrando
su habilidad, su esfuerzo y su
nobleza,
que ya comienza en mí el
dulce contento
de su valor y gran meresci-
miento.

A Don Luis recelo y temo
que no podré alabar como de-
seo,
que en música estará en tan
alto extremo,

que el mundo le dirá segundo
Orfeo:

tendrá estado famoso, y tan
supremo,

en las heroicas rimas, que no
creo

que han de poder nombrársele
delante

Cino Pistoya y Guido Caval-
cante.

Á tí, que alcanzarás tan larga
parte

del agua poderosa de Pegaso,
á quien de Poesía el estan-
darte

darán las moradoras de Par-
naso,

noble Falcon, no quiero aquí
alabarte,

porque de tí la fama hará tal
caso,

que ha de tener particular
cuidado

que desde el Indo al Mauro es-
tés nombrado.

Semper loando el ínclito impe-
rante

Cárlos gran Rey tan grave
canto mueve,

que aunque la fama al cielo
le levante,

será poco á lo mucho que le
debe:

vereis que ha de pasar tan
adelante

con el favor de las hermanas
nueve,

que hará con famosísimo re-
nombre

que Hesiodo en sus tiempos
no se nombre.

Al que romanas leyes declarando,
y delicados versos componien-
do,

irá al sabio Lycurgo aventaja-
jando,

y al Verones Poéta antece-
diendo,

ya desde aquí le estoy pro-
nosticando

gran fama en todo el mundo,
 porque entiendo
 que quando de Oliver se hará
 memoria,
 ha de callar antigua y nueva
 historia.

Ninfas, vuestra ventura conos-
 ciendo,
 haced de interno gozo mil se-
 ñales,
 que casi ya mi espíritu está
 viendo
 que aquí están dos varones
 principales:
 el uno militar, y el otro ha-
 ciendo
 cobrar salud á míseros mor-
 tales,
 Siurana y el Ardevol, que
 levantan
 al cielo el verso altísimo que
 cantan.

¿Queréis ver un juicio agudo y
 cierto,

un general saber, un grave
tiento?

¿quereis mirar un ánimo des-
pierto,

un sosegado y claro entendi-
miento?

¿quereis ver un Poético con-
cierto,

que en fieras mueve blando
sentimiento?

Felipe Catalan mirad, que
tiene

posesion de la fuente de Hi-
pocrene.

Vereis aquí un ingenio levan-
tado,

que gran fama ha de dar al
campo nuestro,

de soberano espíritu dotado,
y en toda habilidad experto y

diestro,
el Pellicer doctísimo letrado,

y en los Poemas único maestro,
en quien han de tener grado

excesivo

grave saber y entendimiento
vivo.

Mirad aquel, en quien pondrá
su asiento

la rara y general sabidu-
ría,

con este Orfeo muestra estar
contento,

y Apolo influxo altísimo le
envia:

dale Minerva grave entendi-
miento,

Marte nobleza, esfuerzo y
gallardía:

hablo del Romani, que orna-
do viene

de todo lo mejor que el mun-
do tiene.

Dos soles nascerán en mis ribe-
ras

mostrando tanta luz como el
del cielo,

habrá en un año muchas pri-
maveras,

dando atavío hermoso el fér-
 til suelo,
 no se verán mis sotos y pra-
 deras
 cubiertos de intractable y du-
 ro hielo,
 oyéndose en mi selva, ó mi
 vereda
 los versos de Vadillo y de
 Pineda.

Los metros de Artieda y de Cle-
 mente
 tales serán en años juveniles,
 que los de quien presume de
 excelente,
 vendrán á parecer baxos y
 viles:
 ambos tendrán entre la sabia
 gente
 ingenios sosegados y subti-
 les,
 y prometernos han sus tiernas
 flores
 frutos entre los buenos los
 mejores.

La fuente que á Parnaso hace
famoso
será á Juan Perez tanto favo-
rable,
que de la Tana al Gange cau-
daloso
por siglos mil tendrá nombre
admirable:
ha de enfrenarse el viento
presuroso,
y detenerse ha el agua delez-
nable,
mostrando allí maravilloso es-
panto
la vez que escucharán su gra-
ve canto.

Aquel, á quien de drecho le es
debido
por su destreza un nombre
señalado,
de mis sagradas Ninfas co-
noscido,
de todos mis pastores alabado,
hará un metro sublime y es-
cogido,

entre los mas perfectos estimado:

este será Almudevar, cuyo vuelo

ha de llegar hasta el supremo cielo.

En lengua patria hará clara la historia

de Nápoles el célebre Espinosa,

despues de eternizada la memoria

de los *Centellas*, casa generosa,
con tan excelso estilo, que la gloria,

que le dará la fama poderosa,
hará que este Poéta sin segundo
se ha de nombrar allá en el
nuevo mundo.

Recibo un regalado sentimiento
en la alma de alegría enter-
nescida,

tan solo imaginando el gran
contento

que me ha de dar el sabio
 Bonavida:
 tan gran saber, tan grave
 entendimiento
 tendrá la gente atónita y
 vencida,
 y el verso tan sentido y ele-
 gante
 se oirá desde Poniente hasta
 Levante.

Tendreis un Don Alonso, que
 el renombre
 de ilustres Rebolledos dila-
 tando
 en todo el universo irá su
 nombre
 sobre Maron famoso levan-
 tando:
 mostrará no tener ingenio de
 hombre,
 ántes con verso altísimo can-
 tando,
 parecerá del cielo haber ro-
 bado
 la arte sutil y espíritu elevado.

Por fin deste apacible y dulce
canto,
y extremo fin de general des-
treza,
os doy aquel, con quien es-
traño espanto
al mundo ha de causar natu-
raleza:
nunca podrá alabarse un va-
lor tanto,
tan rara habilidad, gracia,
nobleza,
bondad, disposicion, sabiduría,
fe, discrecion, modestia y va-
lentia:

Este es Aldana, el único Mo-
narca,
que junto ordena versos y
soldados,
que en quanto el ancho mar
ciñe y abarca
con gran razon los hombres
señalados
en gran duda pondrán, si él
es Petrarca,

ó si Petrarca es él , maravi-
llados
de ver que donde reyna el
fiero Marte,
tenga el sacundo Apolo tanta
parte.

Tras este no hay persona , á
quien yo pueda
con mis versos dar honra es-
clarecida,
que estando junto á Febo,
luego queda
la mas lumbrosa estrella escu-
rescida:
y allende desto el corto tiem-
po veda
á todos dar la gloria merescida.
Á Dios , á Dios , que todo lo
 restante
os lo diré la otra vez que
cante.

Este fué el canto del rio
Turia , al qual estuviéron muy
atentos los pastores y Ninfas,

así por su dulzura y suavidad, como por los señalados hombres, que en él á la tierra de Valencia se prometian. Muchas otras cosas os podria contar, que en aquellos dichos campos he visto; pero la pesadumbre que de mi prolixidad habeis recibido, no me da lugar á ello. Quedáron Marcelo y las pastoras con gran maravilla de lo que Cleonarda les habia contado: pero quando llegó á la fin de su razon, viéron que estaban muy cerca del templo de Diana, y comenzáron á descubrir sus altos chapiteles, que por encima de los árboles sobrepujaban. Mas ántes que al gran palacio llegasen, viéron por aquel llano cogiendo flores una hermosa Ninfa, cuyo nombre, y lo que de su vista sucedió, sabreis en el libro que se sigue.

DIANA ENAMORADA.

LIBRO CUARTO.

Grandes son las quejas que los hombres dan ordinariamente de la Fortuna : pero no serian tantas , ni tan ásperas, si se tuviese cuenta con los bienes que muchas veces nos vienen de sus mudanzas. El que estando en ruin estado huelga que la fortuna se mude , no tiene mucha razon de increparla y afrentarla con el nombre de mudable , quando algun contrario suceso le acontece. Mas pues ella en el bien y en el mal

tiene por tan natural la inconstancia, lo que toca al hombre prudente es no vivir confiado en la posesion de los bienes, ni desesperado en el sufrimiento de los males: ántes vivir con tanta prudencia, que se pasen los deleites como cosa que no ha de durar, y los tormentos como cosa que puede ser fenecida. De semejantes hombres tiene Dios particular cuidado, como del triste y congojado Marcelio, librándole de su necesidad por medio de la sapientísima Felicia, la qual como con su espíritu adivinase que Marcelio, Diana y los otros venian á su casa, hizo de manera, que aquella hermosa Ninfa saliese en aquel llano, para que les diese ciertas nuevas, y sucediesen cosas que con su estraña sabiduría vió que mucho convenian. Pues como Marcelio y los demas llegasen donde la Ninfa

estaba , saludáronla con mucha cortesía , y ella les respondió con la misma. Preguntóles para donde caminaban , y dixéronle que para el templo de Diana. Entónces Arethea , que este era el nombre de la Ninfa , les dixo: segun en vuestra manera mostrais tener mucho valor , no podrá dexar Felicia , cuya Ninfa soy , de holgar con vuestra compañía. Y pues ya el sol está cercano del ocaso , volveré con vosotros allá , donde seréis recibidos con la fiesta posible. Ellos le agradesciéron mucho las amorosas ofertas , y juntamente con ella camináron hácia el templo. Grande esperanza recibieron de las palabras desta Ninfa , y aunque Polydoro y Cleuarda habian estado en la casa de Felicia , no la conocian , ni se acordaban habella visto. Esto era por la muchedumbre de Ninfas que tenia la

sabia , las quales obedesciendo su mandado , entendian en diversos hechos en diferentes partes. Por eso le preguntáron su nombre , y ella dixo que se llamaba Arethea. Diana le preguntó , qué habia de nuevo en aquellas partes , y ella respondió : lo que mas nuevo hay por acá es , que habrá dos horas que llegó á la casa de Felicia una dama en hábito de pastora , que vista por un hombre anciano , que allí hay , fué conocida por su hija ; y como habia mucho tiempo que andaba perdida por el mundo , fué tanto el gozo que recibió , que ha redundado en quantos están en aquella casa. El nombre del viejo , si bien me acuerdo , es Eugerio , y el de la hija Alcida. Marcelio oyendo esto quedó tal como un discreto puede presumir , y dixo : ¡ó venturosos trabajos los que alcanzan fin con tan prós-

pera ventura! ¡Ay, ay! y queriendo pasar adelante, se le añudó el corazón, y se le travó la lengua, cayendo en el suelo desmayado. Diana, Ismenia y Clenarda sentándose cabe él le esforzaron, y le dixéron palabras para dalle ánimo. Y así tornando luego en sí, se levantó. No se holgaron poco Polydoro y Clenarda con semejante nueva, viendo que sus desventuras con la venida de su hermana Alcida habian de acabarse: y Diana y Ismenia tambien recibieron grande alegría, así por la que sus compañeros tenían, como por la que ellas esperaban de mano de la que sabia hacer tales maravillas. Diana por saber algo de Syreno, á la Ninfa preguntó así: Ninfa hermosa, gran confianza me distes de contento con decirme el que hay en el palacio de Felicia por la venida de Alcida,

pero mas cumplido le recibiré, si me contais los pastores mas señalados que en ella están. Respondió entóncees Arethea: muchos pastores hallareis allí de singular merecimiento : pero los que agora se me acuerdan son Sylvano y Selvagia , Arsi-leo y Belisa , y un pastor el mas principal de todos , llamado Syreno , de cuyas habilidades hace Felicia mucho caso : mas tiene un ánimo tan enemigo de Amor, que á quantos están allí , tiene maravillados. De la mesma condicion es Alcida , tanto que despues que ella ha llegado , los dos no se han partido , tratando del olvido , y platicando cosas de desamor. Y así tengo por muy cierto , que Felicia los hizo venir á su casa para casallos , pues son entrambos de un mesmo parecer , y están sus ánimos en las condiciones tan avenidos , que aunque él es pastor , y ella

dama, puede Felicia añadirle á él mas valor del que tiene, dándole muchísima riqueza y sabiduría, que es la verdadera nobleza. Y prosiguiendo su razon Arethea, vuelta á Marcelio dixo: por eso tú, pastor, pues ves tu bien en peligro de venir á manos ajenas, no te detengas un punto, que si llegas á tiempo, podrás hurtarle la ventura á Syreno. Diana despues de haber oido estas palabras, sintió bravísima pena, y la señalára con voces y lágrimas, si la vergüenza y honestidad no se lo impidieran. El mismo dolor, y por la mesma causa, sintio Marcelio, y quedó dél tan atormentado, que pensó morirse, haciendo grandísimos extremos: de manera que un mesmo cuchillo travesó los corazones de Marcelio y Diana, y un mesmo recelo les fatigó las almas. Marcelio temia el casamiento de Al-

cida con Syreno, y Diana el de Syreno con Alcida. La hermosa Ninfa bien conocia á Marcelio y Diana y todos los demas; pero por orden sapientísimo, que Felicia les habia dado, habia disimulado con ellos, y habia dicho una verdad, para darle á Marcelio una no pensada alegría, y una mentira, para mas avivar su deseo y el de Diana: y para que con esta amargura despues les fuesen mas dulces los placeres que allí habian de recibir. Llegados ya á una plaza ancha y hermosísima, que está delante la puerta de aquel palacio, viéron salir por ella una venerable dueña con una saya de terciopelo negro, tocada con unos largos y blancos velos, acompañada de tres hermosísimas Ninfas, representando una honestísima Sibyla. Esta era la sabia Felicia, y las Ninfas eran Dorida, Cynthia y Po-

lydora. Llegando Arethea delante su señora, avisada primero su compañía, como aquella era Felicia, se le arrodilló á los pies, y le besó las manos, y lo mismo hiciéron todos. Mostró Felicia tener gran contento de su venida, y con gesto muy alegre les dixo: preciados caballeros, dama y pastoras señaladas, aunque es muy grande el placer que tengo de vuestra llegada, no será menor el que recibireis de mi vista. Mas porque venis algo fatigados, id á tomar descanso, y olvidad vuestro tormento, pues lo primero no podrá faltáros en mi casa, y lo segundo con mi poderoso saber será presto remediado. Mostraron todos allí muchas señales y palabras de agradescimiento, y al fin dellas se despidieron de Felicia. Hizo la sabia que Polydoro y Clenarda quedasen allí, diciendo tener que hablar con

ellos : y los demas guiados por Arethea se fuéron á un aposento del rico palacio , donde fuéron aquella noche festejados , y proveidos de lo que convenia para su descanso. Era esta casa tan suntuosa y magnífica , tenia tanta riqueza , era poblada de tantos jardines , que no hay cosa que de gran parte se le pueda comparar. Mas no quiero detenerme en contar particularmente su hermosura y riqueza , pues largamente fué contada en la primera parte. Solo quiero decir que Marcelio , Diana y Ismenia fuéron aposentados en dos piezas del palacio entapizadas con paños de oro y seda ricamente labrados , cosa no acostumbrada para las simples pastoras. Fuéron allí proveidos de una abundante y delicada cena , servidos con vasos de oro y de cristal , y al tiempo del dormir se acostáron en tales ca-

mas , que aunque los cuerpos de sus penas y cansancios venian fatigados , la blandura y limpieza dellas , y la esperanza que Felicia les habia dado , les convidó á dulce y reposado sueño. Por otra parte Felicia en compañía de sus tres Ninfas , y de Polydoro y Clenarda , y avisándoles que no dixesen nada de la venida de Marcelio , Diana é Ismenia , fué á un amenísimo jardin , donde viéron que en un corredor Eugerio con su hija Alcida estaba paseando. Don Felix y Felismena , Syreno , Sylvano y Selvagia , Arsileo y Belisa , y otro pastor estaban mas apartados sentados entorno de una fuente. Estaba ~~un~~ Alcida con los mismos vestidos de pastora , con que aquel dia habia llegado ; pero luego por sus hermanos fué conocida. La alegría que todos tres hermanos recibieron de verse juntos , y la

que el padre tuvo de ver á sí y á ellos con tanto contento, el gozo con que se abrazáron, las lágrimas que vertiéron, las razones que pasáron, y las preguntas que se hicieron, no se pueden con palabras declarar. Grandes fiestas hizo Alcida á los hermanos, pero muchas mas á Polydoro que á Clenarda, por la presuncion que tenia, que con Marcelio se habia ido, dexándola en la desierta isla, como habeis oido. Pero queriendo Felicia aclarar estos errores, y dar fin á tantas desdichas, habló así: hermosa Alcida, por mas que la fortuna con desventuras muy grandes se ha mostrado tu enemiga, no negarás, que con el contento que agora tienes, de todas sus injurias no estés cumplidamente vengada. Y porque el engaño, que hasta agora tuviste, aborresciendo sin razon á tu Marcelio, si vives

mas en él, es bastante para alterar tu corazón, y darle mucho desabrimiento, será inenester que de tu error y sospecha quedes desengañada. Lo que de Marcelio presumes, es al revés de lo que piensas: porque dexarte allí en la isla no fue culpa suya, sino de un traidor y de la fortuna. La qual por satisfacer el daño que te hizo, te ha encaminado á mí, en cuya boca no hallarás cosa agena de verdad. Todo lo que acerca desto pasa, tu hermana Clenarda largamente lo dirá: oye su razón, y da crédito á sus palabras, que por mí te juro que quantas cosas sobre ello te contará, serán certísimas y verdaderas. Comenzó entónçes Clenarda á contar el caso como habia pasado, desculpando á Marcelio y á sí, recitando largamente la grande traicion y maldad de Bartofano, y todo lo

demas que está contado. Oido lo qual, Alcida quedó muy satisfecha, y junto con el engaño salió de su corazon el aborrescimiento. Y tanto por estar fuera del error pasado, como por la obra que las poderosas palabras de Felicia hacian en su alma, comenzó á despertarse en ella el adormido amor, y avivarse el sepultado fuego, y como tal le dixo á Felicia: sabia señora, bien conozco el yerro mio, y la merced que me hiciste en librar-me dél, pero si yo desengañada amo á Marcelio, estando él ausente, como está, no tendré el cumplimiento de alegría que de tu mano espero, ántes recibiré tan estremada pena, que para el remedio della será menester que me hagas nuevos favores. Respondió á esto Felicia: buena señal es de amor tener miedo de la ausencia, pero esta no te dañará mucho, pues yo tomé á

cargo tu salud. El sol ya sus rayos ha escondido, y es hora de recogerse: vete con tu padre y hermanos á reposar, que mañana hablaremos en lo demas. Dicho esto se salió del jardin, y lo mesmo hicieron Eugerio y sus hijas, yendo á los aposentos del palacio, que Felicia les tenia señalados, que estaban apartados de los de Marcelio y sus compañeras. Quedaron un rato Don Felix y Felismena, los otros pastores y pastoras entorno de la fuente; pero luego se fueron á cenar, dexando concertado de volver allí al dia siguiente una hora ántes del dia, para gozar de la frescura de la mañana. Pues como la esperanza del placer les hiciese pasar la noche con cuidado, todos madrugaron tanto, que ántes de la hora concertada acudieron con sus instrumentos á la fuente. Eugerio con el hijo y hijas

avisado de la música madrugó, y fué tambien allá. Comenzáron á tañer, cantar y mover grandes juegos y bullicios á la lumbré de la Luna, que con lleno y resplandeciente gesto los alumbraba, como si fuera dia. Marcelio, Diana y Ismenia dormian en dos aposentos, el uno al lado del otro, cuyas ventanas daban en el jardin. Y aunque por ellas no podian ver la fuente, á causa de unos espesos y altos álamos, que lo estorbaban, pero podian oír lo que entorno della se hablaba. Pues como al bullicio, regocijo y cantares de los pastores Ismenia recordase, despertó á Diana, y luego Diana dando golpes en la pared, que los dos aposentos dividia, despertó á Marcelio, y todos se asomáron á las ventanas, donde estuviéron sin ser vistos ni conocidos. Marcelio se paró á escuchar, si por ven-

tura sentiria la voz de Alcida. Diana estaba muy atenta por oir la de Syreno. Sola Ismenia no tenia confianza de oir á Montano, pues no sabia que allí estuviese. Pero ella tuvo mas ventura, porque á la sazón un pastor al son de su zampoña cantaba deste modo:

SEXTINA.

La hermosa, rubicunda y fresca

Aurora

ha de venir tras la importuna
noche:

sucede á la tiniebla el claro
dia,

las Ninfas salirán al verde
prado,

y el ayre sonará el suave
canto

y dulce son de cantadoras
aves.

Yo soy ménos dichoso que las
aves

que saludando están la alegre
Aurora,
mostrando allí regocijado can-
to,
que al alva triste estoy como
la noche,
ó esté desierto, ó muy florido
el prado,
ó esté ñubloso, ó muy sereno
el dia.

En hora desdichada y triste dia
tan muerto fuí, que no po-
drán las aves,
que en la mañana alegran
monte y prado,
ni el rutilante gesto de la
Aurora
de mi alma desterrar la escura
noche,
ni de mi pecho el lamentable
canto.

Mi voz no mudará su triste
canto,
ni para mí jamás será de dia:

ántes me perderé en perpetua
 noche,
 aunque me canten las parleras
 aves,
 y mas madrugue la purpúrea
 Aurora
 para alumbrar , y hacer fe-
 cundo el prado.

¡Ay enfadosa huerta! ¡ay triste
 prado!
 pues la que oír no puede este
 mi canto,
 y con rara beldad vence la
 Aurora,
 no alumbra con su gesto vues-
 tro día:
 no me canseis , ay , importu-
 nas aves,
 porque sin ella vuestra Auro-
 ra es noche.

En la quieta y sosegada no-
 che,
 quando en poblado , monte,
 valle y prado

reposan los mortales y las
aves,
esfuerzo mas el congojoso
canto,
haciendo lloro igual la noche
y dia,
en la tarde, en la siesta y en
la Aurora.

Sola una Aurora ha de vencer
mi noche,
y si algun dia ilustrará este
prado,
darme ha contento el canto de
las aves.

Luego Ismenia, que por la
ventana estuvo escuchando, co-
noscio que el que cantaba era
su esposo Montano, y recibió
tanto gozo de oirle, como dolor
en sentir lo que cantaba. Por-
que presumió que la pena, de
que en su cancion decia estar
atormentado, era por otra, y
no por ella. Pero luego quedó

desengañada ; porque oyó que en acabando de cantar Montano dió un suspiro , y dixo : ¡ ay fatigado corazon , quán mal te fué en dar crédito á tu sospecha , y quán justamente padeces los males que tu misma liviandad te ha procurado ! ¡ ay mi querida Ismenia , quánto mejor fuera para mí que tu sobrado amor no te forzara á buscarme por el mundo , para que quando yo , conocido mi error , á la aldea volviera , en ella te hallára ! ¡ ay engañosa Sylveria , quán mala obra heciste al que de su niñez te las hizo tan buenas ! Mas yo te agradesciera el desengaño , que despues me diste , declarándome la verdad , si no llegára tan tarde , que no aprovecha sino para mayor pena. Ismenia oido esto se tuvo por bienaventurada , y recibió tanto gozo , que no se puede imaginar. Las lágrimas le salie-

ron por los ojos de placer , y como aquella que vió cercana la fin de sus fatigas, dixo: ciertamente ha llegado el tiempo de mi ventura , verdaderamente esta casa es hecha para remedio de penados. Marcelio y Diana se holgáron en extremo de la alegría de Ismenia , y tuviéron esperanza de la suya. Quería Ismenia en todo caso salir de su aposento , y baxar al jardín : y al tiempo que Marcelio y Diana la detenian, paresciéndoles que debia esperar la voluntad de Felicia, oyéron nuevos cantos en la fuente, y conoció Diana que eran de Syreno. Ismenia y todos se sosegáron, por no estorvar á Diana el oír la voz de su amado , y sintiéron que decía así:

SYRENO.

Goze el amador contento

de verse favorecido,
yo con libre pensamiento
de ver ya puesto en olvido
todo el pasado tormento.

Que tras mucho padecer,
los favores de muger
tan tarde solemos vellos,
que el mayor de todos ellos
es no haberlos menester.

A Diana regraciad,
ojos, todo el bien que os vino:
vida os dió su crueldad,
su desden abrió el camino
para vuestra libertad.

Que si penando por ella,
fuera tres veces mas bella,
y en todo extremo me amára,
tan contento no quedára
como estoy de no querella.

Vea yo, Diana, en tí
un dolor sin esperanza,
hiérate el Amor así,

que yo en tí tenga venganza
de la que tomaste en mí.

Porque seria tan fiero
á tu dolor lastimero,
que si allí á mis pies tendida
me demandases la vida,
te diria que no quiero.

Dios ordene que , pastora,
tú me busques, yo me esconda,
tú digas : Mírame agora,
y que yo entónces responda:
Zagala , vete en buen hora.

Tú digas : Yo estoy penando,
y tú me vas desechando,
¿qué novedad es aquesta?
y yo te dé por respuesta:
Írme , y dexarte llorando.

Si lo dudas , yo te ofrezco
que esto y aun peor haré,
que por tí ya no padezco,
porque tanto no te amé,
quanto agora te aborrezco.

Y es bien que te eche en olvido
quien por tí tan loco ha sido,
que de haberte tanto amado,
estuvo entónces penado,
y agora queda corrido.

Porque los casos de amores
tienen tan triste ventura,
que es mejor á los pastores
gozar libertad segura,
que aguardar vanos favores.

¡O Diana, si me oyeses
para que claro entendieses
lo que siente el alma mia!
que mejor te lo diria,
quando presente estuvieses.

Pero mejor será estarte
en lugar de mí apartado,
porque perderé gran parte
del placer destar vengado
con el pesar de mirarte.

No te vea yo en mis dias,
porque á las entrañas mias

les será dolor mas fiero
verte, quando no te quiero,
que quando no me querias.

Acontecióle á Diana como á los que acechan su mesmo mal; pues de oír los reproches y determinaciones de Syreno, sintió tanto dolor, que no me hallo bastante para contarle, y tengo por mejor dexarle al juicio de los discretos. Basta saber que pensó perder la vida, y fué menester que Ismenia y Marcellio la consolasen y esforzasen con las razones que á tan encarecida pena eran suficientes: y una dellas fué decirle que no era tan poca la sabiduría de Felicia, en cuya casa estaban, que á mayores males no hubiese dado remedio, segun en Ismenia desdeñada de Montano poco ántes se habia mostrado. Con lo qual Diana un tanto se consoló. Estando en estas pláticas, co-

menzando ya la dorada Aurora á descubrirse, entró por aquella cámara la Ninfa Arethea, y con gesto muy apacible les dixo:preciados caballeros y hermosas pastoras, tan buenos y venturosos días tengais, como á vuestro merecimiento son debidos. La sabia Felicia me envia acá para que sepa, si os hallasteis esta noche con mas contento del acostumbrado, y para que vengais conmigo al ameno jardin, donde tiene que hablaros. Mas conviene que tú, Marcelio, dexes el hábito de pastor, y te vistas estas ropas que aquí te traigo, á tu estado pertenecientes. No esperó Ismenia que Marcelio respondiese de placer de la buena nueva, sino que dixo: los buenos y alegres días, venturosa Ninfa, que con tu vista nos diste, Dios por nosotros te los pague, pues nosotros no bastamos á satisfacer por

tanta deuda. El contento que de nosotros quieres saber, con solo estar en esta casa seria muy grande, quanto mas que habemos sido esta mañana en ella tan dichosos, que yo he cobrado vida, y Marcelio y Diana esperanza de tenella. Mas porque á la voluntad de tan sabia señora como Felicia en todo se obedezca, vamos al jardin donde dices, y ordene Felicia de nosotros á su contento. Tomó entonces Arethea de las manos de otra Ninfa, que con ella venia, las ropas que Marcelio habia de ponerse, y de su mano le ayudó á vestirlas, y eran tan ricas y tan guarnecidas de oro y piedras preciosas, que tenian infinito valor. Saliéron de aquella quadra, y siguiendo todos á Arethea, por una puerta del palacio entráron al jardin. Estaba este vergel por la una parte cerrado con la corriente de

un caudaloso rio , tenia á la otra parte los suntuosos edificios de la casa de Felicia , y las otras dos partes unas paredes almenadas cubiertas de jazmin , madreselva , y otras hierbas y flores agradables á la vista. Pero de la amenidad deste lugar se trató abundantemente en el quarto libro de la primera parte. Pues como entrasen en él , viéron que Sylvano y Selvagia apartados de los otros pastores estaban en un pradecillo , que junto á la puerta estaba. Allí Arethea se despidió de ellos , diciéndoles que aguardasen allí á Felicia , porque ella habia de volver al palacio para dalle razon de lo que por su mandado habia hecho. Sylvano y Selvagia , que allí estaban , conosciéron luego á Diana , y se maravilláron de vella. Conoció tambien Selvagia á Ismenia , que era de su mesmo lugar , y así se hicieron

grandes fiestas, y se diéron muchos abrazos, alegres de verse en tan venturoso lugar, despues de tan largo tiempo. Selvagia entóncees con faz regocijada les dixo: bien venida sea la bella Diana, cuyo desamor dió ocasion, para que Sylvano fuese mio, y bien llegada la hermosa Ismenia, que con su engaño me causó tanta pena, que por remedio della vine aquí, donde la troqué con un feliz estado. ¿Qué buena ventura aquí os ha encaminado? La que recebimos, dixo Diana, de tu vista, y la que esperamos de la mano de Felicia. ¡Ó dichosa pastora, quán alegre estoy del contento que ganaste! hágate Dios de tan próspera fortuna, que gozes de él por muchísimos años. Marcelio en estas razones no se travesó, porque á Sylvano y Selvagia no conosciá. Pero en tanto que los pastores estaban

entendiendo en sus pláticas y cortesías, estuvo mirando un caballero y una dama que travados de las manos, con mucho regocijo por un corredor del jardín iban paseando. Contentóse de la dama, y le dió el espíritu, que otras veces la habia visto. Pero por salir de duda, llegándose á Sylvano le dixo: aunque sea descomedimiento estorvar vuestra alegre conversacion, querria, pastor, que me dixeses, quién son el caballero y dama que allí pasean. Aquellos son, dixo Sylvano, Don Felix y Felismena marido y muger. Á la hora Marcelio, oido el nombre de Felismena, se alteró, y dixo: dime, ¿cuya hija es Felismena? ¿y dónde nació? si acaso lo sabes, porque de Don Felix no tengo mucho cuidado. Muchas veces le oí contar, respondió Sylvano, que su tierra era Soldina, ciudad de la

Provincia Vandalia , su padre Andronio , y su madre Delia. Mas hacedme placer de decirme quién sois , y por qué causa me hacéis semejante pregunta. Mi nombre , respondió Marcelio , y todo lo demas lo sabrás despues. Pero por me hacer merced , que , pues tienes conoscencia con ese Felix y Felismena , les digas que me den licencia para hablarles , porque quiero preguntarles una cosa , de que puede resultar mucho bien y alegría para todos. Pláceme , dixo Sylvano , y luego se fué para Don Felix y Felismena , y les dixo que aquel caballero que allí estaba , queria , si no les era enojoso , tratar con ellos ciertas cosas. No se detuviéron un punto , sino que viniéron donde Marcelio estaba. Despues de hechas las debidas cortesías , dixo Marcelio , hablando contra Felismena : hermosa dama , á

este pastor pregunté , si sabia tu tierra y tus padres , y me dixo lo que acerca dello por tu relacion sabe: y porque conozco un hombre que es natural de la misma ciudad , que , si no me engaño , es hijo de un caballero, cuyo nombre se parece al de tu padre , te suplico me digas , si tienes algun hermano , y cómo se nombra , porque quizá es este que yo conozco. Á esto Felismena dió un suspiro y dixo: ¡ay preciado caballero , cómo me tocó en el alma tu pregunta! Has de saber que yo tuve un hermano , que él y yo nascimos de un mesmo parto. Siendo de edad de doce años , le envió mi padre Andronio á la Corte del Rey de Lusitanos , donde estuvo muchos años. Esto es lo que yo sé dél , y lo que una vez conté á Sylvano y Selvagia , que son presentes , en la fuentes de los alisos , despues que libré unas

Ninfas, y maté ciertos salvages en el prado de los laureles. Despues acá no he sabido otra cosa dél sino que el Rey le envió por Capitan en la costa de Africa, y como yo tanto tiempo ha que ando por el mundo, siguiendo mis desventuras, no sé si es muerto, ni vivo. Marcelio entonces no pudo detenerse mas, sino que dixo: muerto he sido hasta agora, hermana Felismena, por haber carescido de tu vista, y vivo de hoy adelante, pues he sido venturoso de verte. Y diciendo esto, estrecha y amorosamente la abrazó. Felismena reconociendo el gesto de Marcelio, vió que era aquel mesmo que ella desde su niñez tenia pintado en la memoria, y cayó luego en la cuenta que era su proprio hermano. Fué grande el regocijo que pasó entre los hermanos y cuñado, y grande el placer que sintieron Sylvano

y las pastoras de verlos tan contentos. Allí se dixéron amorosas palabras , allí se derramáron tristes lágrimas , allí se hicieron muchas preguntas , allí se prometieron esperanzas , allí se hicieron determinaciones , y se habláron y hicieron cosas de mucho descanso. Gastáron en esto larga una hora , y aun era poco , segun lo mucho que despues de tan larga ausencia , tenían que tratar. Mas para mejor y con mas sosiego entender en ello , se asentáron en aquel pradecillo , baxo de unos sauces , cuyos entretexidos ramos hacian estancia sombría y deleitosa , defendiendolos del radiante sol , que ya con algun ardor asomaba por el hemisferio.

En tanto que Marcelio , Don Felix , Felismena , Sylvano y las pastoras entendian en lo que tengo dicho , al otro cabo del jardin junto á la fuente

estaban, como tengo dicho, Eugerio, Polydoro, Alcida y Cle-narda. Alcida aquel dia habia dexado las ropas de pastora por mandado de Felicia, vestiéndose y adrezándose ricamente con los vestidos y joyeles que para ello le mandó dar. Pues como allí estuviesen tambien Syreno, Montano, Arsileo y Belisa cantando y regocijándose, holgaban mucho Eugerio y sus hijos de escucharlos. Y lo que mas les contentó fué una cancion que Syreno y Arsileo cantáron el uno contra, y el otro en favor de Cupido. Porque cantáron con mas voluntad, con esperanza de una copa de cristal, que Eugerio al que mejor pareciese habia prometido. Y así Syreno al son de su zampoña, y Arsileo de un rabel, comenzáron deste modo:

SYRENO.

Ojos , que estais ya libres del
 tormento,
 con que mi estrella pudo em-
 belesaros,
 ó alegre , ó sosegado pensa-
 miento,
 ó esquivo corazon , quiero
 avisaros,
 que pues le dió á Diana des-
 contento
 veros , pensar en vos , y bien
 amaros,
 vuestro consejo tengo por muy
 sano
 de no mirar , pensar , ni amar
 en vano.

ARSILEO.

Ojos , que mayor lumbre habeis
 ganado
 mirando el Sol que alumbra en
 vuestro dia,
 pensamiento en mil bienes
 ocupado,
 corazon , aposento de ale-
 gría,

si no quisiera verme, ni
 pensado
 hubiera en me querer Belisa
 mia,
 tuviera por dichosa y alta
 suerte
 mirar, pensar, y amar hasta
 la muerte.

Ya queria Syreno replicar á
 la respuesta de Arsileo, quando
 Eugerio le atajó, y dixo: pas-
 tores, pues habeis de recibir el
 premio de mi mano, razon será
 que el cantar sea de la suerte
 que á mí mas me contenta. Can-
 ta tú primero, Syreno, todos
 los versos que tu Musa te dic-
 táre, y luego tú, Arsileo, dirás
 otros tantos, ó los que te pares-
 ciere. Plácenos, dixéron, y Sy-
 reno comenzó así:

SYRENO.

Alégrenos la hermosa primave-
 ra,

vístase el campo de olorosas
flores,
y reverdezca el valle, el bos-
que y prado.

Las reses enriquezcan los pas-
tores,
el lobo hambriento crudamen-
te muera,
y medre y multiplíquese el
ganado.

El río apresurado
lleve abundancia siempre de
agua clara;
y tú, Fortuna avara,
vuelve el rostro de crudo y
variable
muy firme y favorable;
y tú, que los espíritus enga-
ñas,
maligno Amor, no aquejes
mis entrañas.

Dexa vivir la pastoril llane-
za
en la quietud de los desiertos
prados,

y en el placer de la silvestre
vida.

Descansen los pastores descui-
dados,

y no pruebes tu furia y for-
taleza

en la alma simple, flaca y
desvalida.

Tu llama esté encendida

en las soberbias cortes, y en-
tre gentes

bravosas y valientes;

y para que gozando un dulce
olvido,

descanso muy cumplido

me den los valles, montes y
campañas,

maligno Amor, no aquejes
mis entrañas.

¿En qué ley hallas tú que esté
sujeto

á tu cadena un libre entendi-
miento,

y á tu crueldad un alma des-
cansada?

¿En quien mas huye tu áspero
tormento,

haces, iniquo Amor, mas cru-
do efeto?

¡ó sinrazon jamás acostum-
brada!

Ó crueldad sobrada!

¿no bastaria, Amor, ser pó-
deroso,

sin ser tan riguroso?

¿no basta ser señor, sino
tirano?

¡ó niño ciego y vano!

¿por qué bravo te muestras y
te ensañas

con quien te da su vida y sus
entrañas?

Recibe engaño y torpemente
yerra

quien Dios te nombra, siendo
cruda llama,

ardiente, embravescida y fu-
riosa.

Y tengo por mas simple el que
te llama

o hijo de aquella Venus, que en
la tierra

fué blanda, regalada y amo-
rosa.

Y á ser probada cosa

que ella pariese un hijo tan
malino,

yo digo y determino

que en la ocasion y causa de
los males

o entrambos sois iguales:

ella, pues te parió con tales
mañas,

y tú, pues tanto aquejas las
entrañas.

Las mansas ovejuelas van hu-
yendo

o los carniceros lobos, que pre-
tienden

o sus carnes engordar con pas-
to ageno.

Las benignas palomas se de-
fienden

o y se recogen todas en oyen-
do

el bravo son del espantoso
trueno.

El bosque y prado ameno,
si el cielo el agua clara no le
envia,
la pide á gran porfia,
y á su contrario cada qual
resiste;
solo el amante triste
sufre tu furia y ásperas ha-
zañas,
y dexa que deshagas sus en-
trañas.

Una pasión que no puede encu-
brirse,
ni puede con palabras decla-
rarse,
y un alma entre temor y amor
metida:

Un siempre lamentar sin consó-
larse,
un siempre arder, y nunca
consumirse,
y estar muriendo, y no acabar
la vida.

Una pasión crecida,
 que pasa el que bien ama es-
 tando ausente,
 y aquel dolor ardiente,
 que dan los tristes zelos y te-
 mores,
 estos son los favores,
 Amor, con que las vidas
 acompaña,
 perdiendo y consumiendo las
 entrañas.

Arsileo, acabada la canción de Syreno, comenzó á tañer su rabel, y despues de haber tañido un rato, respondiendo particularmente á cada estanza de su competidor, cantó desta suerte:

ARSILEO.

Mil meses dure el tiempo que
 colora,
 matiza y pinta el seco y triste
 mundo,
 renazcan hierbas, hojas, fru-
 tas, flores.

El suelo estéril hágase fecundo,
 Ecco, que en las espesas sil-
 vas mora,
 responda á mil cantares de
 pastores.

Revivan los amores,
 que el enojoso hivierno ha se-
 pultado:
 y porque en tal estado
 mi alma tenga todo cumpli-
 miento
 de gozo y de contento,
 pues las fatigas ásperas en-
 gañas,
 benigno Amor, no dexes mis
 entrañas.

No presumais, pastores, de go-
 zaros
 con cantos, flores, rios, pri-
 maveras,
 si no está el pecho blando y
 amoroso.

¿Á quién cantais canciones pla-
 centeras?

¿á qué sirve de flores coronaros?

¿cómo os agrada el río caudaloso?

¿Ni el tiempo deleitoso?

Yo á mi pastora canto mis amores,

y le presento flores,

y asentado par della en la ribera

gozo la primavera:

y pues son tus dulzuras tan estrañas,

benigno Amor, no dexes mis entrañas.

La sabia antigüedad Dios te ha nombrado,

viendo que con supremo poderío

siempre executas hechos milagrosos.

Por tí está un corazón ardiente y frío,

por tí se muda el torpe en avisado,

por tí los flacos tornan animosos.

Los Dioses poderosos
 en aves y alimañas conver-
 tidos,
 y Reyes sometidos
 á la fuerza de un gesto y de
 unos ojos,
 han sido los despojos
 de tus proezas é ínclitas ha-
 zañas,
 con que conquistas todas las
 entrañas.

Vivia en otro tiempo en gran
 torpeza,
 con simple y adormido enten-
 dimiento
 en codiciosos tratos ocupado.
 Del dulce amor no tuve senti-
 miento,
 ni en gracia, habilidad y gen-
 tileza
 era de las pastoras alabado:
 Agora coronado
 estoy de mil victorias alcan-
 zadas
 en luchas esforzadas,

en tiros de la honda muy
certeros,
y en cantos placenteros,
despues que tú ennobleces y
acompañas,
benigno Amor, mi vida y mis
entrañas.

¿Qué mayor gozo puede rece-
birse,
que estar la voluntad de amor
captiva,
y á él los corazones sometidos?
Que aunque algunos ratos se
resciba
algun simple disgusto, ha de
sufrirse
á vueltas de mil bienes esco-
gidos.

Si viven afligidos
los tristes sin ventura enamo-
rados,
de estar atormentados
echen la culpa al tiempo y la
fortuna,
y no den queja alguna.

contra tí, Amor, que con benignas mañas
tiernas y blandas haces las
entrañas.

Mirad un gesto hermoso, y lindos ojos,
que imitan dos clarísimas estrellas,
que al alma envían lumbre esclarecida.

El contemplar la perfición de aquellas
manos, que dan destierro á los enojos,
de quien en ellas puso gloria y vida,

Y la alegría crecida,
que siente el que bien ama y es amado,
y aquel gozo sobrado
de tener mi pastora muy contenta,
lo tengo en tanta cuenta,
que aunque á veces te arrecias
y te ensañas,

Amor, huelgo que estés en mis entrañas.

Á todos generalmente fuéron muy agradables las canciones de los pastores. Pero viniendo Eugerio á dar el prez al que mejor habia cantado, no supo tan presto determinarse. Apartó á una parte á Montano para tomar su voto, y lo que á Montano le pareció fué, que tan bien habia cantado el uno como el otro. Vuelto entónces Eugerio á Syreno y Arsileo, les dixo: habilísimos pastores, mi parecer es que fuisteis iguales en la destreza, y sin igual en todas estas partes, y aunque el antiguo Palemon resuscitase, no hallaria mejoría entre vuestras habilidades. Tú, Syreno, eres digno de la copa de cristal, y tú tambien, Arsileo, la mereces. De manera que seria haceros agravio, señalar á nadie

vencedor ni vencido. Pues resolviéndome con el parecer de Montano, digo que tú, Syreno, tomes la copa cristalina, y á tí, Arsileo, te doy esta otra de Calcedonia, que no vale ménos. Á entrambos os doy copas de un mismo valor, entrambas de la vaxilla de Felicia, y á mí por su liberalidad presentadas. Los pastores quedáron muy satisfechos del prudente juicio, y de los ricos premios del liberal Eugerio, y por ello le hicieron muchas gracias. Á esta sazón Alcida acordándose del tiempo pasado, dixo: si el error, que tanto tiempo me ha engañado, hasta agora durára, no consintiera yo, que Arsileo llevára premio igual con el de Syreno. Mas agora que estoy libre dél, y captiva del amor de Marcelio mi esposo, por la pena que me da su ausencia, estöy bien con lo que canto Syreno, y por el

deleite que espero , alabo la cancion de Arsileo. ¡Mas ay , descuidado Syreno! guarda no sean las quejas , que tienes de Diana, semejantes á las que tuve yo de Marcelio , porque no te pese, como á mí, del aborrescimiento. Sonrióse á esto Syreno , y dixo: ¿qué mas justas quejas se pueden tener de una pastora , que despues de haberme dexado, tomar un desastrado por marido? Respondió entónces Alcida: harto desastrado ha sido él , despues que á mí me vido : y porque viene á propósito , quiero contarte lo que ayer , estorvada por Felicia , no pude decirte, quando hablabamos en las cosas de Diana. Y esto á fin que deseches el olvido , sabiendo la desventura que mi desamor le causó al malaventurado Delio. Ya te dixé como estuve hablando y cantando con Diana en la fuente de los alisos , y como llegó

allí el zeloso Delio, y luego tras él en hábito de pastor el congojado Marcelio, de cuya vista quedé tan alterada, que dí á huir por una selva. Lo que despues me aconteció fué, que quando llegué á la otra parte del bosque, sentí de muy léjos una voz que decia muchas veces: *Alcida, Alcida, espera, espera*. Pensé yo que era Marcelio, que me seguia, y por no ser alcanzada, con mas ligereza, corrida, iba huyendo. Pero por lo que despues sucedió, supe que era Delio marido de Diana, que tras mí corriendo venia. Porque como yo de haber corrido mucho viniese á cansarme, hube de ir tan á espacio, que llegó en vista de mí. Conoscíle, y paréme, para ver lo que queria, no pensando la causa de su venida, y él quando me estuvo delante, fatigado del camino y turbado de su congoja, no pudo

hablarme palabra. Al fin con torpes y desbaratadas razones me dixo que estaba enamorado de mí, y que le quisiese bien, y no sé qué otras cosas me dixo, que mostráron su poco caudal. Yo reíme dél, á decir la verdad, y con las razones que supe decirle, procuré de consolarle, y hacerle olvidar su locura; pero nada aprovechó, porque quanto mas le dixé, mas loco estaba. Por mí fe te juro, pastor, que no ví hombre tan perdido de amores en toda mi vida. Pues como yo prosiguiese mi camino, y él siempre me siguiese, llegamos juntos á una aldea que una legua de la suya estaba, y como allí viese mi aspereza, y le desamparase del todo la esperanza, de puro enojo adolesció. Fué hospedado allí por un pastor que le conocia, el qual luego en la mañana dió aviso á su madre de su enfermedad. Vino

la madre de Delio con gran congoja y mucha presieza, y halló su hijo, que estaba abrasándose con una ardentísima calentura. Hizo muchos llantos, y le importunó le dixese la causa de su dolencia, pero nunca quiso dar otra respuesta, sino llorar y suspirar. La amorosa madre con muchas lágrimas le decia: ¡ó hijo mio! ¿qué desdicha es esta? no me encubras tus secretos, mira que soy tu madre, y aun podrá ser que sepa de ellos algo. Tu esposa me contó á noche, que en la fuente de los alisos la dexaste, yendo tras no sé qué pastora: dime si nasce de aquí tu mal, no tengas empacho de decirlo: mira que no puede bien curarse la enfermedad, si no se sabe la causa della. ¡Ó triste Diana! tú partiste hoy para el templo de Felicia por saber nuevas de tu marido, y él estaba mas cerca de tu lugar, y aua

mas enfermo de lo que pensabas. Quando Delio oyó las palabras de su madre, no respondió palabra, sino que dió un gran suspiro, y de entónces se dobló su dolor: porque ántes solo el amor le aquejaba, y entónces fué de amor y zelos atormentado. Porque como él supiese que tú, Syreno, estabas aquí en casa de Felicia, oyendo que Diana era venida acá, temiendo que no reviviesen los amores pasados, vino en tanta frenesía, y se le arreció el mal de tal manera, que combatido de dos bravísimos tormentos, con un desmayo acabó la vida con mucho dolor de su triste madre, parientes y amigos. Yo cierto me dolí dél, por haber sido causa de su muerte, pero no pude hacer mas, por lo que á mi contento y honra convenia. Sola una cosa mucho me pesa, y es que ya que no le hice buenas obras, no le

dí á lo ménos buenas palabras, porque por ventura no viniera en tal extremo. En fin yo me vine acá , dexando muerto al triste , y á sus parientes llorando , sin saber la causa de su dolencia. Esto te dixé á propósito del daño que hace un bravo olvido , y tambien para que sepas la viudez de tu Diana , y pienses , si te conviene mudar intento , pues ella mudó el estado. Pero espántome que , segun la madre de Delio dixo , Diana partió ayer para acá , y no veo que haya llegado. Atento estuvo Syreno á las palabras de Alcida , y como supo la muerte de Delio se le alteró el corazon. Allí hizo gran obra el poder de la sabia Felicia , que aunque allí no estaba , con poderosas hierbas y palabras , y por muchos otros medios procuró que Syreno comenzase á tener aficion á Diana. Y no fué gran maravilla , por-

que los influxos de las celestes estrellas tanto á ello le inclinaban, que pareció no ser nacido Syreno sino para Diana, ni Diana sino para Syreno.

Estaba la sapientísima Felicia en su riquísimo palacio, rodeada de sus castas Ninfas obrando con poderosos versos lo que á la salud y remedio de todos estos amantes convenia. Y como vió desde allí con su sabiduría, que ya los engañados Montano y Alcida habian conocido su error, y el esquivo Syreno se habia ablandado, conoció ser ya tiempo de rematar los largos errores y trabajos de sus huéspedes con alegres y no pensados regocijos. Saliendo de la suntuosa casa en compañía de Dorida, Cyntia, Polydora y otras muchas Ninfas, vino al amenísimo jardin, donde los caballeros, damas, pastores y pastoras estaban. Los primeros

que allí vió fuéron Marcelio, Don Felix, Felismena, Sylvano, Selvagia, Diana y Ismenia, que á la una parte del vergel en el pradecillo, como dixé, junto á la puerta principal estaban asentados. En ver llegar á la venerable dueña todos se levantáron, y le besáron las manos, donde tenian puesta su esperanza. Hízoles ella benigno recogimiento, y señalóles que la siguiesen, y ellos lo hicieron de voluntad. Felicia seguida de la amorosa compañía, travesado todo el jardin, que grandísimo era, vino á la otra parte dél, á la fuente donde Eugerio, Polydoro, Alcida, Clenarda, Syreno, Arsileo, Belisa y Montano estaban. Alzáronse todos en pie por honra de la sabia matrona: y quando Alcida vió á Marcelio, Syreno á Diana, y Montano á Ismenia, se quedáron atónitos, y les pareció sueño, ó encanta-

miento, no dando crédito á sus mismos ojos. La sabia mandando á todos que se asentasen, mostrando querer hablar cosas importantes, sentada en medio de todos ellos en un escaño de marfil habló desta manera: señalado y hermoso ajuntamiento, llegada es la hora que determino daros á todos de mi mano el deseado contentamiento, pues á ese fin por diferentes medios y caminos os hice venir á mi casa. Todos estais aquí juntos, donde mejor podré tratar lo que á vuestra vida satisface. Por eso yo os ruego que os contenteis de mi voluntad, y obedezcais á mis palabras. Tú, Alcida, quedaste de tu sospecha desengañada por relacion de tu hermana Cienarda. Conoscido tenia, que despues que desechaste aquel cruel aborrescimiento, sentias mucho estar ausente de Marcelio. Ofrecíte que esta au-

sencia no seria larga, y ha sido tan corta, que al tiempo que della te me quejabas, estaba ya Marcelio en mi casa. Agora le tienes delante, tan firme en su primera voluntad, que si á tí placirá, y á tu padre y hermanos les estará bien, se tendrá por dichoso de efectuar contigo el prometido casamiento. El qual, allende que por ser de tan principales personas, ha de dar grande regocijo, le dará mas cumplido á causa de la hermana Felismena, que Marcelio despues de tantos años halló en mi casa. Tú, Montano, de la mesma Sylveria, que te engañó, quedaste avisado de tu error. Llorabas por haber perdido tu muger Ismenia: agora viene á vivir en tu compañía, y á dar consuelo á tu congoja, despues que por toda España con grandes peligros y trabajos te ha buscado. Falta agora que te dé

remedio, hermosa Diana. Mas para ello quiero primero avisarte de lo que Syreno y algunos destos pastores por relacion de Alcida saben, aunque sea cuento que ha de lastimar tu corazon. Tu marido Delio, hermosa pastora, como plugo á las inexôrables Parcas, acabó sus dias. Bien conozco que tienes alguna razon de lamentar por él, pero en fin todos los hombres están obligados á pagar este tributo, y lo que es tan comun, no debe á nadie notablemente fatigar. No llores, hermosa Diana, que me rompes las entrañas en verte derramar esas dolorosas lágrimas: enjuga agora tus ojos, y consuela agora tu dolor. No vistas ropas de luto, ni hagas sobrado sentimiento, porque en esta casa no se sufre largo ni demasiado llanto, y tambien porque mejor ventura de la que tenias, te tiene el cielo guarda-

da. Y pues á lo hecho no se puede dar remedio, á tu prudencia toca agora olvidar lo pasado, y á mi poder conviene dar órden en lo presente. Aquí está tu amador antiguo Syreno, cuyo corazon por arte mia, y por la razon que á ello le obliga, está tan blando y mudado de la pasada rebeldía, como es menester para que sea contento de casarse contigo. Lo que te ruego es que obedezcas á mi voluntad, en cosa que tanto te conviene: porque, aunque parezca hacer agravio al marido muerto, casarse tan prestamente, por ser cosa de mi mano, y haber entrevenido en ella mi decreto y autoridad, no será tenida por mala. Y tú, Syreno, pues comenzaste á dar lugar en tu corazon al loable y honesto amor, acaba ya de entregarle tus entrañas, y efectuese este alegre y bien afortuna-

do casamiento , al cumplimiento del qual son todas las estrellas favorables. Todos los restantes, que en este deleitoso jardin teneis aparejo de contentamiento , alegrad vuestros ánimos , moved regocijados juegos , tañed los concertados instrumentos , entonad apacibles cantares , y entended en agradables conversaciones , por honra y memoria destes alegres desengaños , y venturosos casamientos.

Acabada la razon de la sabia Felicia , todos fuéron muy contentos de hacer su mandado , paresciéndoles bien su voluntad , y maravillándose de su sabiduria. Montano tomó por la mano á su muger Ismenia , juzgándose entrambos dichosos y bienaventurados: y entre Marcelio y Alcida , y Syreno y Diana fué al instante solemnizado el honesto y casto

matrimonio con la firmeza y ceremonia debida.

Los demas alegres de los felices acontecimientos , movieron grandes cantos. Entre los quales Arsileo por la voluntad que á Syreno tenia , y por la amistad que habia entre los dos , al son de su rabel cantó en memoria del nuevo casamiento de Syreno lo siguiente:

VERSOS FRANCESES.

De flores matizadas se vista el
verde prado,
retumbe el hueco bosque de
voces delectosas,
olor tengan mas fino las coloradas
rosas,
floridos ramos mueva el viento
sosegado.
El rio apresurado
sus aguas acreciente,
y pues tan libre queda la fatigada
gente

del congojoso llanto,
 moved, hermosas Ninfas, re-
 gocijado canto.

Destierre los ñublados el preful-
 gente dia,
 despida el alma triste los ás-
 peros dolores,
 esfuerzen mas sus voces los
 dulces ruiseñores,
 la fuente pura y clara señale
 su alegría.

Y pues por nueva via
 con firme casamiento,
 de un desamor muy crudo se
 saca un gran contento,
 vosotras entre tanto
 moved, hermosas Ninfas, re-
 gocijado canto.

¿Quién puede hacer mudarnos
 la voluntad constante,
 y hacer que la alma trueque
 su firme presupuesto?
 ¿quién puede hacer que ame-
 mos aborrescido gesto

y el corazon esquivo hacer
dichoso amante?

¿Quién puede á su talante
mandar nuestras entrañas,
sino la gran Felicia, que o-
brado ha mas hazañas,
que la Thebana Manto?
moved, hermosas Ninfas, re-
gocijado canto.

Casados venturosos, el podero-
so cielo

derrame en vuestros campos
influxo favorable,

y con dobladas crias en nú-
mero admirable

vuestros ganados crezcan cu-
briendo el ancho suelo.

No os dañe el crudo hielo

los tiernos chivaticos,

y tal cantidad de oro os haga
entrambos ricos,

que no sepais el quanto:

moved, hermosas Ninfas, re-
gocijado canto.

Tengais de dulce gozo bastante
 cumplimiento
 con la progenie hermosa que
 os salga parecida,
 mas que el antiguo Nestor
 tengais larga la vida,
 y en ella nunca os pueda sal-
 tar contentamiento:

Moviendo tal concento
 por campos y encinales,
 que ablande duras peñas, y
 á fieros animales
 cause crecido espanto:
 moved, hermosas Ninfas, re-
 gocijado canto.

Remeden vuestras voces las aves
 amorosas,
 los ventecicos suaves os ha-
 gan dulce fiesta,
 alégrense con veros el campo
 y la floresta,
 y os vengán á las manos las
 flores olorosas.

Los lirios y las rosas,
 jazmin y flor de Gnido,

la madre selva hermosa y el
 arrayan florido,
 narciso y amaranto:
 moved, hermosas Ninfas, re-
 gocijado canto.

Concorde paz os tenga contentos
 muchos años,
 sin ser de la rabiosa sospecha
 atormentados,
 y en el estado alegre vivais
 tan reposados,
 que no os cause recelo Fortu-
 na y sus engaños.

En montes mas estraños
 tengais nombre famoso:
 mas porque el ronco pecho
 tan flaco y temeroso
 repose agora un quanto,
 dad fin, hermosas Ninfas, al
 deleitoso canto.

Al tiempo que Arsileo aca-
 bó su cancion, se movió tan
 general regocijo, que los mas
 angustiados corazones alegrára.

Comenzáron las deleitosas canciones á resonar por toda la huerta , los concertados instrumentos levantáron suave harmonía , y aun parescia que los floridos árboles , el caudaloso rio , la amena fuente y las cantadoras aves de aquella fiesta se alegraban. Despues que buen rato se hubiéron empleado en esto , paresciéndole á Felicia ser hora de comer , mandó que allí á la fuente , donde estaban , se traxese la comida. Luego las Ninfas obedesciéndole proveyeron lo necesario , y puestas las mesas y aparadores á la sombra de aquellos árboles , sentados todos conforme al órden de Felicia comieron , servidos de sabrosas y delicadas viandas en vasos de muchísimo valor. Acabada la comida , tornando al comenzado placer , hicieron las fiestas y juegos , que en el siguiente libro se dirán.

DIANA ENAMORADA.

LIBRO QUINTO.

Tan contentos estaban estos amantes en el dichoso estado, viéndose cada qual con la deseada compañía, que los trabajos del tiempo pasado tenían olvidados. Mas los que desde aparte miramos las penas que les costó su contentamiento, los peligros en que se viéron, y los desatinos que hicieron y dixéron antes de llegar á él, es razon que vamos advertidos de no meternos en semejantes penas, aunque mas cierto fuese tras

ellas el descanso , quanto mas siendo tan incierto y dudoso, que por uno que tuvo tal ventura , se hallan mil , cuyos cargos y fatigosos trabajos con desesperada muerte fuéron gualardonados. Pero dexado esto aparte , vengamos á tratar de las fiestas que por los casamientos y desengaños en el jardin de Felicia se hiciéron , aunque no será posible contarlas todas en particular. Felicia , á cuyo mandamiento estaban todos obedientes , y en cuya voluntad estaba el órden y concierto de la fiesta, quiso que el primer regocijo fuese baylar los pastores y pastoras al son de las canciones por ellos mismos cantadas. Y así sentada con Eugerio , Polydoro , Clenarda , Marcelio , Alcida , Don Felix y Felismena, declaró á los pastores su voluntad. Levantáronse á la hora todos , y tomando Syreno á Diana

por la mano, Sylvano á Selva-
 gia, Montano á Ismenia, y Ar-
 sileo á Belisa, concertáron un
 bayle mas gracioso, que quantos
 las hermosas Dryadas, ó Na-
 peas, sueltas al viento las ru-
 bias madejas de oro finísimo de
 Arabia, en las amenísimas flo-
 restas suelen hacer. No se detu-
 viéron mucho en cortesías, sobre
 quien cantaria primero: porque
 como Syreno, que era principal
 en aquella fiesta, estuviese algo
 corrido del descuido que hasta
 entónces tuvo de Diana, y el em-
 pacho dello le hubiese impedido
 el desculpase, quiso cantando
 decirle á Diana, lo que la ver-
 güenza no le habia consentido
 razonar. Por eso sin mas aguar-
 dar, respondiéndole los otros,
 segun la costumbre, cantó así:

CANCION.

Morir debiera sin verte,
 hermosísima pastora,

pues que osé tan sola una hora
estar vivo, y no quererte.

De un dichoso amor gozára,
dexado el tormento aparte,
si en acordarme de amarte,
de mi olvido me olvidára.

Que de morirme y perderte
tengo recelo, pastora,
pues que osé tan sola una hora
estar vivo, y no quererte.

En diferente parecer estaba
Diana. Porque como aquel an-
tiguo olvido, que tuvo de Sy-
reno, con un ardentísimo amor
le habia cumplidamente satisfe-
cho, y de sus pasadas fatigas se
yó sobradamente pagada, no
tenia ya por qué de sus descui-
dos se lamentase: ántes hallando
su corazon abastado del posible
contentamiento, y libre de toda
pena, mostrando su alegría, é
increpando el cuidado de Syre-
no, le respondió con esta

CANCION.

La alma de alegría salte,
que en tener mi bien presente
no hay descanso que me falte,
ni dolor que me atormente.

No pienso en viejos cuidados,
que agravia nuestros amores
tener presentes dolores
por los olvidos pasados.

Alma, de tu dicha valte,
que con bien tan excelente
no hay descanso que te falte,
ni dolor que te atormente.

En tanto que Diana dixo su cancion, llegó á la fuente una pastora de estremadísima hermosura, que en aquella hora á la casa de Felicia habia venido, é informada que la sabia estaba en el jardin, por verla y hablarla, allí habia venido. Llegada donde Felicia estaba, arrodillada delante della, le pidió la mano para se la besar, y des-

pues le dixo: perdonar se me debe, sabia señora, el atrevimiento de entrar aquí sin tu licencia, considerando el deseo que tenia de verte, y la necesidad que tengo de tu sabiduría. Traigo una fatiga en el corazon, cuyo remedio está en tu mano: mas el darte cuenta della lo guardo para mejor ocasion, porque en semejante tiempo y lugar es descomedimiento tratar cosas de tristeza. Estaba aun Melisea, que este era el nombre de la pastora, delante Felicia arrodillada, quando vido por un corredor de la huerta venir un pastor hácia la fuente, y en verle dixo: esta es otra pesadumbre, señora, tan molesta y enojosa, que para librarme della, no ménos he menester tus favores. En esto el pastor, que Narciso se decia, llegó en presencia de Felicia y de aquellos caballeros y damas, y hecho el

debido acatamiento, comenzó á dar quejas á Felicia de la pastora Melisea que presente tenia, diciendo como por ella estaba atormentado, sin haber de su boca tan solamente una benigna respuesta. Tanto que de muy léjos hasta allí habia venido en su seguimiento, sin poder ablandar su rebelde y desdeñoso corazón. Hizo Felicia levantar á Melisea, y atajando semejantes contenciones: no es tiempo, dixo, de escuchar largas historias, por agora tú, Melisea, da á Narciso la mano, y entramos entrambos en aquella danza, que en lo demas á su tiempo se pondrá remedio. No quiso la pastora contradecir al mandamiento de la sabia, sino que en compañía de Narciso se puso á baylar juntamente con las otras pastoras. Á este tiempo la venturosa Ismenia, que para cantar estaba apercebida, dando con el gesto

señal del interno contentamiento que tenia despues de tan largos cuidados, cantó desta suerte:

CANCION.

Tan alegres sentimientos
 recibo, que no me espanto,
 si cuesta dos mil tormentos
 un placer que vale tanto.

Yo aguardé, y el bien tardó,
 mas quando el alma le alcanza,
 con su deleite pagó
 mi aguardar y su tardanza.

Vengan las penas á cuentos,
 no hago caso del llanto,
 si me dan por mil tormentos
 un placer que vale tanto.

Ismenia al tiempo que cantaba, y aun ántes y despues, quasi nunca partió los ojos de su querido Montano. Pero él como estaba algo afrentado del engaño, en que tanto tiempo con tal agravio de su esposa ha-

bia vivido , no osaba mirarla sino á hurto al dar de la vuelta en la danza , estando ella de manera que no podia mirarle: y esto porque algunas veces , que habia probado mirarla en el gesto , confundido con la vergüenza que le tenia , y vencido de la luz de aquellos radiantes ojos , que con aficion de continuo le miraban , le era forzoso baxar los suyos al suelo. Y como en ello vió que tanto perdía , dexando de ver á la que tenia por su descanso , tomando esto por ocasion , encaminando su cantar á la querida Ismenia , desta manera dixo:

CANCION.

Vuelve agora en otra parte,
zagala , tus ojos bellos,
que si me miras con ellos,
es escusado mirarte.

Con tus dos soles me tiras

rayos claros de tal suerte,
 que aunque vivo en solo verte,
 me matas, quando me miras.

Ojos, que son del tal arte,
 guardados has de tenellos,
 que si me miras con ellos,
 es escusado mirarte.

Como nieve al sol caliente,
 como á flechas el terrero,
 como niebla al viento fiero,
 como cera al fuego ardiente:

Ansí se consume y parte
 la alma en ver tus ojos bellos:
 pues si me miras con ellos,
 es escusado mirarte.

Ved que sabe hacer Amor,
 y la Fortuna que ordena,
 que un gualardon de mi pena
 acrecienta mi dolor.

Á darme vida son parte
 esos ojos solo en vellos:
 mas si me miras con ellos,
 es escusado mirarte.

Melisea , que harto contra su voluntad con el desamado Narciso hasta entónces habia baylado , quiso de tal pesadumbre vengarse con una desamurada cancion : y á propósito de las penas y muertes , en que el pastor decia cada dia estar á causa suya , burlándose de todo ello , cantó así:

CANCION.

Zagal , vuelve sobre tí,
 que por escusar dolor
 ni quiero matar de amor,
 ni que Amor me mate á mí.

Pues yo viviré sin verte,
 tú por amarme no mueras,
 que ni quiero que me quieras,
 ni determino quererte.

Que pues tú dices que así
 se muere el triste amador,
 ni quiero matar de amor,
 ni que Amor me mate á mí.

No mediana pena recibió Narciso con el crudo cantar de su querida , pero esforzándose con la esperanza que Felicia le habia dado de su bien , y animándose con la constancia y fortaleza del enamorado corazon , le respondió añadiendo dos coplas á una cancion antigua que decia:

*Si os pesa de ser querida,
yo no puedo no os querer,
pesar habreis de tener
miéntras yo tuviere vida.*

Sufrid que pueda quejarme,
pues que sufro un tal tormento,
ó cumplid vuestro contento
con acabar de matarme.
Que segun sois descreida,
y os ofende mi querer,
pesar habreis de tener
miéntras yo tuviere vida.

Si pudiendo conosceros,
 pudiera dexar de amaros,
 quisiera, por no enojaros,
 poder dexar de quererlos.

Mas pues vos sereis querida
 miéntras yo podré querer,
pesar habreis de tener
miéntras yo tuviere vida.

Tan puesta estaba Melisea
 en su crueldad, que apénas ha-
 bia Narciso dicho las postreras
 palabras de su cancion, quando
 ántes que otro cantase, desta
 manera replicó:

CANCION.

Mal consejo me parece,
 enamorado zagal,
 que á tí mismo quieras mal,
 por amar quien te aborresce.

Para tí debes guardar,
 ese corazon tan triste,
 pues aquella, á quien le diste,
 jamás le quiso tomar.

A quien no te favorece,
 no la sigas, piensas en al,
 y á tí no te quieras mal,
 por querer quien te aborresce.

No consintió Narciso que la
 cancion de Melisea quedase sin
 respuesta, y así con gentil gra-
 cia cantó, haciendo nuevas co-
 plas á un viejo cantar que dice:

*Despues que mal me quesistes,
 nunca mas me quise bien,
 por no querer bien á quien
 vos, señora, aborrescistes.*

Si quando os miré, no os viera,
 ó quando os ví, no os amára,
 ni yo muriendo viviera,
 ni viviendo os enojára.

Mas bien es que angustias tristes
 penosa vida me den,
 que qualquier mal le está bien
 al que vos mal le quesistes.

Sepultado en vuestro olvido

tengo la muerte presente,
de mí mismo aborrescido,
y de vos y de la gente.

Siempre contento me vistes
con vuestro airado desden,
aunque nunca tuve bien,
despues que mal me quesistes.

Tanto contento dió á todos la porfia de Narciso y Melisea, que aumentára mucho en el regocijo de la boda, sino quedára templado con el pesar que tuvieron de la crueldad que ella mostraba, y con la lástima que les causó la pena que él padecía. Despues que Narciso dió fin á su cantar, todos volviéron los ojos á Melisea, esperando si replicaria. Pero calló, no porque le faltasen canciones crueles y ásperas, con que lastimar el miserable enamorado, ni porque dexase de tener voluntad para decirlas: mas, segun creo, por no ser enojosa á toda aquella

compañía. Selvagia y Belisa fueron rogadas que cantasen, pero escusáronse, diciendo que no estaban para ello. Bueno sería, dixo Diana, que saliédes de la fiesta sin pagar el escote. Eso, dixo Felismena, no se debe consentir, por lo que nos importa escuchar tan delicadas voces. No queremos, dixéron ellas, dexar de servirnos en esta solemnidad, con lo que supiéremos hacer, que será harto poco; pero perdonadnos el cantar, que en lo demás haremos lo posible. Por mi parte, dixo Alcida, no permitiré que dexéis de cantar, ó que otros por vosotras lo hagan. ¿Quién mejor, dixéron ellas, que Sylvano y Arsileo nuestros maridos? Bien dicen las pastoras, respondió Marcelio, y aun sería mejor que ambos cantasen una sola canción, el uno cantando, y el otro respondiendo, porque á ellos les será

ménos trabajoso , y á nosotros muy agradable. Mostráron todos que holgarian mucho de semejante manera de cancion , por saber que en ella se mostraba la viveza de los ingenios en preguntar y responder. Y ansí Sylvano y Arsileo haciendo señal de ser contentos , volviendo á proseguir la danza , cantáron desta suerte:

CANCION.

SYLV. Pastor , mal te está el callar:

canta , y dinos tu alegría.

ARSI. Mi placer poco seria,
si se pudiese contar.

SYLV. Aunque tu ventura es tanta,
dinos de ella alguna parte.

ARSI. En empresas de tal arte
comenzar es lo que espanta.

SYLV. Acaba ya de contar
la causa de tu alegría.

ARSI. ¿De qué modo acabaría
quien no basta á comen-
zar?

SYLV. No es razon que se con-
sienta
tu deleite estar callado.

ARSI. La alma, que sola ha pe-
nado,
ella sola el gozo sienta.

SYLV. Si no se viene á tratar,
no se goza una alegría.

ARSI. Si ella es tal-como la mia,
no se dexará contar.

SYLV. ¿Cómo en ese corazon
cabe un gozo tan cresci-
do?

ARSI. Téngole donde he tenido
mi tan sobrada pasion.

SYLV. Donde hay bien, no pue-
de estar
escondido todavía.

ARSI. Quando es mayor la ale-
gría,
ménos se dexa contar.

SYLV. Ya yo he visto que tu canto

tu alegría publicaba.

ARSI. Decia que alegre estaba,
pero no cómo, ni cuánto.

SYLV. Ella se hace publicar,
quando es mucha una alegría.

ARSI. Antes muy poca sería,
si se pudiese contar.

Otra copla querian decir los pastores en esta cancion, quando una compañía de Ninfas por órden de Felicia llegó á la fuente, y cada qual con su instrumento tañendo movian un extraño y deleitoso estruendo. Una tañia un laud, otra una harpa, otra con una flauta hacia maravilloso contrapunto, otra con la delicada pluma las cuerdas de la cítara hacia retañir, otras las de la lira con las resinosas cerdas hacian resonar, otras con

los albugues y chapas hacian en el ayre delicadas mudanzas, levantando allí tan alegre música, que dexó los que presentes estaban atónitos y maravillados. Iban estas Ninfas vestidas á maravilla, cada qual de su color, las madejas de los dorados cabellos encomendadas al viento, sobre sus cabezas puestas hermosas coronas de rosas y flores atadas y envueltas con hilo de oro y plata. Los pastores en ver este hermosísimo coro, dexando la danza comenzada, se sentáron, atentos á la admirable melodía y concierto de los varios y suaves instrumentos. Los quales algunas veces de dulces y delicadas voces acompañados causaban estraño deleite. Saliéron luego de través seis Ninfas vestidas de raso carmesí, guarnecido con follages de oro y plata, puestos sus cabellos en torno de la cabeza,

eogidos con unas redes anchas de hilo de oro de Arabia, llevando ricos prendedores de rubines y esmeraldas, de los quales sobre sus frentes caian unos diamantes de estremadísimo valor. Calzaban colorados borzequines, sutilmente sobredorados, con sus arcos en las manos, colgando de sus hombros las aljabas. Desta manera hicieron una danza al son que los instrumentos hacian, con tan gentil orden, que era cosa de espantar. Estando ellas en esto salió un hermosísimo ciervo blanco, variado con unas manchas negras puestas á cierto espacio, haciendo una graciosa pintura. Los cuernos parecian de oro, muy altos y partidos en muchos ramos. En fin era tal, como Felicia le supo fingir, para darles regocijo. Á la hora, visto el ciervo, las Ninfas le tomaron en medio, y danzando conti-

nuamente sin perder el son de los instrumentos, con gran concierto comenzáron á tirarle, y él con el mismo órden, despues de salidas las flechas de los arcos, á una y otra parte moviéndose, con muy diestros y graciosos saltos se apartaba. Pero despues que buen rato pasáron en este juego, el ciervo dió á huir por aquellos corredores. Las Ninfas yendo tras él, y siguiéndole hasta salir con él de la huerta, moviéron un regocijado alarido, al qual ayudáron las otras Ninfas y pastoras con sus voces, tomando desta danza un singular contentamiento. Y en esto las Ninfas diéron fin á su música. La sabia Felicia, porque en aquellos placeres no faltase lición provechosa para el órden de la vida, probando si habian entendido lo que aquella danza habia querido significar, dixo á Diana : ¿graciosa pasto-

ra , sabrásme decir lo que por aquella caza del hermoso ciervo se ha de entender? No soy tan sabia , respondió ella , que sepa atinar tus subtilidades , ni declarar tus enigmas. Pues yo quiero , dixo Felicia , publicarte lo que debaxo de aquella invencion se contiene. El ciervo es el humano corazon , hermoso con los delicados pensamientos , y rico con el sosegado contentamiento. Ofréscese á las humanas inclinaciones , que le tiran mortales saetas : pero con la discrecion apartándose á diversas partes , y entendiendo en honestos exercicios , ha de procurar de defenderse de tan dañosos tiros. Y quando dellos es muy perseguido , ha de huir á mas andar , y podrá desta manera salvarse : aunque las humanas inclinaciones , que tales flechas le tiraban , irán tras él , y nunca dexarán de acompañarle , hasta salir de

la huerta de esta vida. ¿Cómo habia yo, dixo Diana, de entender tan dificultoso y moral enigma, si las preguntas, en que las pastoras nos exercitamos, aunque fuesen muy llanas y fáciles, nunca las supe adivinar? No te amengües tanto, dixo Selvagia, que lo contrario he visto en tí, pues ninguna ví que te fuese dificultosa. A tiempo estamos, dixo Felicia, que lo podremos probar, y no será de ménos deleite esta fiesta que las otras. Diga cada qual de vosotros una pregunta, que yo sé que Diana las sabrá todas declarar. A todos les pareció muy bien, sino á Diana, que no estaba tan confiada de sí, que se atreviese á cosa de tanta dificultad: pero por obedescer á Felicia y por complacer á Syreno, que mostró haber de tomar dello placer, fué contenta de emprender el cargo que se le

habia impuesto. Sylvano , que en decir preguntas tenia mucha destreza , fué el que hizo la primera , diciendo : bien sé , pastora , que las cosas escondidas tu viveza las descubre , y las cosas encumbradas tu habilidad las alcanza : pero no dexaré de preguntarte , porque tu respuesta ha de manifestar tu ingenio delicado. Por eso dime qué quiere decir esto:

PREGUNTA.

Junto á un pastor estaba una doncella,
 tan flaca como un palo al sol
 secado,
 su cuerpo de ojos muchos rodeado,
 con lengua que jamás pudo
 movella.
 Á lo alto y baxo el viento ví
 traella,
 mas de una parte nunca se ha
 mudado:

vino á besarla el triste enamorado,
y ella movió tristísima que-
rella.

Quanto mas le atapó el pastor
la boca,
mas voces da, porque la gente
acuda,
y abriendo está sus ojos y
cerrando.

Ved qué costó forzar zagala
muda,
que al punto que el pastor la
besa, ó toca,
él queda enmudecido, y ella
hablando.

Esta pregunta, dixo Diana,
aunque es buena, no me dará
mucho trabajo, porque á tí mes-
mo te la oí decir un dia en la
fuente de los alisos, y no sa-
biendo ninguna de las pastoras,
que allí estábamos, adivinar lo
que ella queria decir, nos la

declaraste diciendo , que la *doncella* era la *zampoña* ó *flauta* tañida por un pastor. Y aplicaste todas las partes de la pregunta á los efectos que en tal música comunmente acontecen. Rieronse todos de la poca memoria de Sylvano , y de la mucha de Diana : pero Sylvano por disculparse y vengarse del corrimiento , sonriéndose dixo : no os maravilleis de mi desacuerdo , pues este olvido no parece tan mal como el de Diana , ni es tan dañoso como el de Syreno. Vengado estás , dixo Syreno , pero mas lo estuvieras , si nuestros olvidos no hubiesen parado en tan perfecto amor y en tan venturoso estado. No haya mas , dixo Selvagia , que todo está bien dicho. Y tú , Diana , respóndeme á lo que quiero preguntar , que yo quiero probar á ver , si hablaré mas escuro language

que Sylvano. La pregunta que quiero hacerte dice:

PREGUNTA.

Vide un soto levantado
sobre los ayres un dia,
el qual con sangre regado,
con gran ansia cultivado,
muchas hierbas producía.
De allí un manajo arrancando,
y solo con él tocando
una sabia y cuerda gente,
la dexé cabe una puente
sin dolores lamentando.

Vuelta á la hora Diana á su esposo , dixo : ¿no te acuerdas, Syreno , haber oido esta pregunta la noche que estuvimos en casa de Iranio mi tio? ¿no tienes memoria cómo la dixo allí Maroncio hijo de Fernaso? Bien me acuerdo que la dixo, respondió Syreno , pero no de lo que significaba. Pues yo , dixo Diana , tengo dello memoria:

decia que el *soto* es la *cola del caballo*, de donde se sacan las cerdas, con que las cuerdas del rabel tocadas dan voces, aunque ningunos dolores padescen. Selvagia dixo que era así, y que el mismo Maroncio, autor de la pregunta, se la habia dado como muy señalada, aunque habia de mejores. Muchas hay mas delicadas, dixo Belisa, y una dellas es la que yo diré agora. Por eso apercíbete, Diana, que desta vez no escapas de vencida. Ella dice deste modo:

PREGUNTA.

¿Cuál es el ave ligera,
que está siempre en un lugar,
y anda siempre caminando,
penetra y entra do quiera,
de un vuelo pasa la mar,
las nubes sobrepujando?

Ansí vella no podemos,
y quien la está descubriendo,
sabio queda en sola un hora;

mas tal vez la conoscemos,
las paredes solas viendo
de la casa donde mora.

Mas desdichada, dixo Diana, ha sido mi pregunta que las pasadas, Belisa, pues no declarara ninguna dellas, sino las hubiera otras veces oido, y la que dixiste, en ser por mí escuchada, luego fué entendida. Hácelo, creo yo, ser ella tan clara, que á qualquier ingenio se manifestará. Porque harto es evidente, que por el *ave*, que tú dices, se entiende el *pensamiento*, que vuela con tanta ligereza, y no es visto de nadie, sino conocido y conjeturado por las señales del gesto y cuerpo donde habita. Yo me doy por vencida, dixo Belisa, y no tengo mas qué decir, sino que me rindo á tu discrecion, y me someto á tu voluntad. Yo te vengaré, dixo Ismenia, que sé

un enigma que á los mas avisados pastores ha puesto en trabajo : yo quiero decirle , y verás como haré , que no sea Diana tan venturosa con él , como con los otros ; y vuelta á Diana dixo:

PREGUNTA.

Decí , ¿quál es el maestro,
 que su dueño le es criado,
 está como loco atado,
 sin habilidades diestro,
 y sin doctrina letrado?
 Quando cerca le tenia,
 sin oírle le entendia,
 y tan sabio se mostraba,
 que palabra no me hablaba,
 y mil cosas me decia.

Yo me tuviera por dichosa,
 dixo Diana , de quedar vencida
 de tí , amada Ismenia , mas pues
 lo soy en la hermosura y en las
 demas perfecciones , no me dará
 agora mucha alabanza vencer

el propósito que tuviste de enlazarme con tu pregunta. Dos años habrá que un Médico de la ciudad de Leon vino á curar á mi padre de cierta enfermedad, y como un dia tuviese en las manos un libro, tomésele yo, y púseme á leerle. Y viniéndome á la memoria los provechos que se sacan de los libros, le dixé que me parecian maestros mudos, que sin hablar eran entendidos. Y él á este propósito me dixo esta pregunta, donde algunas estrañezas y excelencias de los libros están particularmente notadas. Con toda verdad, dixo Ismenia, no hay quien pueda vencerte, á lo ménos las pastoras no tendremos ánimo para pasar mas adelante en la pelea: no sé yo estas damas, si tendrán armas que puedan derribarte. Alcida, que hasta entónces habia callado, gozando de oir y ver las músi-

cas, danzas y juegos, y de mirar y hablar á su querido Marcelio, quiso tambien travesar en aquel juego, y dixo: pues las pastoras has rendido, Diana, no es razon que nosotras quedemos en salvo. Bien sé que no ménos adivinarás mi pregunta que las otras, pero quiero decir la, porque será posible que contente. Díxomela un patron de una nave, quando yo navegaba de Nápoles á España, y la encomendé á la memoria, por parecerme no muy mala, y dice desta suerte:

PREGUNTA.

¿Quién jamás caballo vido,
 que por estraña manera,
 sin jamás haber comido,
 con el viento sostenido,
 se le iguale en la carrera?
 Obra muy grandes hazañas,
 y en sus corridas estrañas
 va arrastrando el duro pecho,

sus riendas, por mas provecho,
metidas en sus entrañas.

Un rato estuvo Diana pensando, oida esta pregunta, y hecho el discurso que para declararla era menester, y consideradas las partes della, al fin resolviéndose, dixo: razon era, hermosa dama, que de tu mano quedase yo vencida, y que quien se rinde á tu gentileza, se rindiese á tu discrecion, y por ello se tuviese por dichosa. Si por el *caballo* de tu enigma no se entiende la *nave*, yo confieso que no la sé declarar. Harto mas vencida quedo yo, dixo Alcida, de tu respuesta, que tú de mi pregunta, pues confesando no saber entendella, subtilmente la declaraste. De ventura he acertado, dixo Diana, y no de saber, que á buen tino dixes aquello, y no por pensar que en ello

acertaba. Qualquier acertamiento, dixo Alcida, se ha de esperar de tan buen juicio, pero yo quiero que adevines á mi hermana Clenarda un enigma que sabe, que no me parece malo: no sé si agora se le acordará. Y luego vuelta á Clenarda le dixo: hazle, hermana, á esta avisada pastora aquella demanda, que en nuestra ciudad heciste un dia, si te acuerdas, á Berintio y Clomenio nuestros primos, estando en casa de Elisionia en conversacion. Soy contenta, dixo Clenarda, que memoria tengo della, y tenia intencion de decilla, y dice deste modo:

PREGUNTA.

Decidme, señores, ¿quál ave
 volando
 tres codos en alto jamás se
 levanta,
 con pies mas de treinta su-
 biendo y baxando,

con alas sin plumas el ayre
azotando,
ni come, ni bebe, ni grita,
ni canta:

Del áspera muerte vecina alle-
gada,
con piedras que arroja, nos
hiere y maltrata,
amiga es de gente captiva y
malvada,
y á muertes y robos contino
vezada,
esconde en las aguas la gente
que mata?

Diana entónces dixo : esta
pregunta no la adevinára yo,
si no hubiera oido la declara-
cion della á un pastor de mi
aldea, que habia navegado. No
sé si tengo dello memoria, mas
parésceme que dixo que por ella
se entendia la *galera*, que es-
tando en medio de las peligro-
sas aguas, está vecina de la
muerte, y á ella y robos está

vezada, echando los muertos en el mar. Por los *pies* me dixo que se entendian los *remos*, por las *alas* las *velas*, y por las *pedras* que tira, las *pelotas* de artillería. En fin, dixo Clenarda, que todas habiamos de ir por un igual, porque nadie se fuese alabando. Con toda verdad, Diana, que tu estremado saber me tiene estrañamente maravillada, y no veo premio que á tan gran merecimiento sea bastante, sino es el que tienes en ser muger de Syreno. Estas y otras pláticas y cortesías pasáron, quando Felicia, que de ver el aviso, la gala, la crianza y comedimiento de Diana espantada habia quedado, sacó de su dedo un riquísimo anillo con una piedra de gran valor, que ordinariamente traía, y dándosele en premio de su destreza, le dixo: este servirá por señal de lo que por tí entiendo hacer:

guárdale muy bien, que á su tiempo hará notable provecho. Muchas gracias hizo Diana á Felicia por la merced, y por ella le besó las manos, y lo mesmo hizo Syreno. El qual acabadas las cortesías y agradescimientos dixo: una cosa he notado en las preguntas que aquí se han propuesto, que la mayor parte dellas han dicho las pastoras y damas, y los hombres se han tanto enmudescido, que claramente han mostrado que en cosas delicadas no tienen tanto voto como las mugeres. Don Felix entónçes burlando dixo: no te maravilles que en agudeza nos lleven ventaja, pues en las demas perfecciones las excedemos. No pudo sufrir Belisa la burla de Don Felix, pensando por ventura que lo decia de veras, y volviendo por las mugeres dixo: queremos nosotras, Don Felix, ser aventajadas, y en ello

mostramos nuestro valor, sujetándonos del grado á la voluntad y saber de los hombres. Pero no faltan mugeres que pueden estar á parangon con los mas señalados varones : que aunque el oro esté escondido, ó no conocido, no dexa de tener su valor. Pero la verdad tiene tanta fuerza, que nuestras alabanzas os las hace publicar á vosotros, que mostrais ser nuestros enemigos. No estaba en tu opinion Florisia, pastora de grande sabiduría y habilidad, que un dia en mi aldea, en unas bodas, donde habia muchedumbre de pastores y pastoras, que de los vecinos y apartados lugares para la fiesta se habian allegado, al son de un rabel y unas chapas, que dos pastores diestramente tañian, cantó una cancion en defension y alabanza de las mugeres, que no solo á ellas, pero á los hombres, de los qua-

les allí decía harto mal, sobradamente contentó. Y si mucho porfias en tu parecer, no será mucho decírtela, por derribarte de tu falsa opinion. Riéron todos del enojo que Belisa habia mostrado, y en ello pasáron algunos donaires. Al fin el viejo Eugerio y el hijo Polydoro, porque no se perdiese la ocasion de gozar de tan buena música, como de Belisa se esperaba, le dixéron: pastora, la alabanza y defensa á las mugeres les es justamente debida, y á nosotros el oïlla con tu delicada voz suavemente recitada. Pláceme, dixo Belisa, aunque hay cosas ásperas contra los hombres, pero quiera Dios que de todas las cópulas me acuerde: mas començaré á decir, que yo confio que cantándolas, el mesmo verso me las reducirá á la memoria. Luego Arsileo, viendo su Belisa apercebida para cantar, comen-

zó á tañerle el rabel, á cuyo son ella recitó el cantar oído á Florisia, que decia desta manera:

CANTO DE FLORISIA.

Salga fuera el verso airado
con una furia espantosa,
muéstrese el pecho esforzado,
el espíritu indignado,
y la lengua rigurosa.

Porque la gente bestial,
que parlando á su sabor,
de mugeres dice mal,
á escuchar venga otro tal,
y, si es posible, peor.

Tú, que el vano presumir
tienes ya de tu cosecha,
hombre vezado á mentir,
¿qué mal puedes tú decir,
de bien que tanto aprovecha?

Mas de mal harto crecido
la muger ocasion fué,
dando al mundo el descreido,

que tras habello parido
se rebela sin por qué.

Que si á luz no le sacára,
tuviera ménos enojos,
porque así no la infamára,
y en fin cuervo no criára
que le sacase los ojos.

¿Qué varon ha padescido,
aunque sea un tierno padre,
las pasiones que ha sentido
la muger por el marido,
y por el hijo la madre?

Ved las madres con qué amores,
qué regalos, qué blanduras
tratan los hijos traidores,
que les pagan sus dolores
con dobladas amarguras.

Qué recelos, qué cuidados
tienen por los crudos hijos;
qué pena en verlos penados,
y en ver sus buenos estados,
qué cumplidos regocijos.

Qué gran congoja les da

si el marido un daño tiene;
 y si en irse puesto está,
 qué dolor, quando se va,
 qué pesar, quando no viene.

Mas los hombres engañosos
 no agradescen nuestros duelos:
 ántes son tan maliciosos,
 que á cuidados amorosos
 les ponen nombre de zelos.

Y es que como los malvados
 al falso amor de costumbre
 están contino vezados,
 ser muy de veras amados
 les parece pesadumbre.

Y cierto, pues por amarlos
 denostadas nos sentimos;
 mejor nos fuera olvidarlos,
 ó en dexando de mirarlos,
 no acordarnos si los vimos.

Pero donoso es de ver
 que el de mas mala manera,
 en no estar una muger
 toda hecha á su placer,
 le dice traidora y fiera.

Luego vereis ser nombradas
desdeñosas las modestas,
y las castas mal criadas,
soberbias las recatadas,
y crueles las honestas.

Ojalá á todas quadráran
esos deshonorados nombres;
que si ningunas amáran,
tantas dellas no quedáran
engañadas de los hombres.

Que muestran perder la vida,
si algo no pueden haber,
pero luego en ser habida
la cosa vista , ó querida,
no hay memoria de querer.

Fíngense tristes , cansados
de estar tanto tiempo vivos,
encarescen sus cuidados,
nómbrense desventurados,
ciegos ; heridos , captivos.

Hacen de sus ojos mares,
nombran llamas sus tormen-
tos,
cuentas largos sus pesares,

los suspiros á millares,
y las lágrimas á cuentos.

Ya se figuran rendidos,
ya se fingen valerosos,
ya señores, ya vencidos,
alegres estando heridos,
y en la cárcel venturosos.

Maldicen sus buenas suertes,
menosprecian el vivir;
y en fin ellos son tan fuertes,
que pasan docientas muertes,
y no acaban de morir.

Dan y cobran, sanan, hieren
la alma, el cuerpo, el cora-
zon,
gozan, penan, viven, muer-
ren,
y en quanto dicen y quieren
hay estraña confusion.

Y por eso quando amor
me mostraba Melibeo,
contábame su dolor,
yo respondia : Pastor,
ni te entiendo, ni te creo.

Hombres, ved qu an justamente
 el quereros se difiere,
 pues consejo es de prudente
 no dar crédito al que miente,
 ni querer al que no quiere.

Pues de hoy mas no nos digais
 fieras, crudas y homicidas,
 que no es bien que alegres
 vais,
 ni que ricos os hagais
 con nuestras honras y vidas.

Porque si acaso os mir 
 la mas honesta doncella,
   afablemente os habl ,
 dice el hombre que la vió:
 Desvergonzada es aquella.

Y ansí la pastora y dama
 de qualquier modo padesce,
 pues vuestra lengua la llama
 desvergonzada, si os ama,
 y cruel, si os aborresce.

Peor es que nos teneis
 por tan m lditas y fuertes,
 que en quantos males habeis,

culpa á nosotras poncis
de los desastres y muertes.

Vienen por vuestra simpleza,
y no por nuestra hermosura,
que á Troya causó tristeza,
no de Helena la belleza,
mas de Páris la locura.

¿Pues por qué de deshonestas
fieramente nos tratais,
si vosotros con las fiestas
importunas y molestas
reposar no nos dexais?

Que á nuestras honras y esta-
dos
no habeis respetos algunos,
disolutos, mal mirados,
quando mas desengañados,
entónceś mas importunos.

Y venis todos á ser
pesados de tal manera,
que quereis que la muger
por vos se venga á perder,
y que os quiera, aunque no
quiera.

Ansí conquistais las vidas,
de las mugeres que fuéron
mas buenas y recogidas:
de modo que las perdidas
por vosotros se perdiéron.

¿Mas con qué versos diré
las estrañas perficiones,
de qué modo alabaré
la constancia, amor y fe
que está en nuestros corazo-
nes?

Muestran quilates subidos
las que amor tan fino tratan,
que los llantos y gemidos,
por los defuntos maridos
con propria muerte rematan.

Y si Hipólito en bondad
fué persona soberana,
por otra parte mirad
muerta por la castidad
Lucrecia noble Romana.

Es valor qual fué ninguno,
que aquel mancebo gentil
desprecie el ruego importuno:

mas Hipólito fué uno,
y Lucrecias hay dos mil.

Puesta aparte la belleza
en las cosas de doctrina,
á probar nuestra viveza
basta y sobra la destreza
de aquella Sapho y Corina.

Y así los hombres letrados
con engañosa cautela,
soberbios en sus estados,
por no ser aventajados,
nos destierran de la escuela.

Y si autores han contado
de mugeres algun mal,
no descrece nuestro estado,
pues los mismos han hablado
de los hombres otro tal.

Y esto poca alteracion
causa en nuestros meresceres,
que forzado es de razon,
que en lo que escribe un va-
ron
se diga mal de mugeres.

Pero allí mesmo hallareis
mugeres muy excelentes,
y si mirar lo quereis,
muchas honestas vereis
fieles, sabias y valientes.

Ellas el mundo hermostean
con discrecion y belleza,
ellas los ojos recrean,
ellas el gozo acarrean,
y destierran la tristeza.

Por ellas honra teneis,
hombres de malas entrañas,
por ellas versos haceis,
y por ellas entendeis
en las valientes hazañas.

Luego los que os empleais
en buscar vidas ajenas,
si de mugeres tratais,
por una mala que hallais,
no infameis á tantas buenas.

Y si no os pueden vencer
tantas que hay castas y be-
llas,
mirad una que ha de ser

tal, que sola ha de tener
 quanto alcanzan todas ellas.

Los mas perfectos varones
 sobrepujados los veo
 de las muchas perficiones,
 que della en pocas razones
 cantaba un dia Proteo,

Diciendo: En el suelo Ibero
 en una edad fortunada
 ha de nacer un lucero,
 por quien Cynthia ver espero
 en la lumbre aventajada.

Y será una dama tal,
 que volverá el mundo ufano,
 su casta ilustre y Real,
 haciendo mas principal
 que la suya el Africano.

Alégrese el mundo ya,
 y esté advertido todo hombre
 que de aquesta que vendrá,
 Castro el linage será,
 Doña Hieronyma el nombre.
 Con Bolea ha de tener
 acabada perficion,

siendo encumbrada muger
del gran Vicecanciller
de los reynos de Aragon.

Viendo estos dos, no presume
Roma igualar con Iberia,
mas de envidia se consume
de ver que él excede á Numa,
y ella vale mas que Egeria.

Vencerá á Porcia en bondad,
á Cornelia en discrecion,
á Livia en la dignidad,
á Sulpicia en castidad,
y en belleza á quantas son.

Esto Proteo decia,
y Eco á su voz replicaba:
la tierra y mar parecia
recebir nueva alegría
de la dicha que esperaba.

Pues de hoy mas la gente fiera
dexe vanos pareceres,
pues quando tantas no hu-
biera,
esta sola engrandesciera
el valor de las mugeres.

Paresciéron muy bien las alabanzas y defensas de las mugeres, y la gracia, con que por Belisa fuéron cantadas, de lo qual Don Felix quedó convencido, Belisa contenta, y Arsileo muy ufano. Todos los hombres que allí estaban, confesáron que era verdad quanto en la cancion estaba dicho en favor de las mugeres, no otorgando lo que en ella habia contra los varones, especialmente lo que apuntaba de los engaños, cautelas y fingidas penas: ántes dixéron ser ordinariamente mas firme su fe, y mas encarescido su dolor de lo que publicaban. Lo que mas á Arsileo contentó fué lo de la respuesta de Florisia á Melibeo, tanto por ser ella muy donosa y avisada, como porque algunas veces habia oido á Belisa una cancion hecha sobre ella, de la qual mucho se agradaba. Por

lo qual le rogó que en tan alegre dia para contento de tan noble gente la cantase, y ella como no sabia contradecir á su querido Arsileo, aunque cansada del pasado cantar, al mesmo son la dixo, y era esta:

CANCION.

Contando está Melibeo
 á Florisia su dolor,
 y ella responde: *Pastor,*
ni te entiendo, ni te creo.

Él dice: *Pastora mia,*
 mira con qué pena muero,
 que de grado sufro y quiero
 el dolor que no queria.

Arde y muérese el deseo,
 tengo esperanza y temor.

Ella responde: *Pastor,*
ni te entiendo, ni te creo.

Él dice: El triste cuidado
 tan agradable me ha sido,
 que quanto mas padescido,

entónces mas deseado.

Premio ninguno desco,
y estoy sirviendo al Amor.

Ella responde: *Pastor,*
ni te entiendo, ni te creo.

Él dice: La dura muerte
deseára, si no fuera
por la pena que me diera
dexar, pastora, de verte.

Pero triste, si te veo,
padezco muerte mayor.

Ella responde: *Pastor,*
ni te entiendo, ni te creo.

Él dice: Muero en mirarte,
y en no verte estoy penan-
do,
quando mas te voy buscan-
do,
mas temor tengo de hallar-
te.

Como el antiguo Proteo
mudo figura y color.

Ella responde: *Pastor,*
ni te entiendo, ni te creo.

El dice : Haber no pretendo
mas bien del que la alma al-
canza,

porque aun con la esperanza
me parece que te ofendo:

Que mil deleites poseo
en tener por tí un dolor.

Ella responde : *Pastor,*
ni te entiendo , ni te creo.

En tanto que Belisa cantó
sus dos cantares , Felicia habia
mandado á una Ninfa lo que
habia de hacer , para que allí
se moviese una alegre fiesta , y
ella lo supo tan bien executar,
que al punto que acababa la
pastora de cantar , se sintiéron
en el rio grandes voces y alari-
dos , mezclados con el ruido de
las aguas. Vuelos todos hácia
allá , y llegándose á la ribera,
viéron venir rio abaxo doce bar-
cas en dos esquadras , pinta-
das de muchos colores , y muy
ricamente aderezadas : las seis

traian las velas de tornasol blanco y carmesí, y en las popas sus estandartes de lo mismo, y las otras seis velas y banderas de damasco morado, con bandas amarillas. Traian los remos hermosamente sobredorados, y venian de rosas y flores cubiertas y adornadas. En cada una dellas habia seis Ninfas vestidas con aljubas, es á saber, las de la una esquadra de terciopelo carmesí con franjas de plata, y las de la otra de terciopelo morado, con guarniciones de oro, sus brazos arregados, mostrando una manga justa de tela de oro y plata, sus escudos embrazados á manera de valientes Amazonas. Los remeros eran unos Salvages coronados de rosas, amarrados á los bancos con cadenas de plata. Levantóse en ellos un gran estruendo de clarines, chirimias, cornetas, y otras suertes

de música, á cuyo son entráron dos á dos río abaxo con un concierto, que causaba grande admiracion. Despues desto se partiéron en dos esquadrones, y salió de cada uno dellos un barco, quedando los otros á una parte. En cada qual de estos dos barcos venia un Salvage vestido de los colores de su parte, puestos los pies sobre la proa, llevando un escudo, que le cubria de los pies á la cabeza, y en la mano derecha una lanza pintada de colores. Amaynaron entrambos las velas, y á fuerza de remos arremetiéron el uno contra el otro con furia muy grande. Movióse grande alharido de las Ninfas y Salvages, y de los que con sus voces los favorescian. Los remeros empleáron allí todas sus fuerzas, procurando los unos y los otros llevar mayor ímpetu, y hacer mas poderoso encuen-

tro. Y viniéndose á encontrar los Salvages con las lanzas en los escudos, era cosa de gran deleite lo que les acaescia. Porque no tenian tantas fuerzas ni destreza, que con la furia, con que los barcos corrian, y con los golpes de las lanzas quedasen en pie: sino que unas veces caían dentro los baxeles, y otras en el rio. Con esto allí se movia la risa, el regocijo, y la música, que nunca cesaba. Los justadores la vez que caían en el agua, iban nadando, y siendo de las Ninfas de su parcialidad recogidos, volvian otra vez á justar, y cayendo de nuevo, multiplicáron el regocijo. Al fin el barco de carmesí vino con tanta furia, y su justador tuvo tanta destreza, que quedó en pie, derribando en el rio á su contrario. Á lo qual las Ninfas de su esquadron levantáron tal vocería, y disparáron tan es-

traña música , que las adversarias quedáron algo corridas ; y señaladamente un Salvage robusto y soberbio , que afrentado y muy feroz dixo : ¿ Es posible que en nuestra compañía haya hombre de tan poca habilidad y fuerza , que no pueda resistir á golpes tan ligeros ? Quitadme , Ninfas , ésta cadena , y sirva en mi lugar por remero quien ha sido tan floxo justador , vereis como os dexaré á vosotras vencedoras , y á las contrarias muy corridas. Dicho esto , librado por una hermosa Ninfa de la cadena , con un bravo denuedo tomó la lanza y el escudo , y púsose en pie sobre la proa. Á la hora los Salvages con valerosos ánimos comenzaron á remar , y las Ninfas á mover grande vocería. El contrario barco vino con el mismo ímpetu , pero su Salvage no hubo menester emplear la lanza

para quedar vencedor , porque el justador , que tanto habia braveado , ántes que se encontrasen , con la furia que su barco llevaba , no pudo ni supo tenerse en pie , sino que con su lanza y escudo cayó en el agua , dando claro exemplo de que los mas soberbios y presuntuosos caen en mayores faltas. Las Ninfas lo recogieron , que iba nadando , aunque no lo merecia. Pero los cinco barcos de morado que aparte estaban , viendo su compañero vencido , á manera de afrentados , todos arremetieron. Los otros cinco de carmesí hicieron lo mismo : y comenzaron las Ninfas á tirar muchedumbre de pelotas de cera blanca y colorada , huecas y llenas de aguas olorosas , levantando tal grito , y peleando con tal órden y concierto , que figuraron allí una reñida batalla , como si verdaderamente lo fue-

ra. Al fin de la qual los barcos de la devisa morada mostraron quedar rendidos , y las contrarias Ninfas saltaron en ellos á manera de vencedoras , y luego con la mesma música viniéron á la ribera , y desembarcaron las vencedoras y vencidas con los captivos Salvages , haciendo de su beldad muy alegre muestra. Pasado esto , Felicia se volvió á la fuente donde ántes estaba , y Eugerio y la otra compañía, siguiéndola, hicieron lo mesmo. Al tiempo que viniéron á ella , hallaron un pastor que en tanto que habia durado la justa , habia entrado en la huerta , y se habia sentado junto al agua. Parascióles á todos muy gracioso , y especialmente á Felicia que ya le conocia , y así le dixo : A mejor tiempo no pudieras venir , Turiano, para remedio de tu pena , y para aumento desta alegría. En lo

que toca á tu dolor despues se tratará , mas para lo demas conviene que publiques quanto aproveche tu cantar. Ya veo que tienes el rabel fuera del zurrón, pareciendo querer complacer á esta hermosa compañía : canta algo de tu Elvinia , que dello quedarás bien satisfecho. Espantado quedó el pastor que Felicia le nombrase á él y á su zagala, y que á su pena alivio prometiese ; pero pensando pagarle mas tales ofrescimientos con hacer su mandado , que con gratificarlos de palabra , estando todos asentados y atentos, se puso á tañer su rabel, y á cantar lo siguiente:

RIMAS PROVENZALES.

Quando con mil colores devisado
viene el verano en el ameno
suelo,
el campo hermoso está , sereno
el cielo,

R

rico el pastor , y próspero el
ganado:

Philomena por árboles floridos
da sus gemidos:

hay fuentes bellas,

y en torno dellas,

cantos suaves

de Ninfas y aves:

Mas si Elvinia de allí sus ojos
parte,

habrá contino hivierno en
toda parte.

Quando el helado Cierzo de her-
mosura

despoja hierbas, árboles y flo-
res,

el canto dexan ya los ruyse-
ñores,

y queda el yermo campo sin
verdura;

Mil horas son mas largas que
los dias

las noches frias,

espesa niebla

con la tiniebla

escura y triste
el ayre viste.

Mas salga Elvinia al campo,
y por do quiera
renovará la alegre primavera.

Si alguna vez envia el cielo ai-
rado

el temeroso rayo , ó bravo
trueno,

está el pastor de todo amparo
ageno,

triste , medroso , atónito y
turbado:

Y si granizo , ó dura piedra ar-
roja,

la fruta y hoja

gasta y destruye,

el pastor huye

á paso largo

triste y amargo:

Mas salga Elvinia al campo,
y su belleza

desterrará el recelo y la tris-
teza.

Y si acaso tañendo estó, ó can-
tando
á sombra de olmos, ó altos
valladares,
y está con dulce acento á mis
cantares
la mirla y la calandria repli-
cando:

Quando suave espira el fresco
viento,
quando el contento
mas soberano
me tiene ufano,
libre de miedo
lozano y ledo:
se asoma Elvinia airada, así
me espanto,
que el rayo ardiente no me a-
tierra tanto.

Si Delia en perseguir silvestres
fieras,
con muy castos cuidados ocu-
pada
va de su hermosa esquadra a-
compañada,

buscando sotos, campos y riberas:

Napeas y Hamadryadas hermosas

con frescas rosas

le van delante,

está triunfante

con lo que tiene:

pero si viene

al bosque, donde caza Elvina mia,

parecerá menor su lozanía.

Y quando aquellos miembros delicados

se lavan en la fuente esclarecida,

si allí Cynthia estuviera, de corrida

los ojos abaxára avergonzados:

Porque en la agua de aquella transparente

y clara fuente

el mármol fino

y peregrino

con beldad rara
 se figurára,
 y al atrevido Actéon, si la
 viera,
 no en ciervo, pero en mármol
 convertiera.

Cancion, quiero mil veces repli-
 carte
 en toda parte,
 por ver si el canto
 amansa un tanto
 mi clara estrella
 tan cruda y bella.
 Dichoso yo , si tal ventúra
 hubiese,
 que Elvinia se ablandase , ó
 yo muriese.

No se puede encarecer lo
 que les agradó la voz y gracia
 del zagal, porque él cantó de
 manera, y era tan hermoso, que
 pareció ser Apolo, que otra vez
 habia venido á ser pastor, per-
 que otro ninguno juzgáron sufi-

ciente á tanta belleza y habilidad. Montano maravillado desto le dixo : grande obligacion tiene, zagal, la pastora Elvinia, de quien tan subtilmente has cantado, no solo por lo que gana en ser querida de tan gracioso pastor, como tú eres, pero en ser sus bellezas y habilidades con tan delicadas comparaciones en tus versos encarecidas. Pero siendo ella amada de tí, se ha de imaginar que ha de tener última y estremada perficion, y una de las cosas que mas para ello la ayudarán será la destreza y exercicio de la caza, en la qual con Diana la igualaste, porque es una de las cosas que mas belleza y gracia añaden á las Ninfas y pastoras. Un zagal conocí yo en mi aldea, y aun Ismenia y Selvagio tambien le conocen, que enamorado de una pastora nombrada Argia, de ninguna gentileza suya mas cap-

tivo estaba, que de una singular destreza que tenia en tirar un arco, con que las fieras y aves con agudas y ciertas flechas enclavaba. Por lo qual el pastor nombrado Olympio cantaba algunas veces un Soneto sobre la destreza, la hermosura y crueldad de aquella zagala, formando entre ella y la Diosa Diana y Cupido un desafio de tirar arco, cosa harto graciosa y delicada: y por contentarme mucho, le tomé de cabeza. Á esto salió Clénarda, diciendo: razon será pues que tengamos parte de ese contento con oírle. Á lo ménos á mí no me puede ser cosa mas agradable que oírtele cantar, siquiera por la devocion que tengo al exercicio de tirar arco. Pláceme, dixo Montano, si con ello no he de ser enojoso. No puede, dixo Polidoro, causar enojo lo que con tan gran contento será escuchado. Tocando

entónces Montano un rabel,
cantó el soneto de Olympio, que
decia:

SONETO.

Probáron en el campo su des-
treza

Diana , Amor y la pastora
mia,

flechas tirando á un árbol,
que tenia

pintado un corazon en la cor-
teza.

Allí apostó Diana su belleza,
su arco Amor , su libertad

Argia,
la qual mostró en tirar mas
gallardía,

mejor tino , denuedo y genti-
leza.

Y así ganó á Diana la hermosu-
ra,

las armas á Cupido; y ha
quedado

tan bella y tan cruel desta
victoria,

Que á mis cansados ojos su figura,
 y el arco fiero al corazon cui-
 tado
 quitó la libertad, la vida y
 gloria.

Fué muy agradable á todos este soneto, y mas la suavidad, con que por Montano fué cantado. Despues de consideradas en particular todas sus partes, y pasadas algunas pláticas sobre la materia del, Felicia viendo que la noche se acercaba, pareciéndole que para aquel dia sus huéspedes quedaban asaz regocijados, haciendo señal de querer hablar, hizo que la gente, dexado el bullicio y fiesta, con ánimo atento se sosegase, y estando todos en reposado silencio, con su acostumbrada gravedad habló así:

Por muy averiguado tengo,
 caballeros y damas, pastores y

pastoras de gran merecimiento, que despues que á mi casa venisteis, no podreis de mis favores, ni de los servicios de mis Ninfas en ninguna manera quejaros. Pero fué tanto el deseo que tuve de complaceros, y el contento que recibo en que semejantes personas le tengan por mi causa, que me parece, que aunque más hiciera, no igualára de gran parte lo mucho que mereceis. Solos quedan entre vosotros descontentos Narciso con la aspereza de Melisea, y Turiano con la de Elvinia. Á los quales por agora les bastará consolarse con la esperanza; pues mi palabra, que no suele mentir, por la forma que mas les conviene, presta y cumplida salud ciertamente les promete. Á Eugerio veo alegre con el hijo, hijas y yerno, y tiene razon de estallo, despues que á causa dellos se ha visto en tantos peligros, y

ha sufrido tan fatigosas penas y cuidados.

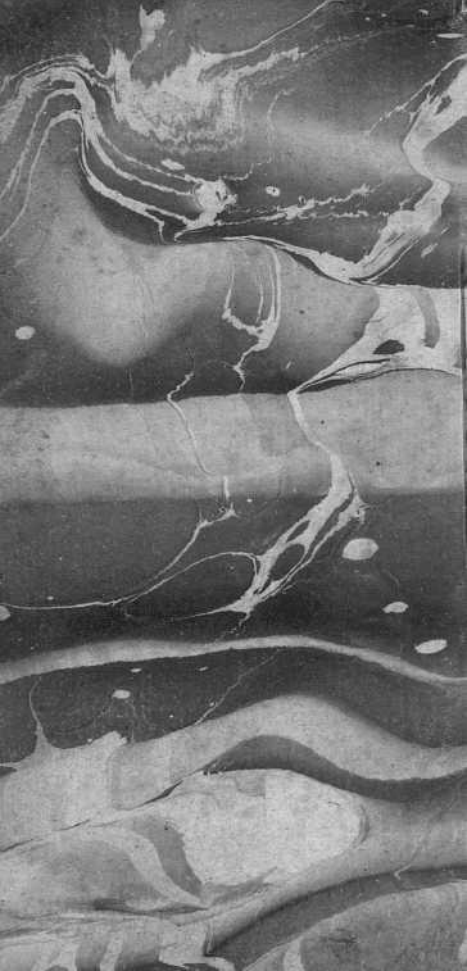
Acabadas las razones de Felicia, el viejo Eugerio quedó espantado de tal sabiduría, y los demas satisfechos de tan saludable reprehension, sacando della provechoso fruto para vivir de allí adelante muy recatados. Y levantándose todos de entorno la fuente, siguiendo á la sábia, salieron del jardin yendo al palacio á retirarse en sus aposentos, aparejando los ánimos á las fiestas del venidero dia. Las quales, y lo que de Narciso, Turiano, Tauriso y Berardo aconteció, juntamente con la historia de Danteo y Duardo Portugueses, que aquí por algunos respetos no se escribe, y otras cosas de gusto y de provecho, están tratadas en la otra parte deste libro, que ántes de muchos dias, placiendo á Dios, será impresa.





14 m

20-



Biblioteca Pública de Soria



71253895 DR-A 72

D

LA
DIANA
ENAMORADA

DR-A

72